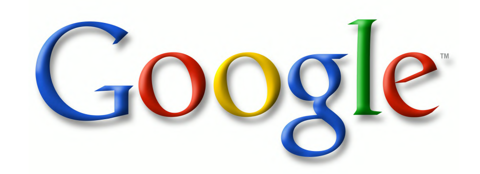




WIDENER
HN NB4K C

PAGINAS DE UNA
PRISIONERA CUBANA

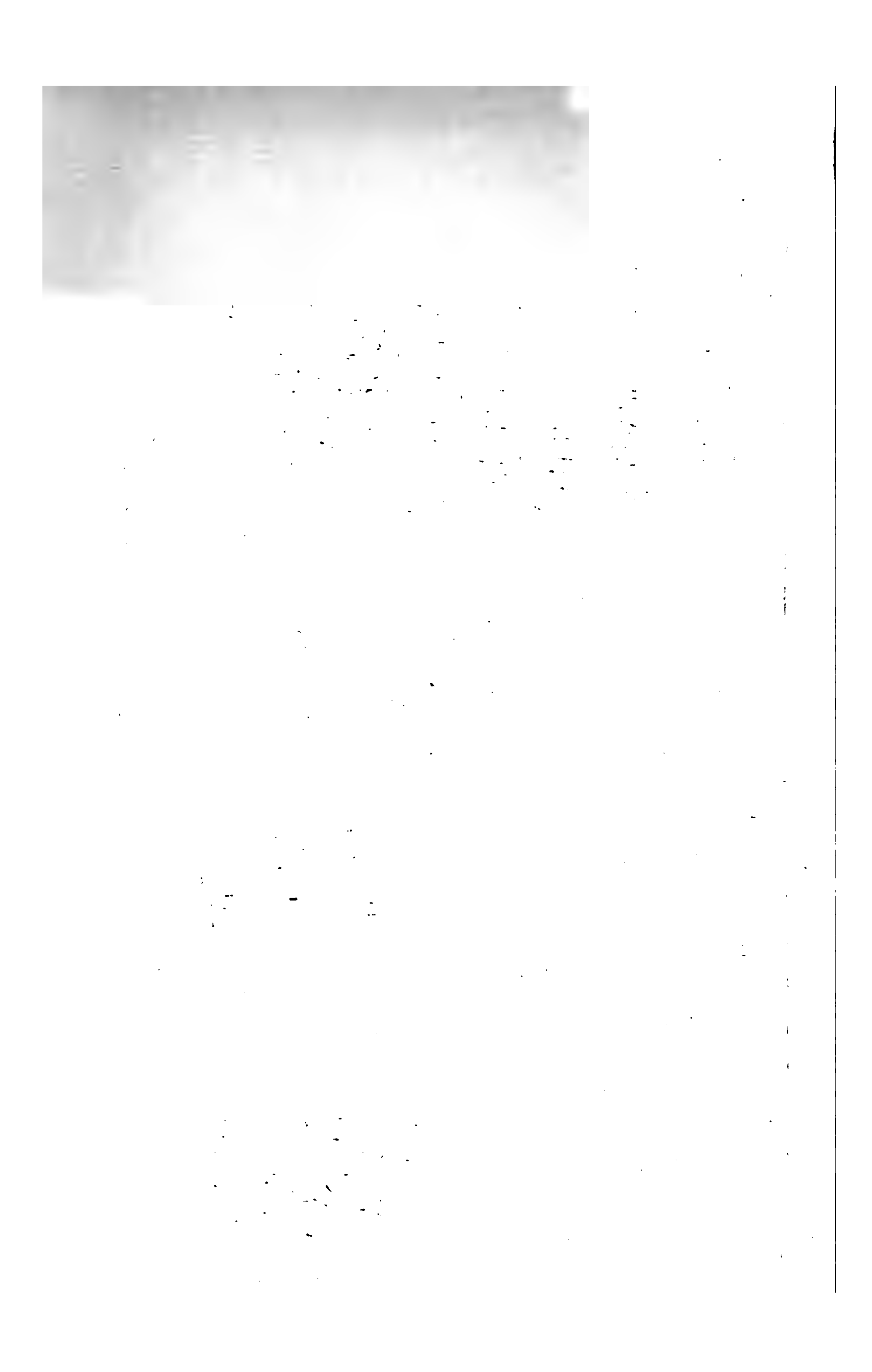
POR

AVELINA CORREA DE MALVEHY

Impresiones Filipinas

IMP. P. FERNANDEZ Y CA.

OBISPO NUM 17. - HABANA.

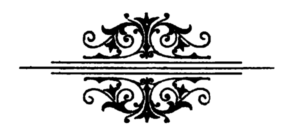


Impresiones Filipinas

(PÁGINAS DE UNA PRISIONERA CUBANA)

POR

Avelina Correa de Malvehy



HABANA

IMPRENTA P. FERNÁNDEZ Y COMP.

17, OBISPO 17

1908



PRÓLOGO

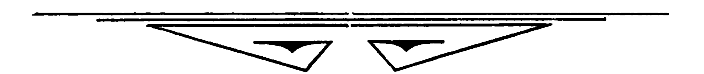
DE

ALVARO DE LA IGLESIA

Y UNA CARTA

DE

JOSÉ MANUEL CORTINA.





Avelina Correa de Malvehy

Avelina Correa y su libro

Hay un parentesco espiritual que une á las almas con mayor fuerza, muchas veces, que el parentesco efectivo: la afinidad de sentimientos, la homogeneidad de nobles aspiraciones, la comunidad efectiva del corazón que constituyen un vínculo formidable y que resiste mucho mejor los embates del egoismo que aquel otro vínculo, muchas veces convencional, muchas veces odioso derivado de la sangre y de los lazos de familia.

Pero aún existe además de ese parentesco del corazón y del espíritu engendrado por la simpatía y el afecto desinteresado, un eslabón más invisible y tierno que une los seres en la vida: la comunión íntima en el dolor, en el sufrimiento. Cuantos no se hallen tocados del egoismo repugnante que disgrega y aisla el esfuerzo colectivo, han de sentirse inclinados á simpatizar por incontrastable fuerza del corazón, con el que sufre, y á comulgar, en espíritu con el ser adolorido por los golpes de la adversidad y del infortunio.

Hé aquí la historia patética y doliente de un alma sobre la cual el destino descargó con horrible crueldad el azote de un látigo invisible é implacable. Alma llena

de belleza, iluminada por los reflejos brilladores de un talento superior; corazón más hermoso aún, abierto á las dulces expansiones de la fé y de la esperanza; organismo delicado, hecho como ciertas flores para vivir en la templada atmósfera del cariño y de los cuidados más tiernos, la desgracia que es la amiga sombría del destino, puede envanecerse de haber realizado en esta mujer una obra infame de crueldad y de martirio. ¿Y habrá quién no sienta conmovido el corazón por un relato que al pasar del pensamiento al papel, no puede decirse con fijeza si ha tenido por vehículo de gráfica expresión la tinta ó las lágrimas? El día en que los dolores de nuestros semejantes no produzcan en nosotros, como por reflejo, un sentimiento de conmiseración, será el último día de la humanidad convertida en un numeroso rebaño de bestias. El dolor, que es augusto, es como una cadena que pesa formidable sobre los humanos. Todos somos esclavos del dolor y el dolor es la fraternidad, la única fraternidad que existe entre los seres.....

Avelina Correa, la discretísima, sensible y simpática autora de esta relación de desventuras, no ha menester de más atractivo para su libro que el sentimiento hondo y conmovedor que palpita y rebosa en todas sus páginas. Todo el libro es un quejido; como un ¡ay! doliente que se despide para siempre de la dicha.....

Mas es preciso seguir paso á paso el cruento éxhodo de esa alma, al través de un país convertido en volcán hirviente por el fuego de la guerra, para comprender y medir toda la grandeza heroica del corazón de la protagonista.

III

Amada con idolatría por un hombre superior todo pasión, virtud y delicadeza, aún antes de haber empezado á marchitarse los azahares de su corona de desposada, asiste, dilatada la vista por el espanto, á unos desposorios con la muerte.

Bajo el acero iracundo de la sublevación tagala, cae en la fosa abierta el hombre generoso que la había dado su apellido y ella, también, gozosa de seguirlo en las sombras como había sido su dulce compañero en aquel corto y venturoso idilio de sus amores, cae así mismo herida mortalmente por el *bolo* filipino, sintiendo ya bullir en su seno el adorable ser que en momentos de dicha suprema había sido su ansiedad, su esperanza, como la corona florida de un amoroso triunfo. A poco más la tumba hubiera sido cuna.

Pero la existencia es implacable en sus sorpresas y en sus martirios. Aquel débil cuerpo ensangrentado, cual si no debiera morir para prestar las dulces fuentes de la vida al ser próximo á hacer en ella su aparición, no muere..... Dios le reserva dolores más hondos aún y momentos de desesperación suprema; días en que la muerte ha de parecer beneficio al comparar el ayer lleno de luz con el hoy preñado de angustias y de repugnantes contrastes, y apartada groseramente del amoroso compañero, ya rígido, es obligada á seguir á sus verdugos en eterna peregrinación.

Acéchanla todos los peligros incluso el que vá derecho contra la honra; el cansancio, el hambre, la desnudez, las ofensas de todo género, fango inmundo arrojado al rostro juvenil de la desposada que se confunde en sus pudores con el de la doncella, y aquella

mujer niña, casi, fustigada impíamente por la suerte, ansiando el día de su libertad, queriendo vivir, no para ella propia, que su alma ha muerto ya á todas las alegrías, sino para el ser angelical que le sonríe pegado á su seno, soporta con fuerza de hombre la dura ley de la cautiva, y al fin se vé en salvo, no sin haber dejado, como el cordero sus vellones, en la dura jornada, pedazos del corazón destrozado por tan agudos tormentos.

Todo, todo esto es el libro que mi hermana en las letras, en el afecto y en el dolor, que es patrimonio de las almas, me ha entregado para que lo presente al público, dispensándome con ello la mejor prueba de su amistad valiosa. Pero digo mal: no presento al público este libro, si por público se entiende el montón inservible de los indiferentes: yo lo presento á las almas tiernas, á los corazones delicados, á las personas que ven en el dolor ageno, como ya he dicho, el reflejo de los propios dolores. Aunque no es necesario, en este caso hacer distinciones de público, tratándose del pueblo cubano, siempre noble y generoso con el que sufre. ¿Habrá quién cierre las puertas de su afecto á una cubana, á una madre que con su tierno y bello angel en los brazos, se acerca á ofrecer en el altar de las simpatías públicas el relato ingenuo y sencillo, pero sangriento, de sus terribles infortunios?

Alvaro de la Iglesia

1901.

Sra. Avelina Correa de Malvehy

Mi distinguida amiga:

He leído su obra "Impresiones Filipinas", y en sus páginas, escritas al calor de remembranzas que aún torturan su espíritu, no he ido á buscar elementos con que formular un juicio crítico encuadrado y simétrico, sino puramente á sentir la emoción artística que produce su lectura. Así lo he hecho y por ello afirmo, que quien lea su obra, sentirá el extraño y sutil encanto que emana siempre de la confidencia íntima de un alma sensible y un intelecto bellamente ornado.

Su atento amigo y S. S.,

José Manuel Cortina

Marzo, 30 de 1904.

****

A MI HIJA

Alfonsa Milagros de la Providencia

¡Angel de mi vida!

Para tí escribo este libro y ojalá mi trabajo no sea estéril, pues es el único patrimonio que podrá dejarte tu pobre madre, cuya existencia abundante en trágicos acontecimientos, le han hecho derramar muchas lágrimas y apurar á grandes tragos el cáliz de la amargura.

Cuando tengas edad para saber apreciar las cosas por su verdadero valor y reflexiones sobre tu milagroso nacimiento, comprenderás los motivos que he tenido para que te bautizaran con los nombres de Alfonsa Milagros de la Providencia, y en la misericordia divina pondrás toda tu confianza.

Has nacido hija póstuma, pues tu padre, fué vilmente asesinado por los insurrectos filipinos, cuando el levantamiento de Santo Tomás, el día 11 de Mayo de 1898, al ir á tomar posesión de su destino de Interventor de Hacienda pública, en San Fernando de la Unión.

No quisiera recordar aquel infausto día; pero está grabado en mi alma, con caracteres indelebles y

anhelo vivamente que tengas conocimiento de mis terribles sufrimientos, pues de esa fecha data la nueva série de calamidades que me han hecho fuerte en las luchas de la vida.

He sufrido mucho; en la escuela de la desgracia he aprendido á conocer el corazón humano con toda su espantosa desnudez, y quisiera poder preservarte de las miserias del mundo, sin que tuvieras que adquirir á fuerza de pruebas, la experiencia práctica de la vida social.

Nadie podrá quererte como tu madre, ni mirarte con más consideración, porque ha sido huérfana como tú, y porque el autor de tus días lo era también. He carecido del calor, del cariño y de la tranquilidad del hogar, desde que perdí á mis padres, quedando en la más triste orfandad; pero he tenido valor para luchar en la adversidad; jamás me he dejado abatir por el duro peso del infortunio y he tomado determinaciones enérgicas, antes de llegar á un caso extremo.

En uno de esos momentos decisivos de mi vida, determiné desde Madrid, seguir á París, por parecerme que en un país extranjero hallaría más protección, por lo mismo que eran menos los que hablaban nuestro idioma y que lejos de la patria y confundidos en el montón anónimo, más fraternales lazos deben estrecharnos.

Uniendo la acción al pensamiento, comencé mis preparativos de viaje, y en esa época aciaga de mi vida, conocí á tu dignísimo padre; renuncié por él, á mis proyectos de marchar á París, y me consideré relativamente feliz.

Cuán dulce es el amor, Alfonsa mía, y cuán triste la vida después de haber perdido el objeto de nuestro cariño! ¡Ah! mi negro destino no respetó una felicidad tan cara y en el pleno goce de mis ilusiones tronchó la flor de mi dicha, y llenó de luto las páginas más bellas de mi vida.

Ví destruída, quizás para siempre, mi felicidad por unos miserables asesinos, que no se conformaron con herir mi cuerpo y maltratarme, sino que hirieron profundamente mi alma.

¡Qué limitada es nuestra fuerza de voluntad en los fugaces placeres humanos, y cuán extensa para experimentar el sufrimiento!

Cuando la tristeza nos domina, no nos deja tranquilos durante terribles noches de insomnios y amargos días de incalificable negligencia; no obstante, cuando nos creemos que al fin hemos llegado á la anhelada cima de nuestra felicidad, vemos desvanecidas nuestras dulces ilusiones, como si el destino del ser humano fuera sólo sufrir las amarguras del desencanto.

¡Quiera el cielo que no te alcance mi mala estrella, porque la desgracia ha hecho su presa en mí, y vanos son cuantos esfuerzos hago, por sacudir su pesado yugo!

Cuando en compensación de mis sufrimientos, creí haber alcanzado esa tranquilidad relativa que constituye el reducido círculo del hogar, al lado del ser que nos ama y nos comprende, ví convertirse en humo tan hermosa realidad; y ahora no sé qué hacer, tengo miedo de mí misma, pues todo lo que se relaciona conmigo se destruye fácilmente.

Preferí que llevaras el nombre de tu padre, por ser el nombre que más dulcemente resonará en mi oído al escucharlo, pues al decirte ¡Alfonsa mía! recordaré el idilio de mi juventud, trocado en horrible tragedia por la mano del hombre fiera que sediento de sangre humana, no respetó á su víctima indefensa, y lo atacó cobardemente, ocasionando su muerte y mi desgracia.

El desastroso fin de tu padre, en la flor de su edad y cuando se forjaba más halagadores proyectos para el porvenir, no interesó lo suficiente en el ánimo de su familia, su triste viuda y desgraciada huérfana.

Alfonso pagó con su vida su temeridad, como verás más adelante, y menos experto que yo, á pesar de haber sido huérfano, quiso salvarnos con su postrera recomendación, al ver en el desamparo que nos sumía con su temprana muerte, pero su ruego no fué escuchado, hija querida; porque en este mundo falso, sólo imperan los grandes egoismos, ó los sentimientos más bastardos y muy rara vez, las generosas iniciativas y las nobles aspiraciones.

Quisiera que fueras tan feliz como he sido desgraciada, y que pudieras leer estas páginas que arranco para tí, de mi triturado corazón, cuando te sonriera la fortuna y á fuerza de ser dichosa, perdieran tus miradas ese tinte de tristeza que contrasta con tu inocente sonrisa.

¡Oh! Cuando pienso en que puedo morir y dejarte sola en el mundo, me siento cobarde y pusilánime, porque tú, ¡pobre hija mía!, no tienes más familia que tu madre, y si el bienestar de los hijos no puede ser completo, si le falta alguno de los autores de su

existencia ¿qué será si antes de estar preparados para las luchas humanas, le faltan los dos?

¿Y á quién dejar el sagrado depósito de una hija, si eran huérfanos y carecían de fortuna sus desgraciados padres?

Pero no desconfío: la Providencia velará por el fruto de nuestro desventurado matrimonio, pues si de milagro ha nacido mi hija, después de la muerte de tu padre, y en mi horrible peregrinación por las Islas Filipinas, donde estuve prisionera cerca de un año, sufriendo las amarguras que trae consigo una guerra salvaje, pude salvar la honra y la vida, siguiendo el curso de la insurrección y arrostrando mil peligros con la serenidad del mártir, deseando una corta transición de la vida á la muerte, para dejar de sufrir y reunirme á mi esposo, pero naciste tú para endulzar mis amarguras, como si estuvieras predestinada por la mano de Dios para ser mi consuelo y mi esperanza, en recuerdo del que, demasiado perfecto para vivir entre los hombres, voló á su patria, que era el cielo, para habitar entre los ángeles.

II

Recuerdo que una tarde paseando con tu padre pasé por la "Inclusa" y al leer el cartel que hay en la puerta, sentí oprimido el corazón:

"Abandonado de mis padres, la caridad me recoge."

Volví mis ojos inundados de lágrimas á mi compañero y le dije: — ¡Qué triste es la orfandad! — No

todos esos niños son huérfanos, me respondió, y sin embargo se ven privados del calor, del cariño maternal y comiendo el pan de la caridad.

¡Parece mentira que hasta ese extremo llegue la degradación moral; que por ocultar el fruto de un amor vergonzoso, haya madres que se separen de sus hijos pedazos de sí mismas y los entreguen en manos mercenarias!

¡Qué horror, hija mía! Si llegas á encontrarte sola en el mundo, en la peligrosa edad de las pasiones, procura que tu razón domine tus sentimientos y aunque carezcas de un pedazo de pan, prefiere morir de hambre, antes de tener un hijo que no pueda llevar el apellido de su padre.

No hagas bajar la cabeza ante las injusticias de la corrompida sociedad, á un ser inocente, que quizás te eche en cara tu falta y te desprecie, porque no has sido bastante fuerte para luchar, y has sacrificado por un capricho vulgar tus más sagrados deberes.

Procede como te dicte tu conciencia, Alfonsa mía, conserva tu prestigio moral, haz caso omiso de consejos gratuitos, porque á veces nos elevan hasta las nubes, para vernos descender hasta el abismo.

No te acobardes si te ves sola, hija mía, y no tienes quien vele por tí; busca en este libro los sanos consejos de tu madre y aunque bajo el peso de sus infortunios, pierda la vida la que te dió la existencia, piensa en que la mujer que se estima y teme al desprecio de sí misma, está muy por encima de la vulgaridad.

Los hombres, en su mayoría, abunsan de la desgracia y se alegran de la indiferencia de los parientes,

porque consideran que de una huérfana sola, deben sacar todo el partido posible, y hasta se creen autorizados aunque por su infame proceder la conduzcan á la resbaladiza pendiente de la perdición.

La mujer sin apoyo va pisando sobre abrojos, de peligro en peligro, siendo objeto de la murmuración general y blanco de los traidores tiros de la rastrera calumnia.

La sociedad está constituída falsa y artificiosamente, se vive de apariencias; gozando en hacer girones de la honra agena, como si por censurar la conducta de los demás, ahogasen la severa voz de sus propias conciencias.

Mas inclinados á propagar el vicio, que á proteger la virtud, destrozan sin piedad una reputación intachable, demostrando que han cumplido con un penoso deber.

Las injusticias que se cometen con los seres desgraciados, es aprendida y admirada por los aduladores del que se disfraza de protector, y arrepentido de haberse creado una obligación en un momento de entusiasmo, como acontece en las grandes desgracias, ó los acontecimientos ruidosos; busca un pretexto para cubrir las apariencias y abandona sin compasión el ser indefenso para que se estrelle ó se salve, cumpliendo la inexorable ley de su destino.

Los sentimientos se atrofian cuando reina el egoismo y olvidan aquel precepto que dice: ''No hagas á los demás sino lo que quieres que hiciesen contigo''. Sublimes palabras del Divino Maestro para enseñarnos el camino del bien, cuyas admirables doctrinas, muy pocos practican desgraciadamente.

¡Ah! si á los desvalidos se les amparase cubriéndolos con el manto de la verdadera caridad, estarían libres de toda tentación y á cubierto de la miserable calumnia.

La verdadera bondad del corazón no existe; cada cual obedece á la imperativa voz del interés personal y el Universo es una gran casa de comercio, donde cada uno va á su negocio.

Más que al hombre, á la mujer, le es tan necesaria la sombra de sus padres, que ésta no debía extinguirse nunca, ó por lo menos, hasta que otros afectos llenasen su vida y pudiese contar con el apoyo de un brazo vigoroso que la pusiese á cubierto de las traíciones del mundo. No obstante, el respeto á la memoria de nuestros padres y superiores que han nutrido nuestro entendimiento de rectas ideas, debe ser nuestro talismán en los momentos de terribles pruebas; porque la mujer que sabe honrar las cenizas de sus padres, sabe fielmente guardar el honor de su marido y dar cumplimiento dignamente de su misión de madre.

El matrimonio, no analizado desde el punto de vista material, sino en las condiciones morales á que estamos sometidos, es una asociación de mutuos consuelos que fortifica nuestro abatido espíritu y nos hace más soportables las luchas por la vida.

En esa dulce unión, cuando no toma parte la conveniencia mezquina, se disminuyen nuestros defectos, se procura la complacencia mutua y se obtienen goces positivos en la tranquilidad del hogar, pequeño mundo donde vemos realizadas nuestras verdaderas aspiraciones; empero, cuando el matrimonio se efectúa

por cálculo, el interés convierte en guarismos los sentimientos; profana la pureza ideal que espiritualiza el amor y ni el sensualismo grosero que embota los sentidos, puede halagarnos, cuando no hay recíproca simpatía.

El hogar doméstico, santuario del amor, es el sepulcro de la coquetería femenina; sagrados deberes tiene que cumplir la mujer como hija, esposa y madre; siendo necesario que al unir su destino al de un hombre, que éste reuna condiciones de carácter para saber apreciar sus sacrificios; que corresponda por convicción á su cariño y renuncie en obsequio mutuo á su libre albedrío para garantizar su felicidad.

El amor verdadero es el complemento de la vida humana, porque recibimos las penas con más resignación cuando tenemos quien comprenda nuestras amarguras y procura dulcificarlas para que no sufra solo el ser querido, el duro peso de la adversidad.

Destinadas las pobres mujeres á hacer un papel secundario en la vida, no tienen ni siquiera el derecho de poder elegir; tienen que ser elegidas, y scoger, entre los que se presenten, al que se sienta más inclinada ó al que más le conviniese, y muy pocas veces se hace una buena elección, hija mía.

Hoy no sabes el significado de la palabra cariño y mucho menos la expresión que bajo el nombre del amor tanto influye en nuestra naturaleza orgánica, pero todo á su tiempo lo irás conociendo.

El cariño que experimento por tí es tan grande y desinteresado, que aunque tú no me quisieras, te seguiría queriendo.

El amor es más egoista, porque no quiere sin ser querido; el cariño maternal se siente halagado cuando otros quieren á sus hijos y son demostrativos con ellos; el amor es más exigente y en su exclusivo egoismo, siente celos de todo, del pasado, del presente y hasta del porvenir del objeto de sus ilusiones.

Yo misma en mis ratos de soledad evoco con el pensamiento la página rosa y gris de mi vida, que data desde que comencé mis relaciones con tu padre, hasta el memorable *"Once de Mayo"* en que tuve la desgracia de perderlo, y casi pudiera precisarte, día por día y hora por hora, las pruebas de cariño y estimación que recibí de mi Alfonso irreprochable cuando me hallaba huérfana y sola en ese inmenso Madrid, foco de todos los vicios, por lo mismo que es tan grande, y que lo bueno escasea, y sin embargo me consuelo en lo que cabe cuando pensando detenidamente en él, se me ocurre reflexionar que quizás con el tiempo hubiese variado, porque se hubiese apasionado de otra mujer, y se hubiese hastiado de mi ternura; y hasta cierto punto, por exceso de cariño, prefiero llorarlo muerto y conservar un buen recuerdo suyo, á vivir unida á él, apurando las amarguras del desengaño.

Si Dios me conserva la vida hasta dejarte casada y feliz, quizás me impongan el sacrificio de separarme de tí, porque tengas que partir á otras tierras donde no pueda seguirte, porque no congenió mi carácter con el de tu esposo, ó porque tu marido tenga celos de mi vehemente amor de madre.

Siempre dispuesta al sacrificio á todo me resignaré en obsequio tuyo; y como he sufrido tanto, mi co-

razón es una esponja que recoge en los mares de la vida las olas de los recuerdos; ellos constituyen el pasto de mi alma y por desagradables que sean no aumentarán ni disminuirán mis penas; pues si nos contasen las pruebas por qué tenemos que pasar en el mundo, nos parecería imposible poder resistirlas, pero todo se pasa y es soportable, porque Dios en su sabiduría infinita, así lo tiene decretado.

Si á pesar de mis esfuerzos por hacerte dichosa no llegas á ser feliz, piensa en que sólo estamos de paso en el mundo, que nuestra peregrinación por la tierra, por larga que nos parezca resulta corta, si la comparamos con la eternidad; y no te desesperes ni te aflijas, pensando en que lo que poco dura poco vale, y que la virtud puesta constantemente á prueba en medio de los azares de la vida, aunque no todos los hombres sepan apreciarla, se engrandece y dignifica á los ojos de Dios.

***

EXORDIO

Mis IMPRESIONES FILIPINAS llevan el sello de la verdad en sus dramáticos detalles, y tengo el convencimiento de que han de interesar á todo corazón noble y generoso.

Desde que caí prisionera de los tagalos, formé el propósito de escribir este libro, si recuperaba la libertad y salía de aquel suplicio temporal, con vida y salud. Mucho temí que se perturbara mi razón y me parecía increíble que pudiera sufrir tanto y soportar varonilmente la pesada cruz de mi destino, bebiendo con heroica resignación el amargo cáliz del dolor, empero recordé para mi consuelo las sublimes fases del *Kempis*. — *Conviene que pases por fuego y por agua, antes que llegues al descanso.*

Procurando no ser difusa, comenzaré sencillamente mi narración, desde que salí de Cuba, hasta que regresé, y haré todo lo posible porque el interés general no decaiga, y lleve al ánimo de mis lectores, el convencimiento de la realidad; pues como en casi todos los periódicos de España y del extranjero se habló de mi desgracia, y de Alemania me pidieron datos para publicarlos en la prensa, pues se orientaron al leer *El Imparcial*, de Madrid, donde salió publi-

cada una carta mía que iba dirigida á Pedro Martínez Freire, padre político de mi difunto esposo Alfonso Caos de Rebolledo, donde le comunicaba familiarmente la horrible muerte de Alfonso, asesinado por los tagalos y los atropellos de que yo había sido víctima en el Archipiélago Filipino.

Bajo el epígrafe *"Martirio de una mujer"*, se reprodujo dicha carta en casi todos los periódicos en Barcelona, y en Alemania se comentaron los hechos desfigurando la verdad, como sucede siempre, y por lo tanto me ha interesado poder hacer por mí misma las aclaraciones de los hechos, narrando los sufrimientos que experimenté en tierra extraña, por haber sido la triste protagonista de una historia de lágrimas, donde gracias á Dios pude salvar la honra y la vida milagrosamente.

Anhelando no confundir la novela con la historia, en obsequio de mi hija Alfonsa Milagros de la Providencia, para quien este libro tendrá gran valor en el porvenir, quiero narrar los hechos sencillamente, sin rebuscadas frases, para que estén al alcance de todas las inteligencias.

Hé aquí á grandes rasgos, los acontecimientos más culminantes de mi triste peregrinación en Filipinas, pero tengo que hacer un poco de historia.

En el mes de Mayo de 1898 contraje matrimonio con Alfonso Caos de Rebolledo y nos embarcamos para Filipinas, donde iba destinado de Interventor de Hacienda pública, en San Fernando de la Unión.

Después de un viaje delicioso que duró un mes, desde Barcelona á Manila, sin otra contrariedad que la del importuno mareo, llegamos á Filipinas deseando

la tranquilidad del hogar, y antes de realizar nuestro hermoso sueño de amor, en el camino de ir á tomar posesión de su destino, fué asesinado mi dulce compañero y enterrado en mi presencia.

¡La Providencia lo dispuso así!; ¡estaba escrito!—como dicen los indios—¡yo no había nacido para ser feliz, y me pusieron la felicidad completa ante mi vista, para que supiera comprenderla y apreciarla, para luego bruscamente arrebatármela y hacerme sentir prácticamente el peso de la desgracia! ¡Oh! ¡los misteriosos arcanos del destino! ¡corrimos la misma suerte!; mi amado perdió la vida de una sola herida; yo recibí tres, y creyéndome muerta me llevaron á enterrar; abrieron para el efecto un hoyo profundo, y mientras hacían esta operación me tiraron sobre cinco cadáveres, y entre ellos estaba el de mi Alfonso idolatrado!

Volví de mi desmayo ante tan brusca impresión, al verme aún con vida y chorreando sangre de mis heridas, Vicente Quesada, presidente de aquella partida, me perdonó la honra y la vida, llevándome con ellos prisionera.

Nos despojaron de nuestro equipaje y del dinero, prendas y papeles que llevábamos, me quitaron los zapatos y me hicieron caminar descalza, y chorreando sangre por mis heridas, sin tener en cuenta que me hallaba en estado interesante y bajo la influencia del asesinato de mi esposo. Cuando ya no podía más, desfallecida de cansancio y fatiga, me llevaron en la improvisada *silla de mambré,* como dicen en Cuba, al cruce de los brazos de dos personas, para que jueguen los niños.

Durante el trayecto, continué el viaje á caballo, en carabao y finalmente en hamaca, pues más parecía un cadáver que un ser humano con un átomo de vida.

Como aquellos salvajes me abofetearon porque lloraba, me hicieron arrojar sangre por la boca, y sólo pedía agua para aplacar mi sed, pero ellos no me entendían, pues tal parece que Filipinas fué la *Torre de Babel,* porque cada provincia habla un dialecto distinto, al extremo de conocerse treinta y cinco dialectos completamente diferentes, sin contar los que se hablan entre los moros de Mindanao y Joló; el caso es que no se entienden los unos á los otros.

En tagalo, el agua se dice *tubi,* en ilocano *clanón,* y así va cambiando de nombre en todas las provincias.

Cuando llegué al término de mi viaje, me instalaron en un *camarín,* ó barracón, donde había más de dos mil indígenas subordinados al Presidente, y éste les amonestó diciéndoles que "el indígena que se atreviese á tocarme, á no ser para curarme mis heridas, sería condenado á la última pena", es decir, le cortarían la cabeza, cosa muy corriente como castigo entre ellos.

Gracias á la Providencia que se presentó á mí, en nombre de Quesada, curaron con mejunjes y bálsamos mis heridas, y mi cuerpo fué respetado por aquellos semisalvajes, y aunque no dejaban de lanzarme miradas significativas, que me hacían temblar, respetaron mi reciente dolor.

Aquella memorable noche de horror, tocaron en el barracón la guitarra y celebraron con canciones, el triunfo obtenido, de haber dado muerte á cinco hombres y una mujer.

Celebraron también el reloj de mi marido, y dijeron en mal castellano, para que yo lo entendiera, que el reloj del *Castila,* (blanco), valía mil duros; y en efecto, era un magnífico cronómetro de oro con brillantes y záfiros.

Al día siguiente me trasladaron á otro *camarín,* donde estaban sus mujeres.

Para llegar á dicho *camarín,* había que subir una loma muy alta y peligrosa, y como era tan pendiente, dos ó tres veces rodé por la loma, y los indígenas auxiliaron y ayudaron á subir mi penoso calvario.

Por fin llegué; me encontré allí á la viuda de Lette, el causante de la temprana muerte de mi esposo, como se verá más adelante, pues por seguir á Lette, mataron á mi Alfonso.

A Lette también lo mataron, y á su hijo Pepe.

La pobre Bernarda, que así se llama la viuda de Lette, lloraba la muerte de su marido y de su hijo; allí estaba también su hija Antonia y su criada Elena, la cual quedó boba é idiota para siempre, á consecuencia del susto de aquel día.

Bernarda vino á abrazarme, pero yo la rechacé mostrándole mis heridas y lloramos juntas nuestra inmensa desgracia.

Al siguiente día de estar en el *camarín,* donde había una Virgen de busto en el suelo y dos velas encendidas al pie de la imagen; vi un movimiento inusitado y extraño, que me llamó la atención poderosamente.

Bernardo, su hija y su criada estaban de rodillas hablando en tagalo, llorando y suplicando á los indígenas.

Le pregunté á la viuda de Lette el motivo de su llanto, y me respondió:

—Estamos pidiendo por su vida, pues la quieren asesinar á las tres de la madrugada, y les decimos que tengan compasión, porque usted va á ser madre, y es un doble crimen que castiga Dios.

— ¿Por qué quieren matarme? — pregunté.

— Por ser *castila vaga* — contestó Bernarda.

—¿ Y eso qué quiere decir?

— Blanca, y nueva en el país.

Quedé resignada esperando que se cumpliera mi sentencia de muerte, y esperando mi última hora, me puse á rezar por el alma de Alfonso y por la mía.

Uno de los indígenas pretendía redondear mi cabeza con su reluciente *bolo* (machete), y por tres veces me jugué la vida.

Los ruegos de la viuda de Lette fueron escuchados y me perdonaron la vida; sin embargo, el peligro llegó á ser general, pues Vicente Quesada se enteró que la tropa española había incendiado el pueblo de Santo Tomás, en venganza de la muerte de nuestros esposos, y dijo que si la vida de sus mujeres no había sido respetada, él dispondría de nuestras existencias.

Lo que sufrimos entonces no es para describirlo, ni pluma bastante eficáz para expresar nuestro inmenso dolor.

La Providencia veló por nosotras; no le ocurrió novedad alguna á sus mujeres, y á los tres días de estar en aquel barracón, Vicente Quesada nos puso en libertad á las tres de la madrugada, y fuimos escoltadas por los indígenas, hasta el pueblo de Santo Tomás, teatro que fué de nuestro sangriento drama.

Atravesamos el pueblo de Santo Tomás, incendiado por la tropa española en venganza de los asesinatos que habían hecho los filipinos; y oíamos al cruzarlo, los lastimeros gritos de dolor que lanzaban las víctimas del desvastador elemento.

Pasamos un puente recién volado, haciendo equilibrios sobre unas vigas que sugetaban nuestros enemigos, expuestas á sumergirnos en un caudaloso río; y allí nos salió al encuentro la tropa española. El jefe que mandaba aquella retaguardia, el teniente Costosa, quiso hacer fuego sobre los indígenas, pero yo, olvidando sus injurias intervine, diciendo: — Que no se pagaba un beneficio con una traición, y puesto que á ellos debíamos la libertad, justo era pues, que les perdonásemos la vida.

Pude haberme vengado, pero dejé la venganza á Dios, que es el único llamado á castigar y á hacer justicia, en la tierra y en el cielo!

Sería interminable esta historia, si yo fuera á describirla con todos sus detalles, por eso hago mi narración á grandes rasgos, y bástele saber á los lectores, que mi cabeza era la menos segura, y era la mujer más codiciada por ser *castila vaga* (nueva en el país). En el trayecto, un *tao* (un individuo), desembainó su *bolo* (machete), sumamente afilado, para separarme la cabeza de los hombros, pero los indígenas que me conducían agitaron una bandera blanca en señal de paz, y pasé sin novedad.

La tropa española nos aguardaba del otro lado del puente y me parecieron los soldados ángeles y serafines, que venían á ampararnos.

Nos condujeron á un convento, y como yo estaba herida y fatigada por la larga jornada, perdí las fuerzas físicas y me tuvieron que subir al convento en una silla de mano.

Allí nos dieron ropa seca y algún alimento, por cierto que mi primer traje después de mi peregrinación fué una sotana y unos zapatos de un fraile.

Dicho cambio de ropa lo agradecí, pues la mía estaba hecha girones y mojada, por haber tenido que pasar á nado los ríos é internarme en los pantanos, y en mi penosa jornada destrocé los zapatos que por caridad me dieron en el *camarín,* donde estuve prisionera.

Del convento de los frailes Agustinos, seguimos nuestro viaje á San Fernando de la Unión, y habiendo tenido miedo de permanecer en casa de la viuda de Lette, por ser india y tener la casa llena de gente del país, que me causaban horror, fuí recogida y curada por una mestiza española, cuyo nombre me reservo y la designaré con las letras D... B..., viuda, de regular estatura y mediana edad, muy agradable, pero muy falsa, y que me explotó indignamente bajo la máscara de la caridad.

Tenía un hijo y una hija, joven encantadora.

La Colonia Española me hizo una suscripción en San Fernando de la Unión, de cuyo producto se benefició D..... B...., pues cínicamente dispuso del dinero.

Sin embargo; no hizo más que aprovechar la ocasión, pero á ella le debo haber sido respetada, y recuperar más tarde la libertad, y vaya lo uno por lo otro.

En San Fernando de la Unión caí por segunda vez prisionera de los tagalos, pues los insurrectos entraron

en el pueblo; nos refugiamos en la casa de gobierno, y allí se hizo una guerra sin cuartel, estableciendo los filipinos un verdadero sitio y eficaz bloqueo, al extremo de comer un escasísimo rancho cada veinticuatro horas, tomábamos el agua de un pozo que se improvisó en la sala del Gobierno, sin tener otro plato que una lata vacía de leche condensada; todas nuestras necesidades las teníamos que hacer en tan reducido recinto, y pasábamos las noches y los días oyendo las descargas cerradas, cayendo hombres y mujeres bajo el mortífero plomo enemigo, algunos para no levantarse más, pues se enterraban diariamente en el patio de la casa de quince á veinte cadáveres. Por fin ganaron los tagalos, y caímos todos prisioneros; pero D... B... era íntima amiga de Manuel Tiño, jefe de la fuerza que derrotó á los españoles y nos hizo prisioneros, y se unió á la partida de Tiño, por no verse expuesta á caer en otra ocasión prisionera de alguna fuerza cuyo jefe fuese desconocido y sanguinario.

— Avelina — me dijo D... — yo no la abandono á usted. Disfrácese de mestiza; yo le buscaré ropa; péinese como las indias; no se ponga polvos y sigamos con la partida de Tiño; que yendo con él nos servirá de garantía, y estamos seguras y exentas de los brutales atropellos de la soldadesca desenfrenada y ebria de venganza.

Así lo hicimos; fuimos con la fuerza de Tiño de pueblo en pueblo, de combate en combate, pero siempre con el Estado Mayor, pues yendo con los jefes, compartiendo con ellos las fatigas y las peripecias de la guerra, estábamos garantidas y á salvo nuestras honras, pues hasta el último soldado nos respetaba.

Entrábamos en los pueblos, abriendo el paso con el mortífero fuego de los rifles de los tagalos; las mujeres nos quedábamos á retaguardia durante la lucha, que siempre era encarnizada y tenaz, y cuando vencían á los españoles, celebraban grandes bailes en honor de la victoria, y yo que estaba en estado interesante y con el triste recuerdo de mi reciente y perpétua desgracia, tenía que asistir á aquellas expansiones de alegría, para salvar la honra y la vida, estando en presencia de los jefes, que eran nuestra garantía.

En Vigan dí á luz; el doctor Martín, que estaba prisionero en aquella localidad, me asistió en tan terribles momentos; y me escapé de la prisión, protegida por D... B..., á los ocho días de mi alumbramiento. ¡Qué horror!

Con ella fuí á para á un *bajay* (bohío de vara en tierra), de un indio pescador, llamado *Momoy;* y allí permanecimos en aquella playa, hasta que nos recogió el vapor "Saturno" y nos condujo á Manila.

Una vez en la capital, procuré mi pasaje para Bercelona.

Martínez Freyre me gestionó las pagas de toca, y me ayudó en cuanto pudo; pero D... B..., mi protectora, me despojó de todo el dinero que recibí de generosas suscripciones, llegando su perversidad al extremo de negarse en presencia de don Camilo Novoa, mi apoderado en *Clases Pasivas,* á hacerme un recibo de lo usurpado, para que algún día mi hija pudiera recuperar ese dinero.

Al regresar á Barcelona en el vapor *Reina María Cristina,* nos sorprendió un ciclón, al entrar en el golfo de León, y en un balance fuí arrojada con mi hija

en brazos, de un lado á otro de cubierta, y á no ser por unos marineros que se arrojaron á salvarnos, hubiéramos perecido.

En Barcelona me protegió la Cruz Roja, y me dieron generosa hospitalidad en casa de la familia de Antrás, hasta que libre de todo peligro y con un ángel en brazos, llegué á Madrid, un año después de haber salido de la villa y corte, en el apogeo de mi felicidad, cuando el amor me cubría con sus sonrosadas alas y el porvenir me ofrecía una nueva era de paz y alegría, al lado del hombre que amaba y que me comprendía.

****

I

Cuando nuestro destino es sufrir; vanos son nuestros esfuerzos por obtener la felicidad que anhelamos.

Las pruebas porque tenemos que pasar son inevitables, y si está decretado que nos salvemos de todos los peligros, así sucede; y cuando menos pensamos en morir, nos sorprende la muerte.

Solo podemos pedir fuerzas al Señor, para resistir esas titánicas luchas, sin desviarnos del camino del bien, que es el único verdadero y el que ha de conducirnos á la bienaventuranza eterna.

¡Oh! Si no fuera por la fé; por esa fé que ha vivido y vivirá en mi alma, ¿qué hubiera sido de mí?

Huérfana, sola y sin fortuna; rodeada siempre de extraños y de seres que no me han querido.

De mi familia solo he experimentado decepciones; han abusado de mi desgracia y si bien es cierto que en mi infancia tuve generosa hospitalidad, en mi juventud horrible desamparo; pero la Providencia jamás me ha abandonado.

En amor, tampoco fuí muy afortunada; mis primeras ilusiones las ví tronchadas en agraz; cuando amé no fuí comprendida, y buscando el olvido, partí de mi país, donde nada tenía que me hiciera agradable la vida, después de la muerte de mi querido padre.

¡Ah! ¡cuánto sufre mi triturado corazón cuando evoca el recuerdo del pasado!

¡Cuántas penas y cuánto dolor encierran! A veces quisiera tener un poder superior para arrancar esas ideas del pensamiento; pero el corazón no deja de sentir, ni el pensamiento de evocar recuerdos del pasado.

Quise partir lejos de Cuba, mi suelo natal el cual no me había brindado toda la felicidad que mi alma anhelaba.

Este propósito lo realicé á raiz de haber publicado mi novela intitulada "La Perla Hereditaria, y á España me dirigí con los pocos recursos con que contaba.

Hice el viaje en el mismo vapor que iba la distinguida familia de Santos Guzmán, á la que había sido eficazmente recomendada por la de O'Reilly y por Eva Canel, que fué expresamente á bordo con ese objeto.

A pesar de hacer mi primer viaje de Cuba á España, sola y á la ventura, la inexperiencia de los pocos años y el afán de ver otros países, me hacía aparecer la más alegre y comunicativa de las mujeres.

Desde niña he tenido gran afición á los viajes. Cuando estaba en el colegio, muchas veces en las horas de recreo, señalaba con placer en el pintoresco mapa de España, las principales ciudades que deseaba recorrer; pues para poder escribir para el público, no basta la teoría, es necesaria la práctica; esto es, ver, experimentar, estudiar sobre el terreno, formarse un criterio propio y después escribir.

¡Pobre de mí! Realicé mis deseos, viajé; por experiencia propia he podido escribir después, y este libro es fruto sazonado del arbol del sufrimiento, cada hoja es un dolor rociado con mis lágrimas; por eso el fruto es amargo, como amarga es la verdad.

Acostumbrada á estar siempre al lado de mi anciano padre; á escuchar sus sanos consejos, á no ocultarle mis pensamientos y á proceder siempre de común acuerdo con mi cariñoso viejecito; me hallaba tan extraña en el apojeo de mi libre albedrío, que esa misma libertad acentuaba mi desaliento moral.

¡Pobre padre mío! Aún me parece que escucho su voz y que lo veo agobiado bajo el peso de sus sufrimientos físicos y morales; y sin embargo, á pesar de estar enfermo y abatido, me llevaba á los bailes, teatros y paseos, unas veces sola y otras con mis primas, las hijas de mi tío y padrino Elías Correa, en cuya casa vivíamos desde la muerte de mi madre, y de la cual me marché poco tiempo después del fallecimiento de mi padre.

Por asuntos de intereses se trasladó mi tío Elías, con su familia, á Güines, y yo me quedé al abrigo de mi querida amiga Beatriz Comas, viuda de Hernández.

Al comenzar la guerra en Febrero de 1895, estaba yo en San Felipe, con la familia de Beatriz, teniendo que venir huyendo para la Habana, pues en las revueltas motivadas por la guerra, tomaron su casa para Hospital de Sangre.

Cuando más tranquila me hallaba en la Habana, en casa de Beatriz, destinaron á su hijo Miguel á Puerto Rico, de Médico Titular de Quebradilla, y naturalmente llevó consigo á Beatriz, yéndome yo al colegio de "San Fernando" de Elisa Posada de Morales, donde daba algunas clases, aprovechando algunas horas libres que me quedaban, para hacer lo mismo en el colegio de la "Piedad", y en el de "La Pureza" de Enriqueta Campillo. Escribía en los periódicos como siempre, y así iba pasando mi vida.

De casa de Elisa Posada, fuí á la de Domitila García, viuda de Coronado, la cual había sido profesora mía, y de allí partió mi determinación de marchar á España, donde nuevos sufrimientos me aguardaban.

.. ..

.. ..

Vime por fin á bordo del "León XIII", embarcada con rumbo á España. Fueron á despedirme al vapor varios amigos, entre ellos el Doctor Francisco Silva, el cual me recomendó eficazmente á todas las personas de su amistal, que partían para España, y me prometió hacer algo en obsequio mío, ofrecimiento que cumplió, por lo cual le estaré siempre agradecida.

En esta narración sencilla, amables lectores, sólo hallaréis el lenguaje sincero del sentimiento, en la misma forma que si en la intimidad os abriera mi corazón y os relatara mis sufrimientos.

Semejante al pajarillo cautivo que por vez primera vuela con libertad, así iba yo á lo desconocido.

Extraña sensación me causaba á medida que avanzaba el barco, y sólo veía mar y cielo, alejándome más y más del país donde nací.

¡Ah!, cuán indescriptible es la soledad del alma cuando bajo la influencia de amargas decepciones nos ausentamos de nuestra inolvidable patria; pues si bien es verdad que en ella no hemos sido felices y en tierra extraña quizás hallemos el calor del afecto que nos falta; también es cierto que los hijos, por disgustos que reciban de sus padres, nunca dejan de quererlos y menos pueden olvidar á la que les dió el ser; por eso amamos la tierra donde nacimos y todo lo que la madre patria nos inspira, no se puede comprender sino cuando nos hallamos lejos de ella.

Mi alma se conmovía al recuerdo de íntimas impresiones de las cuales deseaba sustraerse.

La indiferencia en medio de la gente que encontraba allí, todos más felices que yo, porque algún vínculo les unía á la vida, yo había perdido á los seres queridos y llevaba el corazón triturado por mi *último desengaño.*

Mi aislamiento de espíritu era una pantalla, á través del cual no quería ver la felicidad del ser que causaba mi desgracia, sino la consoladora silueta de Dios, con el bálsamo del consuelo, para cicatrizar las heridas de todos los humanos.

Yo era una pobre mujer, joven y abandonada al azar que quería aturdirme en tierra extraña, había perdido la esperanza de ser feliz, no pensaba en amar ni ser amada, sino en adquirir un nombre; no

por ambición sino por necesidad, de poder vivir de mi trabajo intelectual, una vez que mi firma fuese conocida.

El puesto del hombre es la vida y es necesario luchar por conservarla; así pensaba y desechando fúnebres pensamientos, disfrazada con la careta de mi falsa alegría, procuraba distraerme y divertirme en las pocas expansiones que podemos tener á bordo.

En los viajes se aprende mucho; porque en el reducido círculo del barco, cada cual demuestra sus defectos; cuando se fastidian, comienza la crítica, que es la comidilla de la ociosidad y al finalizar el viaje ya están cansados de soportarse los unos á los otros.

Las asquerosas llagas del corazón humano se ven cubiertas de oropeles, y se necesitarían los rayos X, para analizarlas detenidamente y poder apreciar las cosas en su verdadero valor.

¡Ay! porque las conciencias puras y trasparentes como el cristal, aparecen confundidas y son miradas, hasta con desprecio inclusive, en el pantanoso mundo inmoral!

Según las frases de Pitágoras "no se debe hacer guerra nada más que á cinco cosas: á las enfermedades del cuerpo, á la ignorancia de la inteligencia, á las pasiones del corazón, á las sediciones de los pueblos y á las discordias de las familias."

Y estas cinco cosas no se extinguirán jamás, porque somos humanos y estamos, pues, sujetos á todas las flaquezas de la carne.

.. ..

Por fin, después de una travesía feliz que duró diez y ocho días, llegamos á Santander.

II

En Santander me encontré sola en una habitacióción de un hotel, pensé en mi atrevimiento, en las consecuencias de mi ligereza; pero ya no había modo de retroceder.

Carecía de fondos para regresar á mi país y hacerlo antes de llegar á Madrid me parecía tonto.

En Madrid tenía familia, tal vez me protegerían; vería á S. M. la Reina, á la Infanta Isabel y á todas las personas para las cuales llevaba cartas de recomendación.

La experiencia solo podemos adquirirla á fuerza de pruebas y aunque vertamos amargas lágrimas en nuestra ignorancia, hasta que no tenemos el convencimiento de nuestros errores, seguimos sin vacilar la senda que nos indique nuestro destino.

Si reflexionásemos concienzudamente en las vanidades del mundo, nos contentaríamos más fácilmente, no dándole importancia á los obstáculos que se interpusiesen en nuestro camino, y mirando con indeferencia glacial á los que siendo incapaces de comprendernos, no pueden estar autorizados para juzgarnos.

Pero vivimos en el mundo y no tenemos más remedio que aceptar las cosas como vienen y sufrir las consecuencias.

Cuando me hallé lejos de mi patria, sin parientes ni amigos, por un momento me hice cargo de mi verdadera situación, sentí un pesar y un vacío en el alma, indescriptible, y al interrogarme que sería de mí en España, me eché á llorar; sin embargo, recordando las admirables máximas de la filosofía cristiana, me dije:—Adelante y valor, de ningún cobarde se ha escrito nada, y el que se retira en el combate, antes de la victoria, está vencido.

. . . .

Al día siguiente me puse en camino para Madrid y en el tren hice conocimiento con Eduardo Fernández y dos señoritas hermanas suyas, que iban de Asturias á Madrid.

Muy atentos conmigo me hicieron aminorar las amarguras del trayecto, pues si frío hacía en el camino, yo tenía hielo en el alma!

Temía y no sin razón, recibir en la Corte nuevos desengaños, en lugar de realizar mis locas esperanzas, y á pesar de mi fuerza de voluntad y mi valor, temblé ante la perspectiva de lo desconocido.

. . . .

Llegué á Madrid y un mozo de la estación me acompañó á casa de mi familia.

. . . .

¡Qué hermoso es Madrid!

¡Qué impresión más agradable experimenté cuando me hallé en la capital de España!

"Era en el mes de Mayo, precisamente en el mes que tiene más recuerdos para mí."

Mayo, el mes de las flores, cuando comienza la primavera en Madrid.

Hacía un día sereno y esplendoroso, de una pureza atmosférica y una diafanidad que forzosamente la confundí con la de mi país.

Lucían las nubes sus mejores galas, el cielo vestía de azul y al verlo tan sereno, me pareció que aún estaba protegida por el cielo de mi Cuba!

Llegamos á la calle de "La Luna", donde me dijeron que vivía mi familia, pero ésta había trasladado su domicilio á la calle de San Roque, y nos dirigimos allá.

No nos conocíamos; mi tía Encarnación Alarcón de Aiza estaba enferma y á consecuencia de su enfermedad, de mal humor.

Me recibieron bien, llamaron á los primos y se hizo la presentación de costumbre, pero ignorado el objeto de mi viaje; cuando se enteraron, cambió la escena de decoración, dijéronme que era una locura censurable mi viaje y que no tenían donde alojarme.—No importa,—respondí á mi tía Encarnación.—La mujer que sola se lanza á cruzar el Océano, no viene á expensas de Vd., sino á merced de los acontecimientos, contando siempre con la Providencia y confiando en sí misma.

Traigo dinero, no mucho, pero sí lo suficiente para hospedarme con decencia, hasta ver lo que determino, y vine primero á ver mi familia, cumpliendo con un deber y como es la primera vez que vengo

á Madrid, para que ustedes me indicaran dónde debo vivir, teniendo en cuenta que cuando mi tío el General Alarcón, padre de usted, llegó á la Habana, mi padre lo obsequió con un carruaje magnífico, y le mandó á disponer habitaciones en su casa, no siendo, pues, este el recibimiento que merece la hija de Pepe Correa.

Iba á marcharme, pero mi prima Encarnación Aiza, viuda del Coronel Figueroa, se opuso y me llevó á su casa, á la calle de Silva, donde conocí á sus tres hijas Catalina, Encarnación y Conchita.

Las tres son muy guapas; Catalina es alta, bien formada de grandes ojos negros y cabellos negros, tiene un carácter muy vivo, es muy sencilla y muy simpática.

Encarnación, la segunda, es un tipo contrario al de su hermana, también es bella, rubia, espiritual, muy retraída y muy modesta.

Conchita es una niña muy viva, se parece mucho á Catalina, y tienen un hermano llamado Mariano que ya está siguiendo la carrera militar, á pesar de sus pocos años.

III

En Madrid, como en todas partes, cuando una persona llega de fuera pronto corre la voz, pues las porteras, que siempre están á caza de noticias, se encargan de enterar á todo el mundo.

El mismo día en que fuí á parar á casa de mi prima Encarnación, conocí á un cubano que habitaba

en el piso tercero; pero tan luego se enteró de que una paisana suya acababa de llegar de Cuba, en atenta tarjeta manifestó que deseaba saludar á su compatriota.

Y pocos momentos después se presentó el señor Joaquin Pando.

Preguntóme mil cosas de nuestra querida tierra, y al nombrar los deportados cubanos que estaban en Madrid por causas políticas, me habló de mi amigo Antonio Bravo Correoso.

Verdadera alegría me causó al saber que estaba en Madrid; no lo había vuelto á ver después que terminó sus estudios, pues se marchó á Santiago de Cuba, allí se casó y creó una familia.

Algunos meses antes de mi viaje á España, estando de temporada en San Felipe, que es un pueblecito cercano á la Habana, del cual tuve que salir huyendo cuando lo incendiaron, leí en un periódico que Antonio Bravo y Correoso iba deportado á Ceuta, donde probablemente le quitarían la vida.

Semejante noticia me entristeció mucho; pues admiradora del talento y amante del bienestar y el progreso de mi país, quisiera poder inmortalizar "á todos los que valen.".

Cuando nos hallamos lejos del lugar donde nacimos, es un gran consuelo encontrarnos con nuestros compatriotas.

Al enterarse Bravo de la muerte de mi padre y el motivo de mi viaje á la Corte, me aconsejó que regresara cuánto antes á mi país; díjome que en Madrid estaba expuesta á mil peligros y que desaproba-

ba mi determinación.—"Vuelve á tu tierra, me dijo, allí eres muy conocida y aquí nadie te conoce, es notoria la hospitalidad de nuestros paisanos, y no te abandonarán en tu inmensa desgracia."

—¿Qué vas á hacer pobre, joven, huérfana y sola en Madrid?

Tú no conoces esto, Avelina, yo como hombre tengo más experiencia que tú; pienso en que soy padre y no sé lo que les ocurrirá á mis hijas si se ven algún día solas como tú en el mundo. Yo te enseñaré á Madrid para que lo veas, como un hermoso panorama; te presentaré á la familia de Labra para que te relaciones con ella, son cubanas y allí podrás pasar muy buenos ratos.

Procuraré ayudarte en todo lo que pueda; entregaré tus cartas para ver si puedes obtener, como deseas, audiencia con S. M. la Reina y S. A. R. la Infanta Isabel, que dicen que es muy buena; ellas te atenderán y yo vería con gusto que regresaras á Cuba antes de que se te acabase el dinero.

Madrid no es la Habana, y aunque siento destruir tus ilusiones, me veo en el deber de decirte la verdad.

Escuché los sanos consejos de Bravito, como le llamamos cariñosamente; pero no los seguí, porque las corrientes de la vida me arrastraron hacia otros países donde se desarrolló el terrible drama cuyo trágico desenlace me ha inspirado este libro.

.. ..

.. ..

Bravito fué mi "cicerone", mi "introductor de Embajadores"; pocos días después de instalarme en

Madrid, me presentó á la familia de Rafael María de Labra, célebre tribuno y reputado jurisconsulto español, gloria de Cuba. Asistí á un almuerzo campestre en los Viveros; por cierto que fué para mí una fiesta muy agradable, pues en aquella elegante y bien servida mesa, reunió Labra sesenta comensales, de lo más selecto que Madrid encierra en literatura, ciencias y política, quedando todos encantados de las atenciones y delicado trato de la familia del anfitrión.

Los Viveros es un paraje de recreo cerca de Madrid, como aquí en la Habana la Chorrera, y aunque allí no se come el tan celebrado arroz con pollo, se come bien siguiendo las costumbres españolas, y después de comer, la gente alegre baila, al son de la música callejera, se juega á las prendas y se monta en el tío vivo.

Con frecuencia celebran allí sus bodas la gente sencilla, "democrática". Las novias visten de negro, mantilla blanca, con esa gracia innata en las españolas, y claveles encarnados.

Meriendan en casa de "Lázaro", que es el que goza de más fama en el arte culinario, y venga el organillo y las castañuelas, con que allí se baila, y la gente aquella se distrae, se divierte y tiene expansión á poca costa.

Ellas no tienen las preocupaciones que nosotras, en habiendo baile y jaleo ya están contentas y todo lo olvidan, están de juerga, como dicen allí, y á lucir los mantones de Manila y los hermosos claveles encarnados.

Los domingos se van de paseo las criadas y las obreras á la fuente de la Teja, ó á las Ventas del Espíritu Santo, Puente de Vallecas ó á Tetuán.

Estos parajes son grandes praderas, de fino y suave césped, poblados de modestos merenderos, y allí se dan cita con sus paisanos ó novios, y se ven concurridos por todos los soldados de la guarnición de Madrid francos de servicio, y ponen en práctica aquel antigua refrán de "cada oveja con su pareja."

Se obsequian mútuamente, pues unas veces pagan ellos el gasto y otra lo pagan ellas, con las sisas de la compra ó los ahorros de sus salarios, y con una "modesta" peseta, comen los famosos callos y caracoles, beben buen vino de Valdepeñas y bailan toda la tarde, á los acordes de la guitarra de algún ciego, con su correspondiente golpe de castañuelas.

Es encantador el golpe de vista que presentan esos lugares de modesto recreo, pues forman grupos por provincias y cada uno rinde culto á Terpsícore, con los bailes de su tierra; así es que allí se ven los diversos bailes de las cuarenta y ocho provincias españolas.

Todo es bullicio y algazara, las criadas se olvidan durante aquellas fugaces horas de asueto y recreo, de las fatigas de sus quehaceres y del endiablado genio de sus amas; y los soldados no piensan en el rigor de la ordenanza, ni en la insoportable subordinación; soldados, cabos y sargentos son allí todos iguales, y en cuanto comienza á oscurecer, cada mochuelo á su olivo; y van desfilando hacia Madrid,

pues estos merenderos están en sus afueras, y es precioso ver estos desfile que parecen hormigueros.

¿Y las noches de Verbena? Estas son otra clase de fiestas exclusivas en Madrid. "La primera verbena que Dios envía es la de San Antonio de la Florida", dicen los madrileños, y se celebra en los alrededores de la ermita de dicho Santo, próxima á la estación del ferrocarril del Norte.

Después siguen las de San Juan y San Pedro, que se instalan en el Prado, la de La Paloma, célebre por la zarzuelita y otras varias.

Todas se celebran la víspera del Santo por la noche, y puede decirse que Madrid entero va á las verbenas, á comer los tradicionales buñuelos, allí todo es alegría, tal parece que sólo el placer tiene cabida en los corazones, porque se obedece al egoismo personal y se miran con indiferencia las penas ajenas.

Se dificulta ganar una peseta y el que la tiene no la comparte con otro.

Los paseos son deliciosos; el Prado, Recoletos, La Castellana, el Retiro, ¡ah! cuántos recuerdos de un pasado tan próximo y ya imposible de reanudarlo y confundirlo con el presente!!

En Recoletos correspondí á mi inolvidable Alfonso, y el Retiro era nuestro paseo favorito; allí nos embarcábamos en un pequeño barco, y Alfonso remaba por las tranquilas aguas del lago del Retiro.

Después que lo perdí, no he podido pasar por el Retiro, sin que se me llenasen mis ojos de lágrimas y sin que sintiese oprimido el corazón.

Es tan difícil en la vida realizar nuestro ideal, son tantas las pasiones que continuamente agitan nuestro espíritu, que necesitamos tener mucho dominio con nosotros mismos y una fuerza de voluntad á toda prueba, para no dejarnos arrastrar por nuestros deseos.

A pesar de tener un corazón impresionable, he amado poco, porque he sido muy desconfiada y el amor mútuo, el cariño recíproco solo se conoce á fuerza de pruebas, y es muy raro que en la prueba no disminuya.

Cuando recuerdo mis amores con Alfonso, sin más nubes que sus celos, que con cariño procuraba desvanecer, me arrepiento de haber amado antes; no solo porque no han sabido corresponder á la pureza de mis sentimientos, sino porque no he encontrado en otro ser su grandeza de alma. Y aquel hombre superior, perdió su vida por defender la mía y sus últimas palabras, llenas de amor, fué recomendarme "para que su familia no me desamparara nunca y velaran por el ser que llevaba en las entrañas."

Aunque por la hija de mi amor me sacrifique inútilmente, creyendo haber cumplido mi deber de madre, no perderé ocasión de hacerlo, y espero en la Providencia divina, siguiendo la línea de conducta que me he trazado.

Un hijo es un pedazo del alma y en Alfonso veo reflejada la dulce imágen del autor de sus días, y este retoñito, única herencia que me dejó al morir, constituye mi consuelo y mi encanto con sus gracias infantiles.

Ignoro los misteriosos designios del Creador, y acepto con valor las pruebas de mi destino, pues para algo debo de haber quedado en el mundo, habiéndome salvado tantas veces de tan inminentes peligros.

En la vida real todo es fugaz y pasajero, por lo tanto, no debemos tener apego á nada humano, pues así como vemos con frecuencia á los colores transformarse, el blanco en crema, luego en gris y obscurecerse más, hasta que pierde en absoluto su primitivo color; sucede de igual manera en todo, porque en el mundo hay muchas sorpresas y no debemos desesperar jamás.

Despreciar al mundo, detestar la farsa social y pensar solo en el más allá, que es lo único positivo, pues hoy vivimos y mañana moriremos.

¡Ah! Vanidad imperdonable que tan tontamente nos hace sufrir cuando amamos en la tierra; porque idealizamos á nuestro ideal, que es de barro como nosotros, y en polvo, ceniza y nada se convierte.

IV

A los pocos días de estar en casa de mi prima Encarnación, díjome ésta, que según costumbre, iba á pasar la temporada de verano en Magallón, con su padre el General Aiza, y que si yo quería podía quedarme allí con la criada, hasta que ellas regresasen.

¡Qué impresión más triste experimenté entonces, qué vacío moral más inexplicable! ¡Ah! Sola en el

mundo, sin parientes ni amigos que me guiaran y en tierra extraña!

Era la primera vez en mi vida que me asusté de mi difícil situación y me pareció escuchar una voz misteriosa que decía: "Ve acostumbrándote á las descepciones y á los sufrimientos, porque mucho tienes que sufrir; estás comenzando tu peregrinación y te aguardan peligros inminentes, sorpresas violentas, desagradables, para las cuales tienes que tener valor y serenidad, porque va en ello tu vida."

Quedé anonadada y sentí miedo, ante aquella visión del pensamiento.

Como el viaje de mi prima con sus hijas se aproximaba, yo no quise quedarme sola con la criada, porque llevaba muchas cartas de la Habana para Madrid, con las cuales me relacionaría con muchas familias de la Villa y Corte, siendo, pues, seguro que irían á visitarme señoras y caballeros, y siendo joven y soltera, no estaba bien que yo sola recibiera visitas de hombres.

Así se lo manifesté á Encarnación, y ella atendiendo á tan poderosas razones, me buscó entre sus conocimientos una casa de familia decente, que me admitieron en su compañía, pagando yo desde luego mi alojamiento, y me cedían los jueves la sala, para que yo recibiese á mis amistades, estando representada por la familia de Asensio.

Algunas veces la misteriosa voz de mi angel bueno, me decía palabras de animación y consuelo, para aminorar mis sufrimientos, y una tarde que fuí de paseo á Chamartin de la Rosa, encontré allí una

antigua amiga, que salió de Cuba casada y feliz, pero con una felicidad tan falsa, que merece la pena hablar de sus infortunios con más expansión.

Esta joven se casó en Cuba y se marchó con su esposo á Nueva York, habiendo reducido á metálico cuanto poseía, porque así se lo indicó su esposo antes de efectuar su enlace, y ella enamorada y feliz, no vaciló un momento en hacerlo.

Después de efectuado el matrimonio, partieron para Nueva York, llevando todo el dinero en la maleta de viaje.

En los primeros días de la luna de miel, se vió halagada por su marido, pero de la noche á la mañana, desapareció el amante esposo, llevándose la maleta con todo el dinero, y la pobre mujer se vió sola y abandonada en un país extranjero y sin recursos.

Se presentó al Cónsul Español y éste hizo que se trasladase á España, porque ella avergonzada del fracaso de su matrimonio, no quiso regresar á Cuba, donde tenía padres y hermanos, y vivía en Madrid con el producto de su trabajo.

Esta joven tocaba admirablemente el piano y estaba á la sazón de profesora de música en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en Chamartin de la Rosa, donde se educan las niñas de la aristocracia, de los banqueros y de la gente que vale en Madrid.

Además daba clases de piano á domicilio y se sostenía con la dignidad de las mujeres virtuosas que solo piensan en el trabajo, como medio de subsistencia.

¡Qué consolador es el ejemplo de la mujer que se basta así misma y cuenta con recursos propios para luchar por la vida, doquiera que se encuentre, pues si bien es verdad que todos los trabajos obligatorios son penosos, también es cierto que la fatiga del trabajo disminuye, con la satisfacción del deber cumplido.

.. ..

.. ..

Visité detenidamente el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, donde estaba, como ya he dicho, mi amiga de profesora; es un espléndido edificio, con una gran extensión de terreno sobre una ventilada loma, donado á la comunidad por los Duques de Pastrana.

En él conservan las religiosas como recuerdo histórico, la habitación donde pernoctó José de Bonaparte, hermano del Gran Napoleón, la víspera de su entrada en Madrid, al frente del ejército francés, en 1808, hallándose hoy día, con los mismos muebles y enseres que sirvieron de alojamiento á José I, y en idéntico estado que en el momento de salir de ella, el día de aquella goriosa y memorable jornada para los madrileños y para la España entera; el día que sacudieron el yugo de la dominación francesa, ¡el 2 de Mayo! tan celebrado en Madrid.

La cama en que descansó el hermano del invencible guerrero del siglo XVIII, se conserva con las mismas ropas, ennegrecidas por la acción de los años, y en el natural desorden en que las deja una persona después de un sueño febril y que se arroja del lecho

precipitadamente, para ponerse al frente de un ejército que tiene que asaltar la capital de una nación, y una nación como la España de aquel entonces.

Al lado de la cama, la mesa de noche con el vaso y el botellón de agua que tomó; sobre una alfombra apolillada y descolorida, unas zapatillas de aquel tiempo; varias sillas de pino y paja de Victoria, y en el centro de la habitación, un velador con recado de escribir, cuyo papel pareee de estraza, tres plumas de ave que solo sonservan el esqueleto, un velón de cobre y un gran sillón de baqueta, completan todo su ajuar.

Una de las hermanas del convento, tiene la misión de quitar diariamente el polvo de estos muebles, con un plumero, pero sin tocar nada de su primitivo sitio.

En esa modesta habitación recibió la siguiente carta, cuyo original existe en el Archivo de Simancas:

"Mi querido hermano José Napoleón, Rey de Es-
" paña.

"Comprendí que andando el tiempo los sucesos
" que ocurrieron sucesivamente desde que Dupont
" tomó la resolución de abandonar Andújar, y desde
" que las tropas españolas pasaron el Guadalquivir,
" vendrían á echar por tierra los adelantos de nues-
" tro reinado: así sucedió, coronando mis temores los
" acontecimientos de Bailén.

"Nada se ha perdido; desde la estrategia de Ba-
" yona tengo en mi poder al imbécil Rey Fernando
" VII, y á eso deberemos el éxito de nuestro reinado

" en el trono de España; pero necesario se hace que
" escuchéis y observéis las instrucciones que os man-
" do con mi leal general Savary, sin olvidar que se
" hace preciso más de una vez una gran energía, con
" esa raza española tan inflexible é indomable, y que
" en el mundo es la única que llegaría á temer, por-
" que vendría á ser un obstáculo invencible para mis
" proyectos continentales.

"Os lo repito: observad mis instrucciones y con-
" tad con el afecto de vuestro hermano,

"Bonaparte."

Y alrededor de aquel sencillo velador, escuchó el rey José I, las instrucciones que le mandaba el Coloso de aquel siglo por conducto del general francés Savary.

. . . .

Visité también varias veces la Casa de Campo, que es una espléndida finca de recreo del Real Patrimonio, en las afueras de la población, con estanques, parterres, grutas y bosques con toda clase de caza.

Las Caballerizas Reales son dignas de admirarse, pues además del gran número de caballos magníficos, de las mejores razas; los carruajes de todas formas y de todas las épocas, constituyen una maravilla; hay una carroza toda de carey que tiene tres siglos.

El Museo de Pinturas, es uno de los primeros del mundo, en él se encierran obras de gran mérito y de precios incalculables.

La Armería Real, donde se encuentran armaduras y armas, de todas las épocas, desde las más primitivas á las de nuestros días; allí se ven en caballos disecados, las armaduras y armas que se usaban en cada época, el guerrero y su cabalgadura.

El Museo de Historia Natural, el Naval, el de Artillería, la Biblioteca y demás lugares que no deben pasar inadvertidos.

En los Carnavales presenta Madrid un golpe de vista sorprendente.

Numerosas máscaras, aparecen representando con la mayor propiedad, tipos históricos. Adivínase en los disfrazados personas distinguidas.

Comparsas y estudiantinas, vistosas y elegantes, recorren las calles tocando diversos instrumentos.

La Reina, la Infanta, la Princesa y toda la Familia Real, no dejan de asistir al Prado, Recoletos y La Castellana, en días de Carnaval.

En los paseos carnavalescos la aristocracia se democratiza; el Rey tolera con gusto que las máscaras trepen hasta su coche y allí le den bromas las personas que por su educación pueden usarlas correctas y oportunas, porque la gente humilde y de baja esfera, acostumbra á respetar la distancia que los separa de las altas gerarquías, y no se atreven á acercarse á los Reyes ni aun autorizados por la careta.

Las máscaras que trepan al coche de las personas reales, se comprende por la soltura de sus movimientos, que pertenecen á la aristocracia, y muchas veces dichas personas de elevado rango, se aprovechan de la libertad que pueden usar en el Carnaval, para co-

municar á los Reyes noticias trascendentales ó darles avisos de suma importancia.

El mismo Rey Alfonso XII en los primeros años de su reinado utilizó un Carnaval para dar una lección á sus ministros: era á la sazón presidente del Consejo Cánovas del Castillo; el Rey entonces casi niño aún, salió de palacio en un coche cerrado, con uno de los Gentiles hombres de su confianza, dentro del carruaje se puso un dominó negro y se lanzó solo y á pié, confundido entre aquella avalancha de máscaras en Recoletos y allí esperó el caruaje de Cánovas, al cual subió como una máscara cualquiera, y fué largo rato dándole, al parecer del público, el gran bromazo; cuando Don Antonio se "amostazó" y amenazó al máscara con llamar á la policía, el rey saltó del coche y subió al de otro Ministro, que en aquel momento pasaba por la hilera opuesta, y sucesivamente subió al carruaje de todos los Ministros que estaban en el paseo.

Lo que les diría nadie lo supo; pero lo cierto es que Cánovas en el mismo paseo conferenció con dos ó tres de sus compañeros de Gabinete, y se dieron allí órdenes á la policía especial de la presidencia, de detener al del dominó negro, para saber quien era que tan enterado estaba de los secretos del gobierno; pero no se pudo lograr, porque el máscara desapareció á tiempo.

Algunos años después, se supo que el máscara misterioso había sido el Rey y que apeló á ese ardid para resolver una cuestión de Estado, que constitu-

cionalmente no podía resolverla en Consejo de Ministros.

El Carnaval en Madrid es digno de verse; cuánto lujo y cuánto gusto tienen para vestir, desde el sencillo disfraz de Bebé, hasta los disfraces característicos de importantes personajes que el vulgo desconoce, pero que no sucede lo mismo á los que están enterados por la historia ó por los rumores públicos, y muy pronto comprenden al personaje á que se refieren.

En los bailes, más aún que en los paseos carnavalescos, la aristocracia tiene especial empeño en disfrazarse con los democráticos trajes de "Manolas" y hay lujosos mantones de Manila, faldas de seda con gran cola, peinado alto, con grandes peinetas, mantilla á la española y flores naturles.

V

Hacía un día desapacible, de esos tan corrientes en Madrid, donde hay tantos cambios atmosféricos.

Yo estaba enferma con fiebre y una extraña erupción que me brotó por todo el cuerpo, á consecuencia de trastornos en la sangre por la diferencia de climas.

Estando precisamente en cama, me anunciaron que para aquel mismo día, á las dos de la tarde, me había concedido S. M. la Reina Regente y S. A. la Infanta Isabel, la solicitada audiencia.

La expresiva carta del Conde de O'Reilly para el General Polavieja, hizo su efecto como era de esperar,

pues éste me atendió enseguida y procuró que obtuviese la realización de mis deseos.

Al General Polavieja lo conocí en casa de la Marquesa de O'Reilly, donde acostumbraba á comer los domingos, y siempre me trató con deferencia.

Era en aquella época Ministro de la Guerra, gozaba de gran influencia en Palacio, tenía muy buenos recuerdos de la familia de O'Reilly, y como no es ingrato ni olvidadizo, tiene verdadero placer en demostrar su gratitud en todas las ocasiones que se le presentan, y en eso estribó el que me atendiera con la amabilidad que él sabe hacerlo, á todas las personas que por conducto de esta familia procuran obtener por mediación suya algún favor.

Reanudando el hilo de mi relato, os diré que el doctor Adan, que me asistía en aquella pequeña enfermedad, al enterarse por Bravo Correoso que me habían concedido audiencia en Palacio, me prohibió que saliese á la calle por las consecuencias que podría traer aquella erupción.

No hice objeción alguna á las prohibiciones del Doctor, pero se trataba de una audiencia en Palacio, tan difícil de conseguir y no podía perder aquella oportunidad que la Providencia me presentaba, y que quizás no hallaría otra en la vida, así fué que no quise perder tan favorable ocasión.

Me vestí de negro tan pronto me quedé sola, y decidida á jugar el todo por el todo, tomé un coche de alquiler y me dirigí á Palacio.

Cuando penetré en los regios salones del arquitectónico alcázar, una de las primeras maravillas del mundo, me quedé absorta contemplando tanta belleza

artística, tanto severo y exquisito lujo; cubiertas las paredes de galerías y salones por riquísimos lienzos, obras legendarias de los más célebres pintores de todas las épocas, muebles y tapices de incalculable valor, plantas tropicales diseminadas por todas partes con verdadera coquetería, y unido á todo esto, la rigurosa etiqueta palatina, los Alabarderos que dan la guardia interior de Palacio, colocados en escaleras, puertas y galerías, que más que hombres parecen severos maniquíes, por su inamovilidad perfecta y su vistoso uniforme; gentiles hombres de cámara y ugieres con galoneados trajes á la antigua española, con su calzón corto, media de seda, zapato bajo de charol y grandes hebillas de plata; tanta maravilla, tanto lujo, tanta riqueza y el pasar de un salón á otro hasta llegar mi turno, me hizo que me pareciesen muy cortos y agradables los minutos que tuve que esperar para poder ver á S. M. la Reina.

Por fin penetré en el gabinete particular de S. M., donde ella me aguardaba; quedé algunos segundos dudando' de estar en presencia de la Reina de España, pues era tal la sencillez de su toilette, que no parecía que ocupase tan alto cargo.

Recibióme con suma amabilidad, hízome varias preguntas pueriles y terminó diciéndome que viese á Polavieja, el cual tenía órdenes para hacerme un donativo.

Aquel mismo día, y poco después que á la Reina, ví á la Infanta Isabel, la cual me recibió cariñosamente, me hizo sentar en un sofá á su lado; estrechó mis manos con afecto, me hizo mil preguntas y departimos amigablemente.

Admiró mi valor de salir sola de mi país: lamentó mis desgracias, y además de hacerme un donativo igual al que me hizo S. M. la Reina, me dió varias cartas de presentación, recomendándome á los directores de los principales periódicos de Madrid.

Muy satisfecha salí de Palacio, por la benévola acogida que me había dispensado la familia Real, y porque desde aquel momento contaba con qué hacer frente á mis modestas necesidades, y aunque Bravito insistía en que regresase á la Habana, yo deseaba de Madrid seguir á París, y gustosa hubiese recorrido el mundo entero, pues tenía fiebre por viajar.

Una mañana en que reflexionaba sobre las aventuras de mi vida y me hallaba triste, pues sentía la nostalgía de la patria, tuve la grata sorpresa de estrechar en mis brazos á mi buena amiga Elisa Posada de Morales.

Con ella iba Rosa Blanca de la Torre, me la presentó, y desde el primer momento ambas simpatizamos.

Elisa también era partidaria de que me volviese á Cuba, y me rogaba que me uniese á ella, para hacer el viaje de regreso juntas.

. . . .

. . . .

Al poco tiempo de estar en Madrid, me relacioné con las principales familias de la Corte, y debido á esto pasaba la vida más agradable y más distraída.

Por la tarde me reunía con Elisa, paseábamos por el bullicioso é inmenso Madrid, por aquella verdadera Babilonia, y confundidas en medio de aquel oleaje humano, cambiábamos impresiones; pues Elisa era una

mujer de gran talento y poseía un espíritu muy observador.

Con su charla amena é instructiva, halagaba á todo el mundo; penetraba fácilmente á las personas, y sabía lo que á cada cual pudiera agradarle.

En Madrid sufrió la pobre varias decepciones, que yo me alegré hasta cierto punto de ello, pues la casualidad la puso en mi camino para que le diese pruebas de verdadera amistad, aunque para ello tuve que hacer grandes sacrificios.

Mientras Elisa estuvo en Madrid, me divertía con su charla y con sus discretas observaciones, que yo escuchaba con verdadero placer; pero cuando regresó al lado de su esposo y de sus hijos, sentí un vacío moral indescriptible.

Vivía por entonces en la calle de San Bernardo número 66, frente á la Universidad, en compañía de la distinguida familia de Asensi, la cual me cedía los jueves la sala para recibir á mis amistades, y se pasaba el rato agradablemente, pues se reunían varias familias, y se tocaba el piano, se cantaba, se recitaba ó se leían poesías, pasando las veladas muy distraídas.

Las de Asensi, ponían á mi disposición todos los objetos de la casa, y me trataron siempre con mucha deferencia, como es natural, tratándose de personas cultas y de buenos sentimientos.

VI

Una mañana en la calle de la Montera me encontré con Julio Varona Muria, causándome agradable

sorpresa, pues cuando estamos lejos de nuestro país, experimentamos verdadero placer al volver á ver á nuestros compatriotas.

Díjome que estaba deportado en Madrid, por causas políticas y que mi primo Julio García Riambau, también lo habían llevado á España por la misma causa y estaba preso en la Cárcel Modelo.

Mucha pena me causó la noticia, al pensar en la falta que le hacía á su anciana madre, á su mujer y á sus hijos.

Julio, me preguntó el objeto de mi estancia en Madrid, se lo expliqué á grandes rasgos y al terminar mi relato esclamó:

—La Providencia ha hecho que nos encontremos, para que mutuamente nos ayudemos y hagamos los unos por los otros cuanto podamos, en obsequio de nuestro propio bien.

María Hortensia de Cárdenas, mi esposa, llegará á Madrid con mis hijos, de un momento á otro, y como que tenemos precisamente que poner casa, en ella, no faltará una habitación para tí; viviremos en familia; María es muy buena, simpatizaréis desde luego, y no te abandonaremos si tu quieres correr nuestra buena ó mala suerte.

— Mucho te agradezco tu noble acción, — repuse á mi buen amigo; — pero las mujeres en su mayoría son celosas, y no quiero que María vaya á interpretar tu generosidad, desfavorablemente; consulta el punto con tu esposa, y si ella aprueba el plan que has concebido, yo no tengo inconveniente en aceptarlo.

— Mi mujer no tiene más voluntad que la mía; — me respondió; — María tiene un carácter muy dulce,

pero es muy tímida; no conoce Madrid, y una compañera como tú le hace mucha falta.

— Entonces escribe á María, y con su contestación resolveré y veré lo que debo hacer.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Julio Varona Muria, alquiló un piso principal en la calle de Colmenares, cerca de la del Arenal y de la Puerta del Sol.

La amuebló convenientemente, sin olvidar el más pequeño detalle ni dejar de destinar una alcoba para mí, diciéndome después de estar completamente dispuesto, que podía tomar posesión de él, y esperar allí tranquilamente la llegada de su esposa y sus hijos; pues él seguiría viviendo en el hotel, hasta que ellos llegaran.

Dí las gracias á Julio, pero no acepté su ofrecimiento, por evitar las habladurías de la gente.

Como el pobre Julio estaba muy delicado de salud, y tenía que presentarse todos los sábados en el Gobierno Civil, como los demás deportados, muchas veces no podía hacerlo y enviaba á algún amigo.

Estando en cama, recibió carta de María, en la que le decía que fuera á esperarla á la Coruña, y como él no podía ir, y además carecía del indispensable permiso para poder salir de Madrid, me dijo:

— Ya ves, mi mujer y mis hijos vienen por Coruña, y como yo no puedo ir á buscarlos, ni tengo en nadie más confianza que en tí, te agradecería que fueras á recibirlos y me los trajeras á mi lado.

Vacilé un momento, pero Julio me obligó diciéndome:

Sé que eres valerosa y que tienes disposición para todo; María no se ha embarcado nunca, y viene con dos niños pequeños, no me han concedido el permiso que he solicitado del Gobernador Civil, y hasta me alegro de que así haya sucedido, porque si con el deseo de ver á mi mujer y á mis hijos, emprendo el viaje, me muero en el camino.

— No pienses en morir, sino en vivir, para gozar de la felicidad que te espera; dime cuándo debo partir, iré á la Coruña y vendrán conmigo tu esposa y tus hijos.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

En avisarme quedó el pobre enfermo, pero el Gobierno le concedió el permiso para emprender el viaje, y con el afán de ver á su familia cuanto antes, se puso en camino para la Coruña.

Sucedió lo que era de esperarse; el aire frío de la noche le hizo mucho daño, él realizó su vehemente deseo de estrechar en sus amantes brazos á los seres queridos, pero al llegar con ellos á la calle de Colmenares, falleció casi repentinamente.

La triste noticia la supe por los periódicos, al día siguiente de haber ocurrido la desgracia; me dirigí á la casa del pobre amigo, y un cuadro desgarrador se presentó ante mi vista.

Julio estaba tendido en un magnífico sarcófago, y á su lado, de rodillas y hecha un mar de lágrimas, su

triste viuda y los dos angelitos que quedaban huérfanos de padre.

¡Los arcanos del destino!; no pudimos reunirnos en vida, como habíamos pensado, y lo hacíamos después de la muerte del pobre Julio!

A qué narrar la escena que ante el cadáver se desarrolló; hay situaciones tan dolorosas en la vida, que resultan pálidas al trasladarlas al papel, porque no hay frases bastante elocuentes para describirlas.

Cuando María cesó de llorar y pudo hablar, me contó sus desventuras.

La emoción que ambos experimentaron al volverse á ver, fué muy grande; María encontró á su esposo desmejoradísimo, pero no se lo manifestó por no asustarlo.

Julio se agravó en el camino, hizo el viaje muy malo, al extremo de que cuando llegaron á Madrid y se instalaron en la calle de Colmenares, Julio se acostó en seguida y María, muy alarmada, llamó á la portera para que se quedase cuidándole mientras ella iba á buscar un médico; sin conocer las calles de Madrid, impulsada por los nervios y loca de dolor y desesperación.

Ignoraba mi domicilio, y no pudo avisarme para que la hubiese acompañado en aquellos momentos de amargura.

Sola y á la ventura, la Providencia le hizo encontrar un médico, y á los pocos momentos de haber salido éste de la cabecera del pobre enfermo, falleció el desdichado Julio; la misma noche que realizaba el sueño dorado, de verse rodeado de aquellos seres queridos, cerráronse sus párpados para no abrirse jamás,

y la desventurada viuda se pasó la noche sola, velando el cadáver de su marido.

Los grandes dolores no matan; abaten el espíritu, desgarran las fibras más sensibles de nuestros corazones, pero todo se resiste en esos instantes de terribles pruebas.

En todos los casos de la vida tenemos que sometemos á la voluntad de Dios y soportar con valor las tribulaciones á que somos sometidos.

No hay consuelo en lo humano, cuando se está bajo la influencia de un gran dolor, y sólo de Dios depende que tengamos la resignación que anhelamos.

VII

El dolor moral en su elocuente manifestación, desgarraba el corazón de la infeliz María.

Se hallaba lejos de su patria y su familia, con dos niños pequeños, contemplando el cadáver de su esposo.

Después de los sufrimientos que experimentó, desde que deportaron á Julio, ella tímida por naturaleza, se expuso á los peligros de un viaje, porque no se hallaba en Cuba, sin aquel pedazo de su alma, y cuando vé realizados sus más vehementes deseos, la parca con su guadaña despiadada, le arrebata la existencia del ser querido.

La naturaleza es impotente, para dar duración á sus creaciones.

Todo lo que nace tiene que morir y al brotar de la nada, lentamente se vigoriza la materia, adquiriendo

fuerzas físicas y lozanía, para después decaer y sucumbir.

Siempre nos sorprende la muerte y no podemos acostumbrarnos á la idea de que tienen que morir los seres que amamos, y que nosotros tenemos que morir también.

Después del terrible momento del entierro, la viuda de Betancourt, se llevó para su casa á María y á sus niños, por parecerle demasiado triste la morada mortuoria, y yo iba todos los días á hacer compañía á la inconsolable viuda, que escribió inmediatamente á su familia, participándole su desgracia y manifestándole sus deseos de regresar.

A vuelta de correo le mandaron para sus gastos y el pasaje, y después que cumplió con los deberes de amante esposa, procurando dejar en las mejores condiciones los restos queridos de su esposo, regresó á la Habana, sintiendo que yo no la acompañase y me quedase sola en Madrid, pero así lo dispuso el que todo lo puede, y son inexorables las leyes del destino.

Como mi vida no tenía objeto en Madrid, desde el momento que había perdido las probabilidades de obtener mi bienestar, destruído por la repentina muerte de Julio, consolé á la viuda en su desgracia, y la ví partir triste y abatida con sus tiernos hijos, en busca del calor de su familia y de su patria.

Pensando á dónde me dirigiría en busca de un porvenir y anhelando cambiar de impresiones, se me ocurrió partir á París.

Joven, sin experiencia, con una imaginación soñadora, tenía afán por ver lo desconocido y ese mismo deseo unido á las decepciones que sufrí en Madrid, me

hizo pensar en París, creyendo que allí me sería más fácil realizar mis aspiraciones.

Tenía fiebre por viajar, y hubiese recorrido el mundo entero, sin fijarme en los peligros, que encuentra á cada paso, la mujer que no tiene familia, ni quién se interese por ella.

Uniendo la acción al pensamiento, comencé á hacer mis preparativos de marcha.

Antonio Bravo y Correoso, que continuaba deportado en Madrid, me dijo que era una locura, en esa forma ir á París, y que me consideraría falta de criterio si tal cosa hacía.

Repitióme que regresara á Cuba, y añadió que siendo París el foco del sensualismo y de la corrupción, como toda población grande, y no teniendo quien velase por mí, se hallaba en el deber de hacerme aquella observación.

Hice caso omiso de sus consejos, y comencé á buscar cartas de recomendación para París, y á hacer mis preparativos de viaje.

En esa época dolorosa de mi vida, conocí al que fué mi inolvidable esposo, en casa de su padrastro Pedro Martínez Freire, á quien fuí á visitar de parte del doctor Dussá.

— Mis hijos políticos; — me dijo Martínez Freire, presentándome á Alfonso y á su hermano Paco.

¡Qué guapo y qué elegante me pareció Alfonso! ¡Qué impresión más extraña experimentó mi alma!

Mi emoción fué tan grande, que me encontré torpe para hablar y cuando terminé mi visita, al bajar las escaleras iba con el pensamiento tan fijo en Alfonso, que no tenía conciencia de mis actos y descendía los

escalones de dos en dos, sin fijarme dónde ponía los pies.

Algunos meses después Alfonso me confesó que á él le había pasado lo mismo, el día que me conoció, y que bajó de igual manera las escaleras, como una persona que está bajo la influencia de la embriaguez.

Jamás olvidaré la dulce impresión de su rostro, donde se reflejaba la nobleza de sus sentimientos, ni las horas felices que me proporcionó con las sinceras demostraciones de su purísimo cariño.

VIII

Habíame conformado con la soledad moral; tenía firmes propósitos de trabajar para ganar el sustento, y sentía que un nuevo amor, turbase la paz de mi alma, por parecerme imposible llevar á cabo el matrimonio, convencida de que la mayoría de los hombres abusan de la desgracia, y no son capaces de contraer compromisos serios con una huérfana desamparada.

Quería renunciar á aquel cariño naciente, temiendo sus consecuencias, que habían de ser funestas para mí, porque carecía de un verdadero hogar y de la sombra de la familia.

El billete de pasaje gratis que me había concedido el señor Lastres, podía utilizarlo dentro de tres meses, pudiendo en dicho plazo renunciar á él ó dirigirme á París.

En esa época conocí á la familia del Coronel Villar, y su esposa Luisa Martínez, cubana, de generosos sentimientos, carácter franco y sencillo, desapro-

bó mi viaje á París ofreciéndome un lugar en su casa y considerándome como otra hija más.

Desde luego acepté su proposición y me trasladé á su hogar.

Luisa Martínez de Villar, tiene unas hijas muy guapas, todas de genio vivo y es aquella morada, la de la alegría.

Todas las tardes acompañadas de su mamá, van á pasear á la calle de Alcalá, hasta la hora de cenar y por la noche al paseo de Recoletos, á no ser que tengan reunión ó vayan al teatro.

En verano se va á los "Jardines del Buen Retiro", que es un espléndido y bien cuidado jardin, con un hermoso teatro de verano, muy fresco y ventilado, donde actúa todos los años una compañía de ópera italiana; en él se da cita la aristocracia y la gente bien acomodada que por cualquier coincidencia no puede salir á veranear; así es que la concurrencia es escogida y selecta; además del teatro, hay una gran glorieta circundada de sillas todo alrededor y en el centro se coloca una banda de música, que ejecuta todas las noches escogidas piezas de su repertorio, y por una peseta disfruta el público de ambos espectáculos y de aquellas noches tan deliciosas de los "Jardines".

Cuando íbamos de paseo por la calle de Acalá, veía á Alfonso; pero éste rara vez se acercaba á mí para ofrecerme flores, bien es verdad que siempre llegaba algún importuno á hacerme compañía y á charlar por el camino.

En casa de la familia de Villar, puede decirse que se reune la colonia cubana, pues la mayoría de las personas que frecuentan dicha casa, han nacido en Cuba.

Allí se baila el tropical danzón y el vals del país donde nacimos.

Dichos bailes se dan una vez á la semana y se baila hasta la madrugada.

Yo hubiese permanecido quizás mucho tiempo con la familia, si un incidente imprevisto no me hubiese hecho tomar una determinación.

Había una joven cubana que teniendo madre y hermanos, carecía de hogar y pasaba muchos trabajos en España.

Yo la conocí en casa de Martínez Freyre, y como las desgracias crean simpatías, le prometí hacer por ella, y cumplí mi ofrecimiento.

Dicha joven toca muy bien el piano, los danzones y demás piezas bailables admirablemente y conociendo el carácter comunicativo de las de Villar, la presenté en la casa y le hice lucir su habilidad; quedaron muy satisfechas y le rogaron que fuera todos los sábados á tocar, para bailar; pero como esto no era lo práctico porque la pobre joven carecía de hogar, hablé con Luisa y le propuse á dicha señorita como profesora de sus hijas; á Luisa le pareció bien y oceptó, quedando yo muy contenta por haber tenido oportunidad de hacer una buena acción.

Quedó, pues, en la casa de profesora de las niñas, pero como yo estaba allí solo por simpaías, comenzó á indisponerme con la familia.

Como observábamos un sistema de vida muy distinto había diferencias entre nosotras; yo estaba siempre dispuesta á complacer á todas, á pasear si lo determinaban, ó quedarme acompañando á la que se quedase.

Había dos niñas y cuando se les ocurría saltar la suiza, yo también saltaba ó jugaba con ellas. Comprendí que Luisa era celosa y solo cambiaba algunas palabras indispensables con su marido, en las horas de la mesa; estando todo el tiempo con las mujeres y á la disposición de ellas.

En cambio la otra señorita, siempre estaba triste, no disimulaba su contrariedad y prefería quedarse en casa tocando el piano, á pasear por la calle de Alcalá. Sin recordar que cuando la suerte nos niega sus favores, no hay más remedio que dominar nuestros deseos y procurar complacer á los demás.

A Luisa le chocaba que se quedase en casa, cuando todas salíamos, á excepción de su marido, que no le hacían gracia esos paseos, y la profesora de las niñas, sin malicia (en honor de la verdad sea dicho) se quedaba por no molestarse, y solo hallaba distracción en la música que es el lenguaje del sentimiento.

Luisa determinó suprimir á la profesora de piano; pero como mujer de buen corazón, no quería dejarla en la calle, sino en otra colocación.

En efecto, habló con una florista que hacía sombreros á sus hijas y buscaba una oficiala para que la ayudase. La joven aludida los confeccionaba con mucha gracia y no fué difícil que Enriqueta aceptara

la proposición, pero yo fuí la que tuve que desempeñar tan triste misión por orden de Luisa.

Enriqueta vivía en un cuarto piso en la calle de las Infantas , y con el producto de su trabajo sostenía á su anciana madre, la cual estaba inválida sin poderse mover del lecho.

Al enterarse la profesora de piano de la estratagema que traíamos entre manos, solo vió en mi comportamiento una mala acción; tuvimos por eso un serio disgusto, mi protegida me calumnió y amenazó.

Finalmente, salimos las dos de la casa, ella para no volver á entrar, y yo, en amistad con la familia, la cual me distingue mucho; pero otra vez sola y sin hogar, por haber querido compartir mi bienestar con otra.

Rara vez en la vida, cuando hacemos un bien, recibimos la recompensa, pues generalmente cosechamos la negra flor de la ingratitud.

Es más facil que hagan algo en obsequio nuestro aquellos que no tienen por qué servirnos, que los que tienen una deuda de gratitud contraída con nosotros; pues generalmente cosechamos indiferencia ó ingratitud, una vez que no necesitan de nuestros sacrificios.

Don Francisco de Albear, el insigne ingeniero inventor del Canal de Vento y que en honor de su talento tiene erigida una estátua por el culto pueblo de la Habana en el "Parque de Albear", que está situado en la calle de Monserrate entre Obispo y O'Reilly, decía sentenciosamente:

"Se hacen noventa y nueve favores á una persona y por la fuerza de las circunstancias se deja de hacer uno, y se acuerdan siempre del favor que se negó y se olvidan de los noventa y nueve que se han hecho."

En efecto, la ingratitud es el patrimonio del corazón humano.

En Madrid hice cuanto pude en obsequio de los deportados cubanos que estaban en la Cárcel Modelo, por causas políticas, sufriendo los rigores del invierno sin estar preparados para ello; busqué protección en la colonia cubana, creyendo cumplir con un deber de humanidad y de conciencia.

Por conducto de Chano Acosta (como cariñosamente le llaman sus amigos) conseguí para ellos, frazadas, chalecos de Bayona, gorras etc.

Otros varios me ayudaron en aquella benéfica obra entre ellos Pepe Guardiola que me facilitó gabanes, calzoncillos de punto, camisetas de lana, calcetines y guantes de abrigo.

Como había tanta vigilancia en aquella época, para evitar murmuraciones y no ser confundida con la clase de público que iba diariamente á la Cárcel Modelo, me disfrazaba con la ropa de la cocinera, que era una muchacha muy buena y humanitaria.

El vestuario consistía en blusa de lana, falda de paño negro, delantal, mantón y toquilla negra.

Debajo del mantón llevaba las frazadas y demás ropas, para los presos políticos, sin olvidarme de los cigarros y tabacos que me daban para ellos.

Jamás olvidaré los malos ratos que pasé en Madrid, por el mero placer de hacer el bien; ni las ingratitudes que coseché de aquellos por quienes tan inútilmente me sacrifiqué.

Recuerdo los detalles perfectamente. A las siete y media de la mañana, con mi carguita debajo del brazo y disfrazada, en la forma que os indiqué, tomaba por la calle Ancha de San Bernardo, hasta el Hospital de la Princesa, y luego seguía por el paseo de Areneros, camino de la penitenciaría, con un frío terrible que se introducía en los huesos; pero iba con objeto de hacer una buena acción y jamás he vacilado en practicar el bien, á pesar de que hasta el presente, á todos los que he podido hacer bien, me han pagado con una ingratitud.

Sin embargo, no me arrepiento de lo que he hecho, pues pienso como mi noble amigo Don Juan López Seña que el bien se debe hacer por el bien, sin vanidad ni ostentación.

Como en Madrid sin la indispensable carta de recomendación, no se va á ninguna parte; recuerdo que la primera vez que fuí á ver al Director de Penales, para presentarle una instancia de los deportados, solicitando el traslado á Chafarinas, por ser aquel un clima templado y parecido al nuestro; el portero me impidió la entrada, diciéndome que sin "la carta de recomendación" no tenía órdenes de dejar pasar.

—¡Qué memoria la mía!—le dije—precisamente la dejé olvidada en casa y voy por ella.

En efecto, regresé á mi casa, tomé una tarjeta mía, y escribí en ella suplicando al Sr. Director de Penales que me recibiera para un asunto particular; volví á Penales y entonces no puso reparo el portero; pasó la tarjeta, el Director estuvo muy amable conmigo, le entregué la instancia y me atendió, pues ordenó que se trasladasen inmediatamente á Chafarinas los deportados que estaban en la Cárcel Modelo.

La casualidad se encarga muchas veces en retrasar lo que más anhelamos y en hacernos sufrir, para probar nuestra fuerza de voluntad.

Hé aquí lo que sucedió sencillamente; al dar la orden el Director de Penales para que se trasladasen los deportados á Chafarinas, en la lista no figuraba el nombre de mi primo.

Confiada en el feliz éxito de mi pretensión, no volví á ocuparme del asunto, y por la noche al regresar de casa de la viuda de Larduy, donde acostumbraba á ir los sábados, día en que dicha señora recibía á sus numerosas amistades y se pasaban muy buenos ratos, recibí una carta de mi primo, en la que me decía que estaba desesperado, pues en la lista de los deportados no figuraba su nombre y al siguiente día se marchaban sus compañeros, y no se hallaba con valor de soportar tanta desgracia.

Recibir aquella carta y salir otra vez para evitar aquel error, fué obra de un segundo, y logré lo que me proponía.

Mi primo y sus compañeros quedaron, pues, satisfechos de mi comportamiento, y se marcharon á

Chafarinas, sin que yo por eso olvidase á los pobres que se quedaron ni dejase de hacer gestiones para conseguir el indulto.

La Cárcel Modelo de Madrid le llaman el Abanico, porque por dentro tiene la misma figura de un abanico abierto.

Yo tuve ocasión de verla detenidamente, pues siempre me ha gustado observar aquello más notable, en los países que he visitado.

Es una penitenciaría modelo, pues en una extensión de unos trescientos metros cuadrados, rodeados de un alto y espeso muro, se encuentran cinco galerías de cuatro pisos cada una.

Estas converjen á un semicírculo ó medio punto, quedando en la misma forma ó golpe de vista, que cinco varillas de un abanico que completan media circunferencia.

En el centro del semicírculo que forma este suntuoso edificio, de arquitectura sólida y elegante, está instalada la vigilancia principal de la cárcel, desde aiii y de una sola ojeada se ven todas las puertas de las celdas; encima de este centro, ó sea en la parte correspondiente al primer piso, se levanta un sencillo pero magestuoso altar, con una preciosa imágen de Jesucristo, donde se celebra el sacrificio de la misa.

Los días de fiesta se abren todas las puertas de las celdas á diez centímetros, quedando fuertemente sujetas por un resorte automático, de forma que no se pueden ni abrir ni cerrar más.

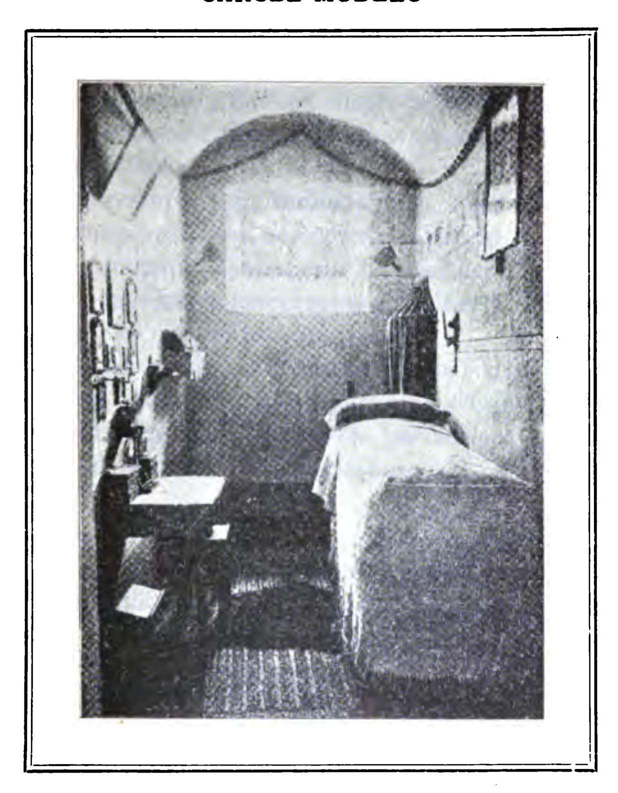
El recluso que quiere oir misa, se aproxima á aquella pequeña abertura, y como todas las puertas están en una disposición especial colocadas, los presos ven perfectamente al sacerdote, pero éste no ve á nadie.

Los presos están recluídos en celdas; cada una de éstas mide dos metros de ancho por cinco de largo, y se compone todo su confort, en la pared lateral de la derecha una cama, que de día debe estar recogida y apoyada á dicha pared, enfrente una mesa y al costado un mechero de gas; en uno de los ángulos, una rinconera y en el otro un retrete, todo empotrado en las paredes; un banquillo de madera también amarrado con una cadena á una pata de la mesa; la luz y el aire lo reciben por un reja de metro y medio y próxima al techo.

Cada puerta tiene un ventanillo y por él se introduce el plato del rancho y la ración de pan; más arriba ó sea á la altura de un hombre, hay cuatro agujeritos, que por la parte exterior los cubre una chapita giratoria, y al girar ésta, los vigilantes, sin ser vistos, observan los movimientos y acciones de los reclusos.

Por todo recreo ó asueto, tienen los presos diez minutos diarios de paseo celular. Que consiste en salir de su celda habitual y con el capuchón puesto, cubriéndose el rostro y en correcta y silenciosa fila, van á otras celdas sin techo, para tomar aire libre, pero siempre sin cambiar palabra alguna con nadie absolutamente.

CARCEL MODELO



Celda ordinaria

El Capuchón, consiste en dos trozos de arpillera muy espesa, en forma triangular y por una de las rectas del ángulo introducen la cabeza, cubriéndose el busto completamente, y con el número de la celda delante y detrás.

En las galerías números cuatro y cinco está establecido el Presidio Correccional y las tres restantes sirven de Cárcel.

La enfermería está también muy bien montada y con buenos médicos y enfermeros inteligentes.

Cada detenido ocupa una habitación, pero con más comodidades, consideraciones y libertad que los presuntos reos por delitos comunes.

El departamento de delitos políticos y de imprenta, está separado completamente de la Cárcel celular; se halla instalado en uno de los cuerpos del edificio y antes de pasar por el rastrillo.

. . . .

Algunos años después, cuando regresé á mi país en busca de protección, con un ángel en los brazos, hija póstuma del esposo elegido de mi corazón, sólo encontré indiferencia é ingratitud, hasta de aquellas personas que menos lo esperaba.

¡Qué enseñanza más cruel encierra el inmenso libro del mundo! cada página es un dolor, y si analizamos á conciencia los acontecimientos de nuestra vida, experimentamos las amarguras del desencanto.

Cuando me escapé milagrosamente de mi cautiverio en las Islas Filipinas, sólo hallé al regresar á España, como al venir á Cuba, la triste indiferencia del montón humano.

Me hallé como extranjera en Cuba, y hasta sin los pocos recursos que traje de España, porque así lo quiso mi negro destino.

En vano busqué trabajo y protección en mi triste viudez, con mi pobre huerfanita, pues todas las puertas las encontré cerradas, y no hallaba donde desplegar su actividad una mujer que tantas pruebas ha dado de saber luchar, en beneficio de los suyos y de los extraños.

IX

De casa de la familia de Villar fuí á parar á la calle de Génova á un quinto piso interior, cerca del cielo, en compañía de un anciano sacerdote que vivía con su ama de gobierno y un sobrino que estudiaba la carrera de derecho.

Disfrutaba allí de una paz octaviana, se comía á la española; á la una la comida y á las ocho la cena; no se alteraba el orden por nada, y en las noches de verano, como hace un calor insoportable en Madrid, nos íbamos de paseo á la Castellana ó á Recoletos.

Yo tenía una habitación en casa de esta familia, y pagaba la comida el día que me quedaba; pues generalmente salía á casa de mis amigas y regresaba por la noche.

Los lunes recibía Rosa Blanca de la Torre, y yo pasaba todo el día con ella, los martes Lola Diní, viuda de Pascual, que tiene una hija bellísima llamada Fernanda; el resto de la semana lo pasaba en casa, á excepción de los sábados y los domingos, que los dedicaba á la familia del coronel Villar.

También iba los días de recibo á casa de Carmen Diní, viuda de Larduy, y á la morada de Amparo Escudero, viuda del general Soriano.

Pasaba muy buenos ratos, y por las noches en Recoletos; Alfonso se acercaba á nosotras, tomaba asiento á nuestro lado, y nos acompañaba hasta la puerta de casa.

Otras veces nos invitaba al teatro, y Emilia nos acompañaba.

Hablábame de amor, y yo esquivaba la respuesta.

Sostenía terribles luchas conmigo misma. Deseaba una dulce ilusión que calmase mi agitado espíritu; el sueño había huído de mis párpados y el insomnio era mi inseparable compañero.

Mis ideas estaban en continua contradicción, ora parecía decidida á marcharme á París, y ora me arrepentía y desechaba aquella idea como un absurdo.

Tenía el billete de pasaje y aún no había expirado el plazo, aún me quedaba dinero para hacer frente á los primeros gastos, y llevaba una escolta muda de cartas de recomendación; además Elisa Posada de Morales estaba en New York y me decía que fuese para allá, pues estaba dispuesta á compartir conmigo su hogar.

Tenía también proyectos de marchar á Méjico y desde New York me animaba.

Yo sentía en mi alma el imperioso deseo de amar y ser amada.

Temía que Alfonso me engañase, que viniese como todos los que me rodeaban, ansiosos de aprovecharse de mi triste situación.

Muchas sorpresas experimenté en la Corte; veía á un hombre guapo y elegante, éste me demostraba que sentía por mí una verdadera pasión, y en la primera oportunidad que teníamos para hablar formalmente, me decía un disparate, haciéndome ofrecimientos vejaminosos; yo me desencataba y hubiese querido que mi padre saliese de su tumba, para castigar al que tan indignamente me ofendía.

Alfonso me hablaba con sinceridad, decíame que renunciase á mi viaje á París, y que si me decidía á ser la compañera de su vida, nos casaríamos en Madrid, y marcharíamos para Filipinas, donde tenía probabilidades de conseguir un destino por conducto de su tío político el doctor Calderón, y que en Filipinas formaríamos nuestro nido de felicidad y amor.

Era el único que me había hablado de matrimonio desde que llegué á Madrid, y no atreviéndome á continuar ahogando los impulsos de mi corazón, le dije:

—De usted depende mi felicidad ó mi desgracia, haga lo que quiera del billete que poseo para marchar á París, renuncio al viaje, y si se porta mal conmigo, sobre su conciencia caerá, porque no tengo quien me defienda ni quien me proteja.

Hay muchas jóvenes ansiosas de cambiar impresiones, que consideran el amor como un pasatiempo delicioso, y si usted solo busca un entretenimiento pasajero, debe mejor dirigirse á una de ellas, que á mí.

—Avelina,—me respondió—doy á usted mi palabra de honor, y si no le basta, le juro por las cenizas de mi madre, que tengo firmes propósitos de casarme con usted y llevarla á Filipinas.

Admiro su valor y sus virtudes, la amo como no he amado á ninguna mujer, y me sentiría dichoso, si pudiese llamarla mi esposa.

Quedé silenciosa, sin saber qué contestar ante su espontáneo ofrecimiento, por temor de equivocarme en mis apreciaciones y empeorar mi situación, víctima de un amor que quizás me traería nuevos desengaños que lamentar.

El sin duda adivinó mi pensamiento, comprendió mis vacilaciones y prosiguió:

—No pretendo abusar de su desgracia; tenga fe en mis palabras y en mis hechos, y le autorizo á pedir sus papeles á Cuba, para comenzar cuanto antes las diligencias necesarias para efectuar nuestro matrimonio.

Entonces le entregué el billete de pasaje que tenía para ir á París, y le dije:

—Haga usted de él lo que quiera, y si no cumple su palabra, sobre su conciencia caerá todo lo malo que pueda sucederme.

La expresión de su rostro era tan noble, que casi me arrepentí de las frases que acababa de pronunciar; pero estaba sola en el mundo, y tenía que considerarme madre de mí misma, para proceder en la forma que lo hacía, ahogando la vehemencia de mi pasión y procediendo de común acuerdo con la fría razón.

.. ..

.. ..

Trasladé mi domicilio á la calle de Fuencarral, donde tomé un gabinete y una alcoba amueblados,

en casa de una señora muy buena, llamada Sofía Rodríguez.

Era la dueña de toda la casa y ocupaba solo el piso principal. Á consecuencia de una pulmonía había perdido la única hija que tenía, la cual estaba próxima á contraer matrimonio, y la pobre y afligida madre, alquilaba dichas habitaciones con balcón á la calle, más que por lucro, por tener una compañía.

La Providencia quiso guiar mis pasos á aquella casa, pues su dueña simpatizó mucho conmigo, y me decía:—Me parece que mi hija no se ha muerto, y que yo soy su madre.

Nos llevábamos perfectamente, y cuando en su casa estuve enferma de algún cuidado, pues tuve unas fiebres gástricas complicadas con el tifus, me asistió con tierna solicitud.

Una noche velaba mi asistenta y otra velaba ella, hasta que estuve fuera de peligro; y una que estuve muy grave se quedó á velar mi Alfonso, procurando, cuando podía acercarse á mi cama, reanudar sus promesas de matrimonio, diciéndome muy emocionado:

—Ponte buena Avelina, para casarme contigo y poderte cuidar yo solo.

Muy bueno fué para mí Alfoso; tan noble, tan cariñoso!

Me asistía con una delicadeza y un tino, procurando complacerme en todo, que jamás podré olvidar, y en la convalecencia, que fué larga y penosa, no sé que hubiese sido de mí, sin él.

El cuidado exquisito que necesita un enfermo y las impertinencias originadas por la misma enfermedad, sólo pueden soportarlas los seres queridos.

Yo era feliz, muy feliz; pues jamás me había visto tan amada, y aquel cariño purísimo, era el perfume de la hermosa flor de la ilusión.

X

En Madrid hay muchas plantas artificiales; no sucede como en Cuba, que reina una primavera constante, pero hay tanto arte y buen gusto que lucen los jardines encantadores.

A medida que iba restableciéndome, hacíamos nuestros paseos más largos.

Una tarde fuimos á la "Prosperidad", que es un lugar pintoresco y delicioso, donde residía la familia del Coronel Villar.

Otra vez nos dirigimos á pie, sin darnos cuenta, hasta Madrid Moderno, que es de lo más precioso que he visto cerca de Madrid.

Hay unos hotelitos circundados por poéticos jardines de verdadero mérito artístico.

Madrid Moderno me recordó nuestro Vedado, pero sin mar; el arte arquitectónico ha adquirido allí tanta importancia, que ha despertado la emulación consiguiente, haciendo que los propietarios y arquitectos contribuyan unos con su peculio y otros con su talento al embellecimiento de aquel pintoresco barrio.

El arte es con respecto á la elegancia de la forma, donde se esfuerzan para que sobresalgan las construcciones más nuevas, que llamen la atención por su pintoresca combinación, que pongan de manifiesto el talento del artista, cuyo cerebro bien nutrido por el estudio y auxiliado por la fantasía, es lo que pudiéramos decir, la parte intelectual ó moral, así como su espíritu y esencia que embellece y complementa.

Los artistas no tienen secretos, porque los delatan sus obras; ellas son reflejos de sus almas, que repercuten en sus creaciones y pertenecen al público.

La heterogénea multitud tiene distinto modo de sentir y de pensar, y en eso estriba la dificultad de poder triunfar.

Cuando contemplamos las bellezas de la naturaleza, bajo la dulce influencia del amor, todo lo hallamos poético y encantador.

Mi noble y generoso Alfonso, era modelo de caballerosidad y honradez, incapaz de haber abusado de mi desgracia y el desamparo en que vivía, lejos de inspirarle vulgaridades propias de la juventud y el amor, era esto un doble motivo para que me respetase como si fuese sagrada.

¿Cual otro en su caso, hubiese procedido con delicadeza tan exquisita?

Sola, huérfana, abandonada en Madrid, foco de todos los vicios, por lo mismo que es tan grande y que lo buèno escasea.

¿Qué vistes en mí, hombre superior, para proceder tan dignamente?

¡Ah! viste mi alma pura, que con la tuya se confundía y se compenetraba, porque nos había llegado la hora de amar, y el amor es el más sublime sentimiento del alma, el único grandioso que nos eleva á la divinidad, ó nos hace descender hasta el crímen, para confundirnos en el infierno de la vida.

Nos amábamos, y una dulce correspondencia nos hacía felices.

Es de advertir que poco tiempo antes de casarnos, tuve una fiebre gástrica, complicada con el tifus, y que al salir de mi enfermedad, una costra blanquecina cubría mis labios, caíaseme el cabello y también las cejas y las pestañas.

Empero, no fué esto un motivo de desilusión; porque cuando hay verdadero amor, no influyen en nada esas pequeñeces temporales, y el físico más ó menos feo, no le concedemos importancia alguna, pues solo apreciamos los bienes morales.

Nuestro ideal no descendió del pedestal en que le colocamos en nuestros corazones, y aún á través de los años y de la muerte, permanece inmutable en mi pensamiento, porque como sólo estuvimos dos meses casados, no tuvimos tiempo de ver desvanecidas nuestras ilusiones.

Apasinonado Alfonso, solo vió en mis defectos, perfecciones, y enamorada yo, solo supe apreciar sus méritos morales que superaban á sus méritos físicos tan atrayentes.

Tuve tantos motivos para amarlo, y existe tan inmensa gratitud en mi alma, por ese hombre que no se parecía á ninguno de su sexo, que bendigo á la

muerte que me lo arrebató para dar nueva vida á mi hermosa ilusión.

¡Ah! si nuestro idilio hubiese terminado, no en la tragedia que terminó, por su trágica muerte; sino en la tragedia humana, en que la costumbre trae menosprecio y el desengaño desgarra las fibras del corazón y arranca de raiz las ilusiones, yo sería más infeliz, porque las ilusiones nutren el alma, haciéndonos la vida soportable, y es mil veces preferible la muerte material y la vida del espíritu, á la muerte moral estando en plena vida el objeto de nuestras ilusiones.

El amor es una cosa tan susceptible y tan delicada, que cuando se sabe sentir, hay que tratarlo con delicadeza exquisita y así como cuidamos de un niño recién nacido, para que no se lastime con el contacto de nuestras manos, hay que cuidar que el amor se conserve en nuestro corazón sin nada que le estorbe y que le dañe.

Cuidándolo constantemente, como se cuida á un niño, se irá desarrollando y agigantando en el alma, hasta que se haga dueño absoluto del pensamiento; pero si abandonamos á ese niño, que constituye nuestro tesoro, ó ese ángel de ilusión, rompe la estrecha cárcel del pecho aprisionador y busca otros horizontes donde saciar su inagotable sed de amor, queda el desencanto y el vacío en el pecho que le abrigó, como queda una madre sin su hijo que la muerte le llevó; pero no hay consuelo, no, cuando el hijo á su madre ha abandonado por falsos placeres y vive, haciendo á ésta llorar su ingratitud.

La tristeza vaga y la amargura del desengaño, hace brotar sangre constantemente del corazón que padece.

El amor es la elevación del sentimiento, y cuando el amor desaparece, todo es en torno nuestro desilusión y dolor.

La muerte es oportuna muchas veces, y aunque me juzguen mal los que leyeren estas impresiones íntimas; vuelvo á repetir que amar y ser amada, constituye la felicidad terrenal; pero antes de recibir un desengaño del objeto amado, es preferible llorarlo muerto toda la vida.

No me forjo ilusiones; sé que estas se desvanecen al palpar la realidad, y tengo el convencimiento de que quizás á estas horas, lloraría en silencio, por haber visto de cerca al hombre que me inspiró amor, convertido en un ser indiferente á mi cariño y buscando fuera del hogar, nueva savia para su corazón y nuevo amor, por eso prefiero su muerte; su alma y la mía viven confundidas, y como dice un sabio autor, más puede el tiempo con su muleta, que Hércules con su lanza.

XI

Todo llega y todo pasa, como dice el adagio, y en efecto, llegó el día de mi felicidad suprema, que después pasó desgraciadamente, dejándome un dulce é imborrable recuerdo.

Vencidos los obstáculos que se anteponían á la realización de nuestra boda; nos hallábamos Alfonso

y yo, cambiando las últimas impresiones de solteros, la víspera de nuestro matrimonio.

—Qué feliz soy Avelina;—me decía Alfonso—por que ya está todo arreglado y dispuesto para celebrar mañana á las once del día, nuestra unión; nos casaremos en la Parroquia de San Ildefonso, que es mi patrón; como te dije que no perdonaría gastos para complacerte, he cumplido mi palabra, y nuestra boda resultará muy bien, con arreglo á nuestra posición, y mañana por la tarde marcharé con mi mujercita para Barcelona y allí nos embarcaremos con rumbo á Manila.

Andrés García Calderón, mi tío político, que me quiere como un verdadero padre, á cuyo abrigo permanecí desde niño es persona influyente, y me ha dicho que si no me conviene el destino de Interventor de Hacienda en Filipinas, él gestionará otra cosa para mí, y que siempre puedo contar con él para todo.

Ya verás lo que es tener familia Avelina, pues aunque soy huérfano como tú, mis tíos me quieren como si fuera su propio hijo, y con el mero hecho de que seas mi esposa te querrán á tí, y si por desgracia pierdo la vida, ellos velarán por tí y no te abandonarán nunca.

—Qué noble eres, Alfonso mío; pero qué equivocado estás en tus apreciaciones.

—Ofendes á mi familia con dudar de ella, y te advierto, que hay mucha diferencia entre tu familia y la mía; pues los tuyos no te quieren, ni son capaces de sacrificarse por tí, y la mía sí, porque son muy buenos.

—A tí te quieren los tuyos, pero á mí no.

—Ya te querrán como te quiero yo, cuando te traten y puedan apreciar tus méritos, en su justo valor.

—Estás muy lisonjero en vísperas de boda; pero no quisiera poner á prueba lo que me dices, pues tengo la convicción moral de que estás en un error; mientras vivas tú, serán nuestros protectores; sin embargo, como muerto el perro, se acabó la rabia, desgraciada de mí si quedo viuda y con hijos, pues estorbaré en casa de tu familia y me abandonarán á mi desventura.

—Qué poco conoces á mis tíos; son todo corazón é incapaces de hacer una mala acción.

—Tengo más práctica que tú, mi pobre Alfonso, porque he sufrido muchas decepciones en la vida; tú perdistes á tu padre siendo niño, tu mamá volvió á contraer matrimonio uniéndose á Pedro Martínez Freyre, y al morir ella encontraste el calor del cariño de tu abuela y el inmenso amor de tus tíos, que como no han tenido hijos, te consideran como tal; pero yo perdí á mis padres, quedé sola en el mundo y sin tener quien me quisiera verdaderamente.

Sentistes el vacío del cariño maternal, pero al fallecimiento de ella, tus tíos te ofrecieron su hogar y fueron muy generosos contigo; de nada has carecido, no sabes lo que es pasar trabajos; te gastas en vestir tu mesada; vives rodeado de cariño y consideración, no pudiendo apreciar lo que te digo; pero dejo á tu buen criterio juzgar las cosas como son, y no podrás

negarme, que aún siendo huérfanos los dos no te puedes comparar conmigo.

—Es verdad, y esta mañana precisamente me decía mi tío: Alfonso, en caso de que por cualquier circunstancia pierdas tu destino, yo te volveré á colocar en otra parte, y siempre que se te ofrezca cuenta conmigo.

—Tú sí podrás contar con ellos pero yo no; acuérdate lo que te digo, en vísperas de boda; si pierdes el destino y como único recurso nos refugiamos en su casa, yo viviré martir con tu decantada familia, y sólo en tu cariño (si no varías) hallaré compensación á mis sufrimientos.

—En mí encontrarás siempre el mismo cariño, y cada día te querré más; cuando yo muera será otra cosa, porque no hay otro Alfonso ¿verdad?, pero mientras yo viva, todo cuanto tenga y cuanto valga será para tí.

A mi tía le he dejado cuarenta duros, y le giraré cuarenta todos los meses, para que me los vaya guardando y cuando pasen algunos meses deposite el dinero para que vaya rentando, y dentro de algunos años, cuando regresemos á España, con eso nos encontraremos, ¿te parece bien mi idea?

—Muy bien pensado, y si puedes, no cuarenta duros, cien debes mandarle, porque en Filipinas tendremos pocos gastos y nos conviene ahorrar, para volver á España á disfrutar.

—Allí viviremos bien y con economía.

Las gentes del país son muy sencillas y serviciales; te querrán mucho, y si yo muero, regresarás á

España y verás lo que es tener familia, pues la mía te protejerá y te tratará con el cariño y la distinción que tú te mereces.

—No hablemos de cosas tristes, en vísperas de ser felices; por que has de morir tú primero que yo; eres joven, fuerte y estás lleno de vida.

—Presentimiento de que no sea duradera la felicidad.

—¡Bah! Ahora eres tú el fatalista, y se van á trocar los papeles.

Yo siempre espero lo malo y me sorprende lo bueno; desconfío del mundo entero, pero de tí no, porque eres lo mejorcito de la tierra.

—Estoy contrariado por una pequeñez.

—¿Qué te pasa?

—Deseaba que Pedro me hubiese vendido para tí, el collar con que se casó mi madre, y no ha querido. Quería regalarte una joya que hubiese sido de mi madre.

—La mejor y más valiosa joya de tu madre, eres tú para mí, y desde mañana serás mi esposo, y solo la muerte me podrá separar de mi joyita tan apreciada de tan inmenso é incomparable valor.

—Eres muy buena y me quieres mucho.

—No tanto como te mereces, porque eres un ángel.

—Manda con la portera, tu traje de boda y lo que necesites, á casa de tu prima Encarnación, que será la madrina, y como de su casa saldremos para casarnos, es mejor que te vistas allí.

—Ahora lo mandaré todo para allá, despediré la casa y me iré de una vez á casa de mi familia, hasta mañana que seré tu esposa.

.. ..

.. ..

Cuando el corazón se siente satisfecho por una esperanza realizable y palpita por una inesperada alegría, no puede expresar con el mismo fuego que siente circular por sus venas, todo lo grande que su alma atesora.

Aquel amor purísimo triunfaba, y es tan dulce vencer, como es amargo padecer cuando nuestro amor no es correspondido.

Alfonso se marchó, dejando en mi alma el perfume de su presencia, yo siempre estaba á su lado durante su ausencia, pues el pensamiento acortaba la distancia y nos unía con amorosos lazos.

Con María, la portera de la casa que yo habitaba, en la calle de Fuencarral 44, mandé mi equipo de boda á casa de mi prima Encarnación Aiza y Alarcón, viuda del Coronel Figueroa.

Las emociones de aquel día, la violenta transacción del pesar profundo, á la más intensa alegría, alteró mi debil naturaleza y tuve fiebre por la noche, mucha tos y malestar á causa de un fuerte catarro.

Al siguiente día me levanté con el alba y comencé mis preparativos de boda.

Nunca había sido tan feliz: amaba y era correspondida.

¡Qué diferencia!, me decía con el pensamiento, de mi fatal pasión!; amé porque tenía necesidad de

amor; pero no fuí comprendida ni apreciada. Amé y se desbordó mi corazón como el impetuoso torrente, pero se estrelló ante la dura roca de la indiferencia, ante el corazón de granito del sér tan tiernamente amado, que no llegó á vislumbrar mi espontánea y sincera pasión, y ahora que comparo al uno con el otro, y veo en mi Alfonso la encarnación del ideal tantas veces soñado, sólo siento que mi padre haya muerto y no pueda estar presente para bendecir nuestra feliz unión.

.. ..

.. ..

Marianita Miura, bella y simpática joven, amiga y vecina de mi prima Encarnación, me ayudó á vestir, me peinó y prendió el velo de desposada. Aún no había estado terminada mi toilette, cuando llegó Alfonso, elegantísimo como siempre y más guapo que nunca.

La expresión de su rostro era tan dulce, tan elocuentes sus magnificos ojos, pardo obscuro, y se sentía tan feliz mi bien amado en aquellos momentos, que exclamó emocionadísimo al verme:

—¡Avelina!, soy tan dichoso, que quisiera abrazar á todo el mundo y tener mucho dinero, para repartir á los pobres en este gran día de mi vida, para que fuera general el contento y enjugaran sus lágrimas los infelices que sufren.

—Noble y querido Alfonso,—le respondí—ni en los momentos más solemnes de la vida te olvidas de los pobres; si hay ángeles en la tierra, tú eres uno de ellos.

—Calla,—me dijo—no me hagas ruborizar delante de la gente; soy tan feliz!

—Vamos, señores,—nos interrumpió Encarnación diciendo,—los coches nos aguardan y se hace tarde.

XII

Ocurrió un incidente desagradable, al parecer sin importancia, el día de mi boda.

En el altar mayor se celebraban unas honras fúnebres, en el mismo instante que el sacerdote nos unía ante Dios y los hombres.

Nos casamos en Capilla reservada. Fueron padrinos mis primos Juan y Encarnación Aiza y Alarcón, hijos del General Aiza; y tan luego terminó la ceremonia y las felicitaciones oportunas en semejante acto, me despedía de la buena Sofía, que lloraba amargamente, porque me separaba de ella y marchaba á Filipinas, dejándola otra vez sola, cuando se había acostumbrado á mi compañía, y tanto le recordaba á su hija Sofía, que había perdido repentinamente en vísperas de casarse.

De allí nos fuimos á la fotografía donde hicimos un grupo sin el cual ni el retrato de Alfonso conservaría hoy.

Era tan alto, que hacíamos mala figura de pié; se lo advertí, y me contestó:—Verás que buena pareja vamos á hacer, y se inclinó para no deslucir mi estatura.

Fuimos á despedirnos de mi tía Encarnación, que deseaba vernos en traje de boda antes de partir, pues

creía que sería la última vez que esto sucedería, como en efecto sucedió.

Nos dirigimos á casa de la familia de Alfonso, donde almorzamos y nos preparamos para marcharnos aquella misma tarde á Barcelona.

La esposa del Dr. Calderón, Pura Rebolledo, tía de mi difunto esposo es guapísima, blanca como el alabastro con grandes ojos azules y aunque tiene una mancha encarnada cerca de los ojos ésta no lo desfigura; dicen que fué un antojo de su mamá estando en estado, pues quiso una flor encarnada y no pudiendo obtenerla, se preocupó por tan insignificante capricho y la niña nació con aquella mancha que en el mes de las flores se pone más viva y más bonita.

Parecióme muy amable tanto ella como su esposo, y aunque noté la ausencia de la abuela, advertida por mi esposo, nada dije, por más que aquel detalle me contrarió.

Por la tarde nos acompañaron á la estación. Pura continuó fina y cariñosa conmigo, y quedé encantada y así se lo manifesté á Alfonso.

Cuando llegó la hora de partir el tren, se despidieron de nosotros y Pura me recomendó eficazmente que "cuidase mucho á Alfonso."

....
....
....

Como no íbamos solos en el compartimiento de primera en que tomamos asiento, estábamos contrariados; hacía un frío glacial, cerramos las ventanillas y Alfonso se quitó su gabán para abrigarme.

Veinticuatro horas de tren, viajando de noche y enferma, me pareció una eternidad, y por la línea de Madrid, Zaragoza y Alicante, que es de las primeras construídas en España completamente abandonada y con un mterial rodante detestable.

Causábame horror cada vez que teníamos que pasar un túnel, y esta línea es la que más tiene en toda la Península; pero entonces Alfonso se mostraba más cariñoso conmigo y hasta cierto punto "prefería aquellos terribles momentos".

Bajamos poco en las estaciones; íbamos provistos de una cesta para merendar por el camino, y á no ser algo caliente, como caldo ó café, nada deseábamos.

Llegamos por fin á Barcelona y nos hospedamos en el "Gran Hotel Continental", que está situado frente á la Rambla de las Flores.

Allí pasé los días más felices de mi vida, sin otra contrariedad que mi enfermedad, pues disfrutando de comodidades, con una mesa espléndida, de manjajes exquisitos, no podía probarlos por la fiebre, y solo tomaba ponches, que Alfonso me hacía y cocimientos para sudar.

A pesar de mis achaques iba con Alfonso á todas partes y no nos separábamos un momento; tal parecía un presentimiento de que muy pronto nos separaríamos para siempre.

Fuimos á hacer una visita á la familia de don Francisco Antrás, en la Ronda de San Pedro.

Antiguos amigos del ilustrado doctor Calderón y su esposa, nos recibieron muy bien.

Hicieron cuanto pudieron por complacernos; tocaron el piano, cantaron, bailaron las sevillanas, Frasquita, la hija mayor de Antrás, que es una joven monísima y un hermano suyo.

Alfonso tocó la guitarra delante de mí por primera vez.

Su carácter tímido, no le permitía lucir su habilidad, pero se fué animando y lo hizo bastante bien. Fué la primera y la última vez que tocó en mi presencia.

.. ..
.. ..

Recorrimos todo Barcelona y visitamos lo más notable. Es la segunda capital de España, pero la primera en industrias, comercio, artes y oficios.

Tiene edificios de gran mérito, innumerables fábricas de toda clase de industrias conocidas. Una Universidad, que no tiene rival, no solo en la Península, sino que hay pocas en Europa que la puedan igualar.

Este edificio de una arquitectura elegantísima, es todo de piedra de sillería, ocupa una manzana de ciento diez metros cuadrados y está ubicado en la calle de Cortes, vulgo "La Gran Vía", que tiene cuatro leguas de largo y cincuenta metros de ancho.

Las calles y los edificios del ensanche, llaman la atención de los "touristas" que visitan la ciudad.

La de Aragón, es otra calle digna de mencionarse, pues por el centro de ella y á una profundidad de unos veinte metros, pasa la línea del Ferrocarril de Tarragona.

La Rambla es otra de las cosas célebres de la capital del Principado, y en particular la Rambla de las Flores, que ni en París existe un mercado de flores tan ameno y delicioso.

En este trozo de la Rambla, tiene el Ayuntamiento treinta y cinco monumentales mesas de hierro, de caprichosa y elegante forma, para la venta de flores.

Esta la efectúan señoritas elegantemente vestidas y con sus vistoso delantal blanco; y la Rambla de las Flores está todo el día concurrida, Barcelona entera se da allí cita.

Por la mañana á primera hora las cocineras que van al mercado, se ven allí con su indispensable soldado. A las siete, las modistas y costureras al ir á sus talleres ú obradores pasan por la Rambla de las Flores. Los empleados y oficinistas, también dan su paseíto, y el resto del día todo el mundo; pues es deliciosa la fragancia que allí se respira y lo que se distrae la vista.

Los domingos es moda, después de misa, pasearse á la sombra de aquellos coposos árboles, hasta las doce, por aquel encantador paraje.

Los teatros son preciosos, en particular el "Liceo", de universal fama, y que compite con el Teatro Real de Madrid.

Los paseos están á la altura de la gran ciudad, con espléndidos y cultivados jardines; y las afueras de Barcelona son preciosas, pues está circundada de elevadas montañas en forma de herradura y por la abertura de ésta, el mar; y las faldas de estas montañas están dotadas de una campiña exhuberante y pintoresca.

A los pocos días embarcamos para Manila en el vapor "Isla de Mindanao". Sin otra molestia que la influencia del mareo y los celos infundados de mi idolatrado Alfonso.

XIII

Viajar ha sido siempre mi pasión favorita; desde niña me recreaba recorriendo en el mapa los lugares que deseaba conocer, y aunque en los viajes solo se cambia de escenario, para encontrar los mismos actores en la comedia humana, he preferido esas variaciones para cambiar impresiones, que me sirvan de estudio práctico de la sociedad.

Nuestro viaje de boda, puede decirse que lo realizamos de Barcelona á Manila; bastante largo por cierto, pero íbamos á formar nuestro nido de amor en lejanas tierras, y tenía para mí el atractivo de lo desconocido, no haciendo el viaje sola, como cuando salí de mi país; sino con un compañero que me hacía agradables las insoportables horas de la travesía, cuando sólo se divisa mar y cielo.

La travesía á Filipinas, es una travesía de las más pintorescas é instructivas que se conocen.

Se sale de Barcelona cruzando el Mediterráneo y bordeando las tres islas Baleares: Mallorca, Menorca é Ibiza, que por regla general se dejan á estribor, viéndose en los días sucesivos á mayor ó menor distancia, las célebres islas de Córcega, Cerdeña, Can-

día, Chipre y Sicilia divisándose sobre las tranquilas aguas y allá en lontananza, la elevada cumbre del gallardo Etna.

A las cinco singladuras se arriba á Port-Said, magnífica y poblada ciudad edificada próxima á la Pilusa y dividida en tres barrios: el Europeo, que es el más populoso y en el que tienen representación todas las naciones, acaparando todo el comercio de la ciudad; el Arabe y el Hebreo, son míseros y sucios, cuyos habitantes usos y costumbres, son completamente distintos á los de nuestra raza.

Los vapores hacen allí escala unas cuantas horas, para proveerse de víveres, agua, hielo y carbón. Esta operación es muy curiosa y molesta para el pasaje, pues al mismo tiempo que el vapor amarra sus cabos al muelle, por el lado opuesto atracan unos lanchones de carbón, cuyos sucios y arapientos cargadores son etiopes, bereberes, egipcios y europeos y con asombrosa rapidez escalan el barco colocan unos tablones en las compuertas de los costados, y empieza el trasiego del combustible desde los lanchones á las carboneras, al compás de una infernal gritería cadenciosa y suave, terminando siempre con gritos agudos. Suben y bajan los inclinados tablones, con una rapidez pasmosa y haciendo verdaderos equilibrios.

El sudor de esta gente despide un olor nauseabundo, que unido al polvillo de la hulla, negro y sutil, invade todo el barco y todo lo ensucia y lo impregna, dejando el buque intransitable, hasta la mañana siguiente que el baldeo todo lo asea. Terminadas las operaciones de proveerse de lo necesario, empieza la

navegación por el canal de Suez, la gigantesca obra de Monsieur Lesseps.

Todo pasajero que hace por vez primera esta travesía, recibe una decepción al ver el canal, como me sucedió á mí, pues todos creemos encontrar una de esas obras monumentales, creadas por la mano del hombre, y máxime al tratarse de un ingeniero francés como Mr. Lesseps.

Y nos encontramos con un estrecho arroyo, en cuyo cauce ó lecho, cabe escasamente un vapor y no de gran calado; sin muros de contensión, desmoronadas sus márgenes por los movimientos, por la desmoronación natural de la arena del desierto, y con una serie de curvas y semicurvas, que á cada rato embarrancan los buques por la proa, y eso que antes de entrar en el canal, se agrega al timón una larga y ancha pala, para que el gobierno sea más rápido y eficaz.

De trecho en trecho, hay estaciones parecidas á las de los ferrocarriles, que tienen por objeto dar el cruce á los vapores, evitando así los choques ó la interrupción del tránsito; pues el buque que llega á una estación, se detiene en ella y piden á la inmediata telegráficamente el "¿puede salir?". Si contesta que "sí", entonces prosigue el viaje; pero si llega el buque en el momento que salió otro de la estación inmediata, entonces espera la llegada de aquel, y en las estaciones se efectúan los cruces de los barcos, para lo cual el canal en estos parajes tiene doble ancho.

Para realizar esta operación, se lanzan dos cabos á tierra, uno de proa y otro de popa para la maniobra de "atracar" el buque á la orilla, y en esta situa

ción, espera que llegue la otra embarcación. Esta á su llegada hace la misma maniobra, pero en la margen opuesta y por la proa del que espera, y después de hecha, el que entró primero en la estación, arría los cabos en banda y sigue viaje; estas esperas se repiten varias veces en la travesía del canal. Esta se hace á un cuarto de máquina; así es que las caravanas que se ven cruzar por el Desierto, van á la misma velocidad que los buques, compuestas por míseros y enflaquecidos camellos, cuyos conductores abrasados por aquel sol de fuego, se refugian de trecho en trecho bajo unos colgadizos de tejas, denominados aduares, que se levantan sobre aquella parduzca y abrasadora planicie.

Después de la puesta del sol, está prohibida la navegación por el canal, y se pernocta en las estaciones ó en los "Lagos Amargos", Ismailia.

En la travesía del canal se emplean unas catorce horas, encontrándolo expedito, y como entramos en él después del medio día, nos tocó hacer noche en Ismailia. ¡Qué panorama más pintoresco! ¡Qué exhuberancia de naturaleza!

Los "Lagos Amargos", están precisamente en el centro del canal, pues es el punto donde se encontraron las aguas de ambos mares, las del Mediterráneo y las del Mar Rojo, al abrirse las barreras ó compuertas que las sujetaron durante las obras, y al formidable choque que recibieron las encontradas corrientes, se desbordaron y formaron esos lagos, que después se llamaron "Amargos".

Tuvo razón Mr. Lesseps, al responder con su cabeza, de que Egipto no se inundaría, como temían las naciones interesadas en esa beneficiosa obra.

Los "Lagos Amargos"' es una gran extensión de tierra inundada por las aguas del canal, en su mayor perímetro de poca profundidad, y sobre éstas se levantan elegantes y caprichosos edificios de madera y de gusto oriental, circundados por añosos árboles de verdosas y tupidas copas.

Los crepúsculos en Ismailia, son lo más encantador que verse pueden; el contemplar al rubicundo "Febo", al través de aquel espeso follaje, que se oculta, ó se levanta altanero sobre las cristalinas y azuladas aguas del inmenso lago es un espectáculo sorprendente.

A la entrada del canal sube á bordo un práctico de la empresa; estos prácticos son árabes y no se mueven del puente durante permanecen en el buque para dirigir su marcha y maniobras; en él hacen sus oraciones y elevan sus raras plegarias al sol, tres veces al día: á la salida, á las doce y al ponerse el rey de los astros.

Por todo alimento toman sangre de ave. Después de sus originales plegarias, que consisten en hacer un sin número de reverencias y genuflexiones al sol, acabando por arrodillarse y besar el suelo varias veces, haciendo la mar de visajes, piden una paloma ó gallina, prefiriendo la primera; dan gracias á "Alá" por aquel beneficio y haciendo una cisura en la yugular del indefenso volátil, le chupan la sangre, y cuando ya no le queda ni una gota, la tiran al canal de

manera especial puestos ellos de cara al sol, la arrojan por encima de sus hombros de manera que el ave inmolada caiga al agua por detrás de sus espaldas. Sabido es que la religión mahometana prohibe alimentarse con manjares condimentados con grasas, comer carne de cerdo, ni beber vino, y ellos para guardar el precepto no prueban nada confeccionado á bordo.

A la salida del canal se encuentra Suez, y á pesar de estar tan cerca de Port-Said, es el reverso de la medalla, pues así como éste es por demás sucio y atrasadísimo, casi por civilizar, Suez se destaca á la vista del viajero, esbelto, gallardo y elegante.

La blancura de las azoteas, elevados miranetes y altas torres del barrio árabe por un lado, y el gusto artístico y moderno de los "chalets" y suntuosos edificios del barrio europeo, rodeados de caprichosos jardines á la inglesa, bosquecillos de acacias, higueras y esbeltas palmeras, cuajadas de amarillos dátiles de Berbería, dan á Suez un golpe de vista encantador.

Cierra tan bello panorama el ferrocarril del Cairo *(Maweel Kahirah)*, que con la negra humareda de sus chimeneas y los silbidos de las máquinas, es una demostración feaciente de la cultura y progreso de sus habitantes. Y la árida cordillera arábiga que baña sus calcáreas faldas en el Mar Rojo, formando una extensa bahía.

Hechas las provisiones indispensables, empieza la navegación por el Mar Rojo, cuyas aguas están siempre tan tranquilas, como las de un pequeño lago.

A la entrada, se divisan ambas costas y esto re-

cuerda á los pasajeros, el paso de los Israelitas al abrirse las aguas del Mar Rojo; pero luego las costas se alejan, perdiéndose de vista hasta la cumbre del monte Sinaí.

Allí no corre brisa; con suma frecuencia se registran casos de asfixia entre los pasajeros y en las tripulaciones, y eso que la travesía por ese mar se hace con dobles toldos en cubierta, y á la distancia de un metro el uno del otro, remojando con potentes mangueras el toldo superior, durante las horas de sol, y con todas estas precauciones el calor es irresistible, á tal extremo, que si se coloca un huevo al sol sobre cubierta, á los diez minutos se abre y está completamente cuajado.

Esta travesía es pesadísima por el asfixiante calor; aquel sol de fuego que se oculta en Africa, entre nubes de púrpura y carmin y aparece por Asia, envuelto en blancos y vaporosos celajes, para bañar con sus abrasadores rayos la Ceka y la Meka y la isla de Peris, que se alza al final del Mar Rojo y á la entrada del golfo de Aden, es por demás insoportable.

Aden es la llave de Europa, se llega á él por un estrecho canal; pertenece á Inglaterra y tiene más importancia que Gibraltar, pues en caso dado son los dueños del Mar Rojo y del Mediterráneo.

Desde su inmensa bahía se ven sus calles en forma de escalones, que empiezan en el mar y terminan en grandes y fortificados cuarteles en la parte alta de la ciudad y protegidos á su espalda por una cordillera de piedra y artillada con blindadas baterías, al extremo de hacerla inexpugnable.

Aden no produce nada absolutamente, es completamente árido, no hay árboles ni yerba. La actual generación ha visto llover muy pocas veces, y el agua que allí se gasta es del mar, destilada en una magnífica y colosal cisterna, que es una verdadera maravilla.

Es célebre este puerto por el enjambre de granujas semisalvajes, desnudos y de todas calañas, que en diminutas piraguas rodean á los vapores; unos, los mayores suben á cubierta para vender sus mercancías todas muy curiosas y originales; y los otros, los más pequeños, que son negros, ágiles y esbeltos, arman una gritería infernal desde sus piraguas diciendo todos á coro:—¡Eh! ¡ehoé! ¡A la maire! ¡A la maire! ¡Peseta á la maire! ¡Oh! ¡Alamer, alamer!

El pasaje se asoma á la banda del barco y conforme se les arroja al agua una peseta, todos los chiquillos se zambullen en el mar, y llegan hasta el fondo de la bahía, si es preciso, para cojer la peseta. Esta operación la repiten tantas veces como monedas se les arroja y divierte mucho al pasaje aquella gritería y las muecas y guiños de aquellos granujas en traje de Adán.

A las seis singladuras de Aden se arriba á Punta de Gales, Ceilán, hoy Colombo, después de haber remontado el cabo de Guardafuí y cruzar las islas de Socotora y las Malvinas.

Este puerto es el que más llama la atención de los viajeros pues es el reverso de la medalla del anterior; así como Aden es árido y esteril, Colombo, que es el principal puerto de la "Singhala" de los indios,

Trapobana antigua ó Ceilán moderno, tiene una vejetación frondosa y exhuberante, ofreciendo desde á bordo un panorama pintoresco y encantador.

Luego tiene infinidad de originales atractivos. En el momento que el buque da fondo, se ve rodeado por un enjambre de muchachos de la raza "malaya", lo mismo que en Aden, que con su "pinta" ó "piragua", cada uno y del tamaño de su cuerpo y completamente desnudos; estas diminutas embarcaciones, no son más que trozos de troncos de árboles, con la concavidad necesaria para que quepan en ellas sus pequeñas piernas.

Los malayos son desde niños excelentes buzos, pues criaturas de siete ú ocho años en adelante, invaden el puerto y esperan los vapores que en él entran y en su dialecto que es una jerga incomprensible, piden á los pasajeros que les arrojen al mar algunas monedas como los de Aden.

A bordo suben algunos individuos de la misma raza, que bailan sus originales danzas ejecutando con los sobacos unos sonidos acompasados y cadenciosos, que les sirve de música ó acompañamiento, lo cual no deja de ser original y extraño.

Se llenan las cubiertas de los buques de vendedores ambulantes de prendas con piedras preciosas y de gran mérito, como brillantes, perlas, rubíes, topacios, ópalos y corales que venden muy baratos; otros con objetos artísticos y caprichosos, en marfil, palosanto, alcanfor, carey y nácar. En tejidos de seda, oro y filigrana, también presentan primorosos trabajos.

La población es divina por su espléndida y embriagadora vegetación; por sus calles se encuentran espesas hileras de naranjos, plátanos, cocoteros, guayabos, palmeras, teks (árbol del hierro) sándalos, ébanos, bambúes, árboles de canela y estas aromáticas plantas se confunden con el alcanfor, el almizcle y la kananga, embalsamando el ambiente de tal manera, que se transporta uno á los cuentos mágicos de las "Hadas" de las "Mil y una noches".

Las casas son de maderas olorosas y de formas elegantes y caprichosas, salpicadas de trecho en trecho por artísticos y esbeltos *chalets,* rodeados de plantas aromáticas cuyos perfumes embriagan y deleitan.

Allí se emplea mucho el elefante como medio de locomoción, y se pasean tranquilamente por aquellas hermosas y anchas calles, bordeando magestuosa y pausadamente los carruajes, con una especie de casilla en el lomo, que es el aparejo de que se sirven sus ginetes.

Las mujeres son preciosas, pues existe allí la verdadera raza griega, muchas japonesas, que á pesar del rasgado de sus ojos son muy hermosas, y las circasianas que son las mujeres más divinas del globo.

Con todo este conjunto de riqueza, belleza, aromas y hermosura, han dado en llamar á Ceilán el "Paraiso Terrenal" y en efecto, parece una ciudad encantada, una cosa sobrenatural.

En las afueras de la población y en la parte opuesta al muelle, se levanta magestuoso el famoso bosque de canela, mercado que abastece al mundo entero de este producto.

Continuamos el viaje y á las ocho singladuras llegamos á Singapore, habiendo atravesado el estrecho de Malaca, divisando apenas la población que le da el nombre y la cúspide del monte Ofir.

Para entrar en el puerto hay que pasar por un estrecho canal bajo una vegetación gigantesca y lozana; los muelles son negros y sucios por el gran tráfico de carbón.

La inmensa ciudad inglesa, es cosmopolita como pocas, pues allí se encuentran todas las razas y todas las naciones del mundo, reunidas en una sola población.

Es notable por sus suntuosos edificios, sus amplias plazas, delicioso paseos y jardines botánico y zoológico, donde hay ejemplares de fieras de todos los países, curpulentos orangutanes y catálas que hablan más claro que las cotorras.

La policía es modelo, siendo la seguridad y garantía de los "touristas" que constantemente visitan aquella moderna Babilonia.

Tiene un gran comercio y sus cementerios son verdaderos museos artísticos; pues cada religión ó secta tiene el suyo dentro de la ciudad, y hay la consiguiente competencia y amor propio, por ver cual de ellos es el mejor.

Una cosa muy original existe en Singapore, lo mismo que en Colombo, hay infinidad de coches de alquiler de todas clases y formas, pero entre todos se encuentran unos que llaman la atención de los forasteros, son chiquitos y ligeros, y en vez de ser arrastrados por caballos, tiran de ellos chinos troto

nes, y en el momento que sube á su vehículo un pasajero, le entregan un látigo para que con él le pegue para guardar la velocidad de la marcha; cruzan por sus hombros unas correas que están sujetas al coche y que sirven de tirantes y salen al trotecillo chino, cobrando solamente un chelin, (dos reales fuertes) por carrera.

Es muy célebre también la manera de proveer los barcos de carbón: una vez atracado al muelle, se colocan unos tablones que dan acceso á las carboneras y por ellos invaden el buque una hilera de chinos, amarillentos, flacos y harapientos, que con grandes cestos de carbón sobre sus espaldas sudan tinta, tiznándose sus amarillas carnes, al extremo de parecer horribles espectros, pues con el polvillo del carbón y el mugriento sudor, dibújanse en sus enflaquecidos y raquíticos cuerpos, fantásticas líneas, destacándose doblemente el blanco de sus ojos y sus mal cuidadas dentaduras; toda su indumentaria consiste en un ámplio pantalón hasta la rodilla. Esta operación la ejecutan al compás de una canción rara y monótona, nasal y plañidera.

De trecho en trecho se coloca un capataz con un látigo, y conforme van pasando los cargadores con sus dos quintales de peso sobre sus destrenzadas y enmarañadas coletas, le dan un fuerte latigazo á cada uno, para que no disminuyan la velocidad de la marcha, llenándolos de insultos é improperios.

En Singapore existen templos para todos los cultos. Las Mezquitas son unos elevados y amplios edificios de arquitectura árabe, para penetrar en ellos

obligan á todos los visitantes á calzarse unas babuchas, y después de subir una amplia escalera se penetra en el templo, cuyas paredes son de una blancura extraordinaria y no ostentan más adornos que una hilera de vistosos azulejos, y debajo de una lámpara y recostado en un atril hay un enorme libro abierto, viejo y sucio por la acción de los años, con versículos del Korán.

La Pagoda es un monumento construído sobre unas ruinas, á cuyo alrededor yacen diseminadas multitud de pedazos de arquitectónicas columnas; su interior está adornado con valiosas joyas y artísticos tapices.

En el lugar preferente del templo y encerrado en una gran vitrina, se destaca un enorme santo de porcelana, gordiflón y aplopético que los fieles denominan "Budha", el cual deja descubierto un abultado ombligo, que veneran con fervoroso recojimiento.

Para salir de estos templos, sus fieles nunca vuelven la espalda al santo, haciendo mil reverencias y genuflexiones caminan paso atrás y así llegan á la puerta.

Ocho días después y atravesando el mar de la China, entramos en la inmensa bahía de Manila, después de cruzar el estrecho canal formado con la pequeña isla del Corregidor, dejando á la izquierda el puerto de Mariveles; por babor se distingue Bulacán y la Pampanga, y por estribor la cordillera del Sungay, en cuyas faldas se encuentran Bacoor, Cavite, Imus y Noveleta.

Para entrar en la bahía que más que bahía parece un golfo, pues mide treinta leguas de bojeo, hay

que pasar una estrecha entrada, conocida por "La bocana", con una fortaleza á cada lado. Yo contemplaba aquella obra de la naturaleza, que poco tiempo después, fué teatro del sangriento y desastroso combate de la escuadra española.

La luna estaba en todo su esplendor; esa luna de los trópicos que es mucho más clara que la nuestra; la noche tranquila y sobre las plateadas y fulgurentes aguas de la extensa bahía, se divisaban infinidad de embarcaciones diseminadas aquí y allá, reflejando sus luces sobre aquel inmenso espejo; los reflejos del faro del Corregidor, que viene á ser como nuestro Morro, y los faroles del Malecón y la Luneta, formaban un conjunto fantástico y sombrío.

A pesar de llegar de noche desembarcamos en seguida; pero como allí se hace una vida especial de retraimiento absoluto, al extremo de cerrarse los establecimientos á las nueve de la noche, y además en aquellos días había un pánico horroroso esperando de un momento á otro la escuadra americana, no pude ver nada aquella noche.

La travesía á Filipinas si bien es verdad que es demasiado larga, pues se emplean en ella de treinta y cinco á treinta y siete días, no es muy pesada, por lo pintoresca é instructiva que resulta y por los diversos países que se visitan.

XIV

Aquella misma noche nos trasbordamos á un "barangay", especie de góndola veneciana, y salta-

mos á tierra, con esa alegría que experimenta todo pasajero después de un largo viaje.

Alfonso había estado otra vez en Manila y conocía perfectamente la ciudad, así es que no corríamos el peligro que tiene todo forastero al desembarcar de noche en una población desconocida.

Nos trasbordamos, como ya he dicho, á un "barangay" y cruzando la inmensa bahía, capaz de contener á todas las escuadras de Europa, entramos en el río Pasig desembarcando en el Malecón.

Este río es caudaloso y navegable hasta la gran laguna de Bay, en la provincia de Santa Cruz, donde tiene su origen.

La provincia de Santa Cruz es célebre por su gran laguna, que tiene treinta leguas de bojeo, y se crían en ella caimanes de gran tamaño, y lo ameno y feraz de la comarca.

Tiene, además, un manantial de aguas termo-minerales; hipertermales, cuya temperatura es de 91°c y son cloruradas, sódias, bircarbonatadas, mixtas; y las termales de 38°c, bicarbonatadas cálcicas, cloruradas mixtas, muy recomendables para las afecciones reumáticas, cuyo balneario se denomina "Los Baños de Aguas Santas".

El río Pasig en su curso hasta la bahía, baña con su márgen derecha los barrios de Sampaloc, Malacañán, Tanduay, San Miguel, Quiapo, Santa Cruz y Binondo y con la izquierda el barrio de Paco y toda la parte Norte de Manila.

Al saltar á tierra en el Malecón tomamos un coche, y siguiendo por el paseo de este nombre, que

se extiende por la parte Sur Oeste de la ciudad, entramos en Manila por la puerta de Santa Lucía.

¡Qué impresión tan desagradable se experimenta al llegar á Manila, después de un viaje tan pintoresco y sembrado de ciudades tan hermosas!

Manila es una ciudad antiquísima y pequeña, encerrada por un anillo de alta y gruesa muralla bastionada, con sus correspondientes fosos y contrafosos, teniendo ocho puertas, algunas de ellas con buenos puentes levadizos.

La población presenta la forma de una punta ó ángulo, pues se extiende de SE. al S. y del NO. al N., midiendo 3,510 metros de circunferencia, 1,080 de longitud y 626 en su mayor anchura.

La componen 55 manzanas de edificios que á excepción de los del Estado, y una casa propiedad de Don Ricardo Regidor y Jurado, todos los demás pertenecen á las comunidades religiosas.

Los edificios más notables son: la Catedral, la antigua Aduana, los conventos y templos de San Agustin, Santo Domingo y demás Ordenes religiosas; el Ateneo Municipal,, el Observatorio Meteorológico, la casa Misión de los PP. Jesuitas, el palacio del Cabildo Municipal (en construcción) y el Hospital de San Juan de Dios.

Alrededor de las murallas se extiende la población como la verdolaga, en distintos barrios, por el N. y al otro lado del río Pasig, los de Binondo, Tondo, Trozo, Santa Cruz, Quiapo, San Miguel, San Sebastián, Tanduay Malacañán, antigua residencia de los Capitanes Generales españoles, y Sampaloc; por

el E., Paco y el Cementerio; por el S., los de la Ermita y Malate, y por el O., la bahía.

La ciudad propiamente dicha, apenas consta de 12 á 14,000 habitantes; pero si se cuentan sus numerosos arrabales, asciende á unos 200,000.

Componen esta cifra chinos, tagalos, visayas, ilocanos, cagayanes, mestizos, americanos, españoles, ingleses, franceses, etc., pues casi no hay pueblo en el archipiélago que no tenga algunos individuos en Manila.

Es una población esencialmente cosmopolita, donde las distintas razas aparecen solo identificadas en cuanto lo exigen la acción local y las necesidades tópicas; puede decirse que comprende distintos pueblos unos en otros, con sus respectivas naturalezas, usos, costumbres y religiones.

Cada uno de estos pueblos mencionados y reunidos en esta población de naturaleza tan variada, se explican entre sí con su dialecto particular; aunque la lengua general y aún exclusivamente á cierta distancia de la ciudad propiamente dicho y en sus extremos, es el tagalo, también se habla generalmente en español más ó menos incorrecto, siendo la lengua oficial de la colonia y general de Manila.

Los indios y mestizos visten una camisa suelta fuera del pantalón, que es ancho; los principales, se distinguen añadiendo una chaqueta con la camisa por fuera.

Las muejres indias llevan una camisa semejante á la de los hombres aunque más corta de género trasparente y no les baja de la cintura; las llevan

sueltas como ellos, es descotada, pero cerrada por el pecho, las mangas son largas y anchas, luego llevan una saya y encima una sobre falda abierta, que suele ser de raso, llamada tapis, en que se envuelven parte del medio cuerpo. Sus chinelas son notables, pues las llevan sueltas por detrás y por delante, solo se afirman en cuanto les pueden caber escasamente los dedos.

Los mestizos se distinguen en dos clases y siempre han sido los que más odio y rencor han guardado á los blancos; los nacidos de españoles y de indias, que se llaman mestizos españoles, y los habidos por la unión de chinos y de indias que se llaman mestizos de Sanley. Los mestizos españoles suelen ser un poco más morenos que lo general de los españoles mismos, sus facciones son algo mejoradas. Los oriundos de españoles y mestizas chinas son más activos, más emprendedores, más aplicados al comercio, participan mucho del carácter chino que conservan durante una larga serie de generaciones, tanto en lo moral como en lo físico, según aparece en la forma de sus ojos.

Los mestizos de españoles se dedican á las artes mecánicas y á la carrera militar. Los hijos de chinos y de indias, tienen la tez amarillenta, la cara larga, la nariz aplastada, aunque menos que los indios, los ojos bastante esféricos y diámetro transversales, forman ángulo obtuso sobre la nariz: son muy linfáticos y sin barba; su carácter es notable por su actividad y se enriquecen en el comercio como los chinos. Cuando salen á la calle suelen ir ricamente ves-

tidos y llevan en sus camisas perlas y diamantes de gran valor. Sus mujeres, con su saya y sin el tapis de las indias, no despliegan menos lujo que ellos; hay algunas que han renunciado á las costumbres indígenas para vestir á la europea.

Los chinos puros forman una población especial en cierto modo. En sus costumbres y trajes son también especiales; llevan una camisa ó blusa llamada "visin", y un pantalón afianzado por una jareta. Se afeitan la cabeza sin dejarse más que una coleta trenzada; su calzado es de género negro, punta redonda y suela de fieltro gruesa.

El archipiélago se compone de mil doscientas islas y se hablan 34 dialectos, el visayas, tagalo, cebuano, ilocano, vicol, pangasinán, pampanga, castellano, ambal, panayano ibanag, ifugao aeta, coyuro, igorrote itaves, gad-dan- tinguian, sufún, benguetano, chamoro, mandaya, ilongote, ibalao, manobo, calamiano, malange, chino, agutaino, dadaya, igorrote del Abra, apayao, igorrote de la gran Cordillera y cardino; esta relación es por orden proporcional de su importancia.

En minerales encierra Filipinas un inmenso tesoro, más rico que en ningún otro punto conocido; en él se encuentran multitud de minerales y metales de varias especies: sobre todo con abundancia, los dos más esenciales al hombre, en la clase de metales, como son el oro y el hierro.

Los principales minerales beneficiables que hasta hoy se han reconocido y se explotan, aunque en pe-

queña escala, en estas islas, son el carbón, el hierro, el oro, el cobre y el azufre.

El imán abunda en los alrededores de las minas de hierro y no es raro encontrarlo en masas considerables.

Se han visto hermosos y ricos ejemplares de cobre y se asegura existen minas de este metal en la Pampanga, en Batangas é igualmente en Nindoro.

En cuanto al plomo no se ha podido encontrar en estado libre; pero hay varias circunstancias que no dejan dudas de su existencia en el país, especialmente en una de las orillas del lago de Bay.

La cal se encuentra en todas partes y sin embargo, en muchos puntos como Manila y sus alrededores, donde su consumo es algún tanto considerable, se prefiere fabricarla quemando las conchas de las ostras.

El yeso es más escaso aún, cuando no tanto que no pueda adquirirse con facilidad.

El mármol veteado de todos colores y todas clases abunda en Filipinas, más apenas se ha pensado en explotar las magníficas canteras que existen en las montañas de Nariviles ni las que tanto abundan en las provincias de Bataán y Romblón.

Unicamente se ha empleado el mármol en los ornamentos de algunas iglesias. La indiferencia respecto á este mineral es tan grande, que un Alcalde de Bataán manifestó haber extraído pedazos enormes y no pudo encontrar quien se los comprase.

En algunas provincias se encuentra también ágata, jaspe y cornerina.

Los indios conocen el uso del sulfato de hierro (caparrosa) y de ciertas sales cristalizadas, que recetan en algunas enfermedades. En la isla de Negros se encuentra magnesia y en el pueblo de Dauin, alumbre calcinada, con que los montañeses curan hace ya mucho tiempo, la esguinancia, introduciéndolo en la garganta con un tubo de bambú.

En fin, entre los minerales que se encuentran en las islas Filipinas, hay piedra de toque y cristal de roca.

En cambio no hay animales feroces, como tigres, panteras, rinocerontes de Java, etc.

El búfalo (Carabao) que los malayos llaman "Karbo". Este laborioso indígena del archipiélago índico, es sin contradicción el cuadrúpedo más importante que los españoles hallaron después de su conquista.

Los naturales del país lo emplean en los trabajos del cultivo del "palay" (arroz).

Este animal es tan feo como indispensable para la agricultura, y para toda clase de fatigas bajo el las montañas de Mariveles ni las que tanto abundan de este archipiélago en grandes rebaños; es el animal más útil de cuantos se han reducido á la vida doméstica, se revuelca en la humedad y trabaja en el fango; las horas de descanso las pasa en el agua, donde estaría siempre si se le dejase; es muy fuerte y aunque más curpulento que el buey es bastante lijero, atraviesa con facilidad los caudalosos ríos y anda cargado con los más pesados fardos por las

montañas más elevadas, prestando innumerables servicios á sus dueños.

Apasionados por sus hijos se ha visto muchas veces á la hembra del "carabao" sumergirse en los lagos y ríos para perseguir con furor por debajo del agua al caimán que se los había robado.

El "carabao" en estado salvaje es una fiera temible; los cazadores deben evitar su encuentro, porque algunas veces se emboscan, atacando por sorpresa á los transeuntes, los persiguen con audacia y si tienen la suerte de poder trepar sobre un árbol, el "carabao" espera con paciencia, escaba la tierra y hace esfuerzos inauditos para arrancar el tronco.

No deja de haber ejemplares, que personas indefensas han sido hechas pedazos por el "carabao", el cual domesticado, es conducido por un niño.

Las cabras se encuentran en todas partes, y andan como los perros callejeros, nadie las reclama; algunos enfermos beben su leche por ser la de "carabaya" demasiado alimenticia.

Los caballos cuya casta es bastante buena, se supone que no son originales del país, sino llevados de España, pero en Filipinas pierden completamente la sangre de la raza peninsular.

Los caballos filipinos son pequeños, pero aunque estén descuidados y sin el aseo que tienen en estado doméstico, no carecen de elegancia y vigor.

Dos de estos caballos arrastran fácilmente un coche tan grande como los de Europa; son muy útiles para viajar por los senderos pedragosos de las montañas, los torrentes, los caminos pantanosos que

allí abundan, y aunque vayan montados por hombres corpulentos bajan con igual velocidad las más rápidas pendientes y si dan un paso en falso caen sobre sus rodillas y vuelven á levantarse al momento; el casco de estos caballos es tan duro, que no necesita herraduras, son de marcha como el caballo cubano, pero su inmensa mayoría muerden y cocean.

Además, hay en abundancia ganado vacuno, lanar y de cerda.

Toda clase de culebras y serpientes, pero inofensivas, menos la llamada "palay", por su semejanza con la hoja del arroz; es verde, delgada y corta, y el que tiene la desgracia de ser mordido por ella, le ocasiona instantáneamente la muerte: es el único reptil venenoso que existe en Filipinas.

Los insectos son muy variados y abundantes, pues existen todos los conocidos en el reino animal.

XV

Al entrar en Manila se nota un olor suigeneris, insoportable y nauseabundo; la higiene brillaba por su ausencia; cuando la marea baja se estacionan las aguas de los innumerables esteros que invaden los barrios de extramuros de la ciudad y el aire se hace insoportable.

A esto hay que añadir el repugnante olor del aceite de coco, que las indias lo usan en el pelo, sin perfumar, y el no menos molesto de la *nipa,* especie de guano, con que se construyen los *bajays,* (bohíos), cuyos estrambóticos olores invaden las fosas nasales,

por algún tiempo, hasta que nos familiarizamos con ellos.

La desilusión fué completa al día siguiente de mi llegada, pues la primera noche al desembarcar no pude darme cuenta de lo que me rodeaba, debido al mareo que sufrí durante toda la travesía. Parecióme Manila un arrabal de la ciudad, donde estaban enclavados los conventos, pues sólo se ven á cada paso iglesias adheridas á vetustos y sólidos edificios, residencia de las comunidades religiosas.

El tráfico comercial no existe en el interior de la ciudad, sus calles están completamente desiertas de peatones, sólo los que van en coche transitan por ellas y alguno que otro individuo á pie, y los vendedores ambulantes con unos trajes muy raros, casi desnudos, pues su indumentaria se compone de una camisa china sin mangas, amplios y cortos pantalones que les quedan por encima de las rodillas y un sombrero de forma de gran cazuela, denominado *salacó*.

Las mujeres con tableros á la cabeza, donde llevan sus mercancías, de físico bastante feo, van enseñando sus obscuras carnes á través de sus vaporosos y originales trajes.

Los naturales del país despiden un insoportable olor, pues además de empaparse el pelo con aceite de coco, que de por sí solo apesta, mascan *buyo,* haciendo insoportable su aliento.

El *buyo* se compone de nuez de bonga, hoja de una planta llamada betel y cal, de la siguiente forma: sobre una hoja de betel se extiende con el mango de una cuchara cierta cantidad de cal espesa, se dobla varias veces la hoja hasta formar con ella una tira

de un centímetro de ancho, y con esa tira se enrrolla media nuez de bonga y ya está confeccionado el *buyo.*

Un *buyo* dura para dos ó tres veces, y al masticar estas tres substancias unidas, que algunos lo mezclan con tabaco, produce una saliba que parece sangre, y deja los labios teñidos de un rojo muy subido y apestoso el aliento; el indio tiene tanto gusto en masticar el *buyo,* como el chino en fumar opio.

La calle de la Escolta es la mejor de Manila, está en el barrio de Binondo y vale muy poco á pesar de estar establecido en ella el comercio europeo; nos hospedamos en uno de los mejores hoteles, en ''La Bilbaina'', antiguo ''Europa'', pero con tan mala suerte que nos tuvimos que separar, por estar completamente ocupado; Alfonso se acomodó con varios caballeros en una habitación y yo en otra llena de señoras.

Allí me enteré del *Katipunan,* pues era tal el horror que causaba, que no se hablaba de otra cosa que de aquella siniestra conjuración, descubierta por la milagrosa delación de una vieja arrepentida, ó quizás horrorizada de los inhumanos efectos que hubiera producido aquella vastísima conjuración, producto de la dominación colonial.

Era tan terrible aquella secta, había sobreexcitado de tal manera los ánimos, que el más pusilánime hizo del revólver una prenda indispensable; hasta creo que los frailes y sacerdotes lo usaban debajo de los manteos; pero lo que sí ví, que paseaban por parejas y acompañados de gruesos bastones.

El *Katipunan* había invadido todo el archipiélago, sus sectarios sellaban su juramento de sangre al in-

gresar en la siniestra asociación, haciéndose una cisura en un brazo, y ya el compromiso era para ellos sagrado, sacrosanto; de tal manera estaba organizada la conjuración, que nadie se hubiera escapado de la terrible sed de venganza que el indio profesaba, no sólo al peninsular, sino más aún al mestizo, que su reconcentrado odio por el transcurso de los años, desbordado cual impetuosa corriente, rebosaba en todos los hogares.

El *bata* (criado) estaba designado á una señal general, á asesinar á su amo y toda la familia, por agradecido que de ella estuviera; el indio cuyo porvenir y cuanto era lo debía á algún peninsular, tenía el encargo de matar á su protector, aunque hasta entonces le hubiese profesado un cariño filial, y la esposa indígena al padre de sus propios hijos.

De igual manera estaba invadido el ejército, pues los soldados eran mucho más fuertes en número que las clases; á los jefes y oficiales, sus propios asistentes eran los designados; nadie, pero absolutamente nadie podía salvarse.

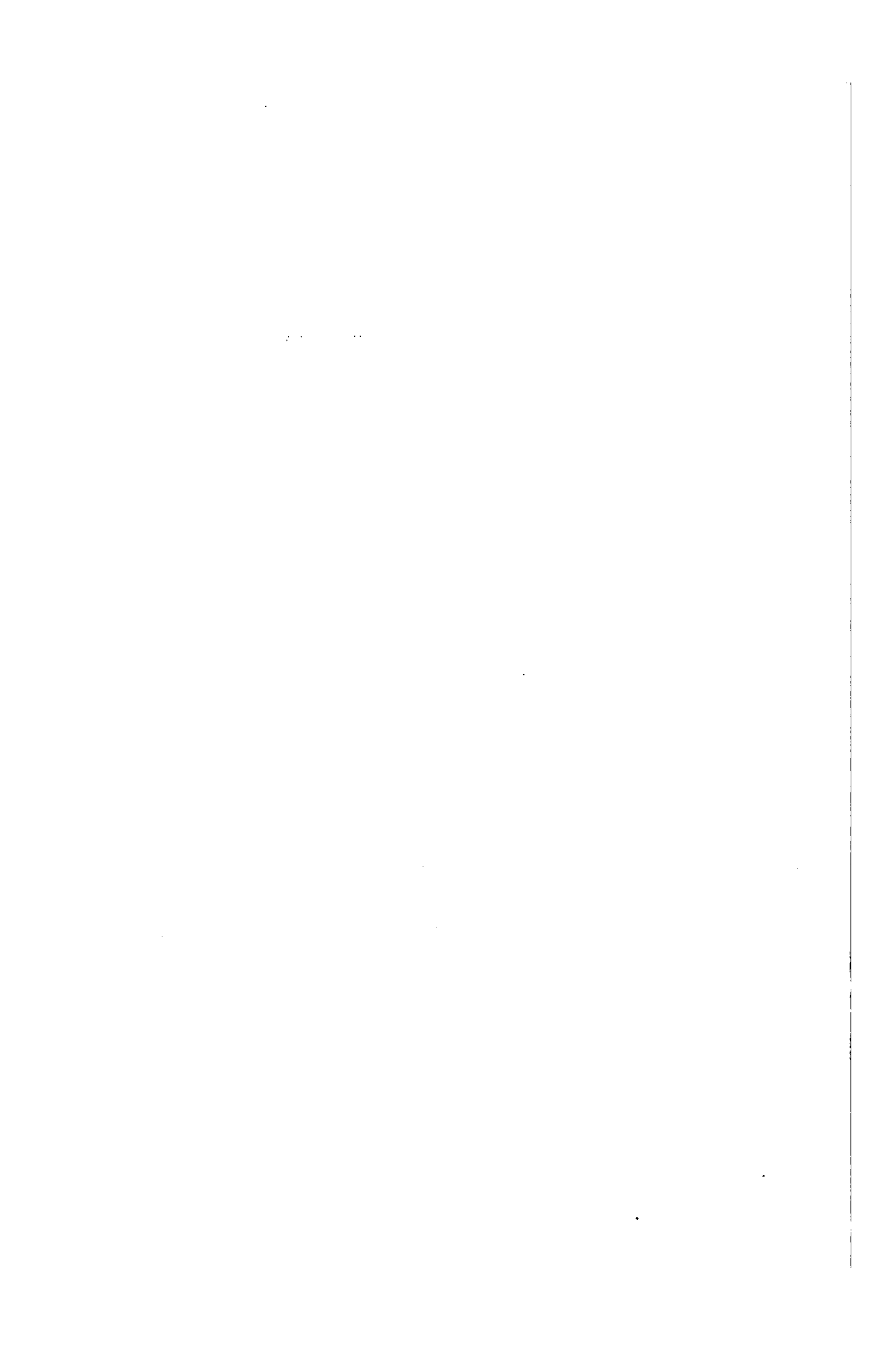
Esto no era nuevo en Filipinas, allá por el año sesenta y tantos, estalló en Cavite una sublevación con ramificaciones en Manila, que afortunadamente fracasó, por no divisarse la señal que desde Cavite se hizo, cuya organización era la misma del *Katipunan*. Pero el Gobierno, gracias al providencial fracaso, pudo reprimir con mano dura el avance y castigó severamente á sus afiliados, entre ellos el presunto Presidente de la futura República, que era un sacerdote indígena, cuyo nombre no recuerdo, y que fué ejecutado en las llamas de una gran hoguera que se le-



Avelina Correa y su primer esposo Alfonso Caos y Rebolledo



Insurrectos Filipinos



vantó en el campo de la Sabana, frente al paseo de la Luneta.

Entre las muchas medidas que el Gobierno adoptó para impedir en lo sucesivo otro caso análogo, había la de que no hubiese en el ejército jefes indígenas; así es que para ascender á comandantes, eran trasladados á España, y no podían volver á su país, mientras pertenecieran al ejército. Pero el odio del indio hacia sus dominadores fué más poderoso y más fuerte que la vigilancia y precauciones de éstos y estalló más vasto, más extenso que entonces, pues ahora era todo el archipiélago el amenazado por la terrible y poderosa secta; y desde el más anciano al sér más inocente y débil, por el mero hecho de ser peninsular, hubiera sido víctima del puñal, el veneno y la fuerza numérica de sus miles de sectarios, desprovistos de todo sentimiento humano y de cuyas almas habían desertado las más íntimas afecciones y los lazos de familia, á no haber la Providencia inducido á aquella vieja indígena, delatar el secreto.

. . . .

Los primeros días de residir en Manila, á pesar de estar amenazados, se veía aquello relativamente tranquilo, y Alfonso me llevaba á pasear por las tardes.

Los paseos favoritos de Manila son: el Malecón en el río Pasig, y la Luneta en la playa de la bahía; allí se dan cita todas las familias, para escuchar un poco de música y tomar el fresco á la puesta de sol, pues en Filipinas hace mucho más calor que en Cuba. No se sale de paseo á pié, está mal visto que las señoras,

principalmente, vayan andando, así es que el coche es un artículo de primera necesidad.

Hay unos coches cerrados con asientos á los lados, semejantes á los quitrines, que se denominan *quïles*.

Dichos coches los inventó Germán Quiles, tío de mi difunto esposo y desde entonces sólo se conocen con el nombre de *Quïles*.

Las señoras no usan sombreros; se sale en coche con la cabeza descubierta, y en cuanto al peinado, no es cosa en que ponen especial cuidado, como sucede en Madrid, cuyos artísticos peinados tanto llaman la atención.

Las casas tienen una construcción especial, están sobre cuatro horcones clavados en el suelo, y á un metro ó metro y medio del piso, casi puede decirse suspendidas en el aire, por los frecuentes temblores de tierra y las torrenciales lluvias, siendo sus tejados por regla general de *nipa* (guano), aunque las casas sean de tabla.

Los baños son muy originales; se bañan á *tabo*, (cáscara del coco seco, que hace las veces de jarro), en una habitación cuyo piso es de tiras de caña de bambú en forma de tupida reja, y con el agua de una tinaja se va echando el líquido con el *tabo* en la cabeza.

Hay una planta llamada *gogo*, cuyos troncos hacen una blanca espuma como el jabón, con lo que se lavan la cabeza y queda tan limpia, que el cabello luce lustroso como cuando se lava con potasa.

La vegetación es tan fecunda y exuberante como la nuestra, y hay viandas y frutas lo mismo que aquí, pero conocidas con distintos nombres, á excepción del

plátano, que los hay riquísimos y de infinidad de clases; la manga filipina tiene fama en el mundo entero, y en honor de la verdad, es mejor que el mango de Cuba.

A la guanábana allí le llaman guanabano; al zapote, chico; hay mameyes, cañas muy dulces y todas las frutas de nuestro país.

En Singapore probé el delicioso mangostán, que es una fruta pequeña, de la forma del caimito pero dulce, suave y con un sabor especial.

En Filipinas la carne de cerdo no se come, á no ser que se críen en la casa, porque hay tanta abundancia de estos animales que andan sueltos por la calle, como los perros, y sólo se mantienen de inmundicias que encuentran debajo de los *bajays*.

Los días transcurrían y á Alfonso no le daban la orden de ir á San Fernando de la Unión, y su padrastro Pedro Martínez Freyre, que estaba en Manila, le dijo, que si hubiese habido medios de comunicación le habría escrito para que desistiera del viaje, porque allí se esperaba un desastre atroz, y hubiérale ahorrado pasar malos ratos.

. . . .

. . . .

Huyendo al bombardeo de Manila, nos refugiamos en Santa Mesa, pueblo próximo á Manila, pero al abrigo de los proyectiles de la escuadra americana, en casa de unos indios amigos de la familia de Alfonso, pues como ellos habían pasado siete años en el archipiélago, tenían muchos conocidos.

Nos cedieron una habitación; pero como en el hotel de Manila, tampoco pudimos disfrutar de sus ven-

tajas nosotros solos, porque Ramón, un medio hermano de mi esposo, hijo de Martínez Freyre, vino con nosotros y durmió en nuestro mismo cuarto.

Siempre cohibidos y angustiados por la hecatombe que se esperaba de un momento á otro, y sin expansión de ninguna clase, llegó Alfonso una mañana más alegre que nunca, diciendo:

— Ya me han dado la orden para ir á San Fernando de la Unión, y me han pagado los haberes de la navegación; mañana á las cinco nos vamos á Dagupan, para de allí continuar el viaje; ahora voy á facturar los baules.

¡Qué contento estoy!

¡Qué felices vamos á ser! Verás que bonita voy á ponerte la casa, compraré macetas para pintarlas yo mismo, y adornar con plantas nuestro nido de amor, porque nada hay más hermoso que las flores.

. . . .
. . . .
. . . .

Al siguiente día amaneció lloviendo mucho. Alfonso se quedó dormido, pero en la casa lo llamaron, advirtiéndole que el coche nos esperaba para conducirnos á la estación.

— Despide el coche Alfonso, — le dije — otro día podemos hacer el viaje, y no partir con esta lluvia torrencial.

— Ya que estamos preparados vamos; hasta el coche nos cubriremos con el paraguas, y en el tren no nos mojaremos; piensa que muy pronto estaremos en nuestra casita y que tenemos que trabajar mucho para ponerla á nuestro gusto.

Ante esa idea no debes tener pereza; vamos á continuar nuestro viaje de bodas, para llegar á la cima de nuestra felicidad.

Asi que arreglemos nuestra morada, tenemos que pensar en el angelito que viene al mundo para complemento de nuestra dicha; si es varón le pondremos Alfonso, para que lleve mi nombre; y si es hembra Avelina.

. . . .

. . . .

. . . .

Nos vestimos de prisa; nos despedimos de la familia, y bajo un aguacero terrible, que tal parecía que el cielo nos mandaba un segundo diluvio, tomamos el coche y nos dirigimos á la estación.

XVI

Ibamos solos en un compartimento del carro de primera, cosa rara, que no nos había ocurrido desde que salimos de Madrid, pues únicamente en Barcelona tuvimos algunos días de expansión.

Alfonso estaba tan contento que parecía un colegial en vacaciones.

Todo le causaba risa, y cuando el tren comenzó á andar se puso á cantar y á representar como un loco.

Cuando paramos en la primera estación, entró un sacerdote en nuestro coche y al saber que nos dirigíamos á Dagupan para de allí continuar el viaje á San Fernando de la Unión, dijo:

—¡Ah! Es usted el Interventor? Hace días que le esperamos, y nos felicitamos, porque es usted muy amable y muy simpático.

Haremos el viaje juntos, porque yo también me dirijo hacia allá; para conducirnos hay un vaporcito y una lancha.

El vaporcito "Fortuna" hace el viaje directo de Dagupan á San Fernando de la Unión y la lancha nos deja en la playa de Santo Tomás; allí se toman coches ó se va en carretones el resto del camino.

Un tercer pasajero se acercó á la portezuela del coche y al ver al padre Mariano, lo llamó para que fuera con él y su familia en un coche salón; el sacerdote saludó y se marchó con Enrique Lette, que era la persona que lo solicitaba.

Quedamos otra vez solos y Alfonso murmuró: — Siento que se haya marchado el padre Mariano, pues él nos dirigiría y seríamos más atendidos al llegar á nuestro destino.

— ¡Qué tontería! ¿no vamos mejor así? no tenemos más libertad? Eres tan amigo de la compañía, como lo soy yo de la soledad; desde que nos casamos, apenas hemos podido estar solos; un mes de barco, en el hotel separados; en Santa Mesa con tu hermanito Ramón en nuestra habitación, y ahora que al cabo de *dos meses,* podemos siquiera hablar con expansión, te lamentas porque un sacerdote desconocido, un pasajero que nada nos importa, se marche de nuestro coche.

— Ya poco nos queda de estar separados; tal vez mañana estaremos en nuestra casita y yo procuraré tener en ella todo lo necesario para que nada te falte.

— Ahora tienes que proceder con prudencia; en seguida que lleguemos á Dagupan vamos á casa de Marianito Nable, consignatario de los vapores, y le entregas la tarjeta que tienes para él, con objeto que nos hospede en su casa, hasta que salga el vapor; no te entusiasmes con la lancha, piensa que en el vaporcito hacemos el viaje directo y con más comodidad.

— Haré lo que tu quieras, — me respondió — y cuando llegamos al punto indicado, al bajar del tren se acercaron á nosotros Enrique Lette y el padre Mariano; este último presentó á Lette á mi marido, diciéndole:

— Señor Interventor; aquí tiene usted un cicerone para que conozca la provincia; es dueño de casi todo San Fernando y le facilitará casa y cuanto necesite al llegar.

— Agradezco y acepto el ofrecimiento — contestó Alfonso.

— Pues continuaremos el viaje juntos — añadió Lette.

— Alfonso, vamos á casa de Marianito Nable — interrumpí diciendo.

— Ya iremos después, señora — repuso Lette.

Aquella imposición me chocó; Lette me pareció simpático, pero muy dominante y al ver su aptitud y la influencia que desde el primer momento ejerció en el ánimo de mi marido, presentí un desenlace funesto.

¡Fenómenos del corazón humano, que el vulgo ha dado en llamarles *corazonadas!*

Ibamos derechos á la felicidad tan anhelada; estábamos próximos á la *meta* de nuestras más doradas

ilusiones; y sin embargo aquel encuentro, aquella insignificante imposición de Lette, que nadie le hubiera dado importancia alguna, acongojó mi corazón y me hizo presagiar algo malo, sin saber el qué y sin motivo alguno de recelo.

Un empleado de la estación del ferrocarril nos ofreció hospedaje galantemente; nos dijo que su familia estaba en Manila, por cuyo motivo había camas suficientes y que tenía allí también dos señoras filipinas, aguardando la salida del vapor "Fortuna".

Le advertí á mi esposo que debíamos ir á casa de Nable el consignatario de los vapores, pero Alfonso se dejó llevar de la última impresión y aceptó el ofrecimiento que tan expontáneamente se le hacía.

Las señoras que allí aguardaban el "Fortuna" eran una joven casada, con un hijo de la de más edad, la cual era viuda, guapa y simpática. Tenía dos hijos, uno casado y otro soltero, y en busca de este último iba en camino de San Fernando de la Unión.

¡Lo que son los arcanos del destino! el esposo de la joven fué en el mismo tren que nosotros, para llevarse á su mujer, porque se arrepintió de continuar el viaje y se marcharon para Manila al siguiente día á primera hora.

Julia, que así se llamaba la mamá, se quedó para incorporarse á nosotros, con objeto de ver á su hijo.

Al media día fuimos los tres á casa del consignatario de los vapores, donde depositamos el equipaje.

Marianito Nable es filipino; estuvo muy atento con nosotros, nos obsequió y nos dijo que el vaporcito había hecho un viaje á San Fernando y aún no había regresado, y como era el único vapor que hacía

esa travesía, tendríamos que aguardarnos dos ó tres días.

Enrique Lette que estaba presente, protestó, y le propuso á mi marido fletar la lancha *Anda,* para la mañana siguiente.

Yo me opuse; Nable aprobó mi idea, pero Lette intervino y obligó á mi marido á aceptar su proposición.

Julia, que deseaba abrazar á su hijo, también influyó para que Alfonso no vacilara y por más que repetí las ventajas de hacer el viaje directamente, y manifesté que tenía miedo de embarcarme en la lancha, Alfonso por amor propio, ayudado por Enrique Lette, contestó:

— Tú irás donde yo te lleve.

¡Era la primera vez que me contrariaba! y por no aparecer ridícula guardé silencio y me resigné con mi suerte.

¡Aquel hombre fatal y aquella pobre mujer dominaron á mi marido!

Fletaron la lancha *Anda;* fueron á visar las cédulas, y nos dirigimos á la estación donde cenamos y dormimos aquella noche.

. . . .
. . . .
. . . .

Apenas me quedé dormida, tuve un sueño agitado y funesto; desperté sobresaltada y al ver á mi Alfonso lo llamé y le dije:

— Alfonso, desiste de continuar el viaje aunque pierdas el dinero, y vamos para Manila otra vez; porque acabo de tener un sueño horrible y presiento que

si haces caso omiso de lo que te digo, mi sueño se realizará.

He soñado que en el camino de San Fernando de la Unión, nos habían atacado cobardemente una partida de máscaras con *bolos* (machetes) y armas de fuego, que por más que corríamos y corríamos, las máscaras nos alcanzaban y que había mucha sangre; ¡mucha sangre humana! ¡pasábamos por encima de agonizantes y ensangrentados cadáveres, y que después nosotros rendidos de fatiga y jadeantes por titánica y desigual lucha, caíamos también por tierra brotando sangre por nuestras heridas, hasta que nos faltó la vida! yo te ruego ¡oh! Alfonso, no continuemos el viaje!

—¡Bah! no hagas caso de los sueños; vuélvete del otro lado y procura dormir, que necesitas descansar, para mañana continuar el viaje.

— ¡Es posible Alfonso!

— No seas cobarde Avelina, ya todo está arreglado, y no puedo desistir sin quedar en ridículo; piensa que allí nos espera la felicidad y no seas tan pesimista.

— ¡Alfonso, después de un sueño tan malo... !

— Parece imposible Avelina, que tú, una mujer de buen criterio, le des importancia á esas cosas, que están bien para personas sin cultura ni talento, que creen y tienen fanatismo por cualquier tontería.

Basta que hayas soñado con muertos para que vivamos más; porque siempre sucede lo contrario que se sueña; tranquilízate y duerme.

. . . .

. . . .

El sueño se me hizo imposible aquella noche, y mientras Alfonso dormía, yo velaba su sueño, como si estuviese amenazado por algún peligro.

¡Qué hermoso estaba! Yo lo contemplé dormido con aquel dulce sueño del que nada teme, porque tiene su conciencia tranquila y sin darme cuenta de lo que hacía, me arrodillé á la cabecera de la cama y oré con fervor por aquel sér tan querido, para que Dios lo librase de todos los peligros y sellé sus labios con un beso.

XVII

A la mañana siguiente mandó Lette un aviso diciendo que nos esperaba, y viendo que tardábamos en ir; vino él por nosotros.

Todavía me atreví á protestar é insistí con Alfonso, para que desistiera de sus propósitos; los empleados del ferrocarril también le hicieron reflexiones, y hasta le prometieron facilitarle carbón para que fuéramos en el vaporcito "Fortuna", por no haberlo en plaza. y que se esperaba de un momento á otro, haciendo el viaje á San Fernando directamente; pero estaba escrito, como dicen los judíos. Alfonso dió las gracias por tan generoso ofrecimiento, pero hizo la voluntad de Enrique Lette.

Aquel hombre enérgico é imperativo, subyugó de tal manera á mi pobre Alfonso, que lo hizo víctima de su temeridad.

Embarcamos en la *Lancha Anda.*

El mar estaba sereno, el cielo azul, sin que la más ligera nube empañara su diáfano color, y el astro rey lanzaba sobre nosotros sus rayos abrasadores.

Alfonso se quitó el sombrero para cubrir mi cabeza y abrió la sombrilla, para resguardarme del sol.

Mis presentimientos continuaron, pero como mi deber era obedecer y callar, permanecí en silencio.

Libre el pensamiento volvió á sus temores, veía mi felicidad amenazada por un extraño que á las pocas horas de conocer á Alfonso, ejerció sobre él un dominio absoluto.

Alfonso era muy noble, y al verme tan triste, procurando distraerme, dijo:

— Conviene que te acostumbres á estos viajes y no seas miedosa; aquí casi todos los paseos son por mar, y si no eres valiente no vamos á poder divertirnos.

Cuando yo te conocí te admiré por tu valor, te ví desafiando el peligro; sola te atreviste á salir de tu país para España y sola te dirigías de Madrid á París, y ahora que me tienes á mí, para quererte y defenderte ¿tienes miedo?

— Alfonso, presiento una desgracia y mi corazón es muy leal; no se engaña nunca.

— Pues esta vez vas á llevar una decepción muy grande.

. . . .
. . . .
. . . .

En la lancha *Anda* nos habíamos embarcado Enrique Lette, su señora, sus dos hijos Pepe y Antonia, dos criadas y un criado, todos del país, pertenecientes á la familia de Lette, el padre Mariano y una señora también filipina, Julia, de quien ya hemos hablado antes.

Alfonso, queriendo borrar la mala impresión que con su negativa me ocasionó, parecía que estaba más alegre que nunca, me hablaba de sus proyectos para asegurar mi bienestar, del futuro hijo que deseaba estrechar en sus brazos, él prefería que fuese una niña y yo un varón.

Todos los meses dedicaría una cantidad para reunirle al hijo que tuviéramos, un pequeño capital que le sirviese de dote y apenas llegásemos á San Fernando, había que comenzar la canastilla.

Hablaba con entusiasmo, pero yo no lo escuchaba con la tranquilidad de otras veces; confieso que temblaba de miedo porque mis presentimientos se acentuaban.

— No te preocupes, Avelina, vamos á poner nuestra casita, á vivir el uno para el otro y á ser muy felices. ¿No es verdad?

Pon una cara más alegre mujercita mía, y no tengas miedo, que será lo que Dios quiera.

No tenía humor para contestar á sus cariñosas frases y Alfonso por animarme se puso á cantar.

"Qué delicia es navegar con el ángel de su amor —bajo el cielo y sobre el mar".

Comencé á marearme, Alfonso me cuidó como siempre, con tierna solicitud, y continuó consolándome.

¡Cuán lejos estaba de su cercana muerte! El me había dicho, no te apures Avelina, que será lo que Dios quiera, y fué lo que Dios quiso, porque una felicidad tan completa no puede ser duradera en la tierra.

Llegamos á Santo Tomás, yo me asusté mucho al ver que desde la lancha hasta tierra teníamos que ir conducidos en brazos de unos hombres de color co-

brizo casi desnudos, pero Alfonso me dijo que esos eran cargadores del país y me tranquilicé.

Nos refugiamos en una casita de caña con el tejado de *nipa* á estilo del país; allí sacamos nuestra cesta de provisiones de boca, y nos pusimos á almorzar.

Yo no deseaba comer nada, pero Alfonso compró huevos á unas indias, y él mismo pidió un jarro, pasó por agua algunos y los otros los salcochó, por si yo tenía hambre por el camino, pues todavía quedaba un buen trecho de Santo Tomás á San Fernando, y había que ir en coche ó carretón.

Momentos antes de ponernos á comer había llegado el teniente Costosa con su tropa y nos dijo que no había novedad y podíamos continuar el viaje con entera confianza.

Ellos se dirigían al Rosario, con objeto de explorar aquello.

En Santo Tomás los habían obsequiado con un rancho extraordinario y estaban muy tranquilos y satisfechos.

Lette mandó por *quiles* y carretones y como tardaron en llegar, amenazó á los indígenas con su tono de voz impetuoso y altanero.

Yo no estaba acostumbrada á esas cosas, y me asusté.

— Así se trata á esta gente — dijo Lette y continuó dando órdenes.

Efectivamente, en Filipinas siempre se ha tratado á los indios mucho peor que aquí á los esclavos; pues hasta en las casas particulares, por la cosa más insignificante, se daban palizas enormes á los criados;

y los mestizos eran mucho más crueles con los indios que los *castilas* (españoles).

— Tardan en llegar, — añadió impaciente,— y pensó ir á pie hasta el pueblo acompañado del padre Mariano, pero luego desistió y esperó ¡oh! si ellos hubiesen ido primero hubiera sido la salvación de Alfonso!

XVIII

Aguardamos un poco y llegó un *quiles.*

Lette ordenó que fuesen en él las señoras, pero yo no acepté por no separarme de Alfonso, y en mi lugar fué el padre Mariano.

Apenas anduvieron algunos pasos sentimos detonaciones de armas de fuego, Lette, que iba perfectamente armado le dió un revólver de su esposa á mi marido que sólo contenía cuatro cápsulas, pero como Alfonso no llevaba ni un cortaplumas lo aceptó sin pensar en sus funestas consecuencias y salimos al encuentro de sus hijos y del padre Mariano.

Los criados de Lette dijeron á su amo: Los insurrectos se han llevado á la señora y á la señorita Antonia.

— Papá — dijo Pepe — los mismos que nos han ayudado á bajar de la lancha y nos han ofrecido hospedaje en su *bajay.*

Entonces Lette, su hijo y el padre Mariano salieron en persecución de los raptores de Bernarda y Antonia.

En la confusión Julia, los criados de la familia de Enrique Lette, Alfonso y yo salimos también corrien-

do, y en vez de hacerlo en dirección opuesta, fuimos al encuentro de los indígenas.

Estos vestían camisa como los chinos, á cuadros encarnados y blancos, llevaban *salacó,* pantalón ancho, iban descalzos y en sus manos brillaban enormes *bolos*, y daban gritos guturales de alegría salvaje.

Pronto nos vimos rodeados de más de 2,000 *taos* (indígenas filipinos), luciendo sus resplandecientes ''bolos'' y bien equipados con armas de fuego.

Aquella ola humana nos acometió cobardemente.

¡Qué horribles fueron aquellos instantes!

Al primer choque cayó herido Enrique Lette, aún así se levantó y continuó luchando heroicamente; su hijo Pepe, que sólo contaba quince años, quiso huir pero su padre le dijo:

— Pepe ¿en estos críticos momentos te va á faltar el valor?

Entonces el chiquillo se portó como un héroe y murió defendiéndose con las armas de su padre que fué cadáver primero que él.

— Pobrecito Pepe — dijo Alfonso — qué valiente, ha muerto defendiendo á su padre.

A los pocos segundos sólo quedábamos con vida Alfonso y yo; el padre Mariano estaba muerto á nuestros pies y hasta la pobre Julia muy mal herida, daba terribles gritos; esperábamos impacientes una muerte cierta. Alfonso me daba valor, pero á él le iba faltando, pues en aquellos supremos momentos me dijo con un tono de voz que nunca podré olvidar.

— ''Avelina, ten valor y escúchame; si ocurre una desgracia y tú me sobrevives, dile á mi familia que te ampare, que no te abandonen nunca, que yo te mando.

— ¡Por Dios Alfonso! no hables así, que me partes el alma!

—No te asustes, que puede peligrar la criatura; corre un poquito más, dame la mano, vamos, un esfuerzo para correr, á ver si llegamos á aquella casita...

¡Qué escena más terrible!

Ibamos huyendo. Alfonso me llevaba de la mano, y con la otra se defendía, diciéndome frases dulcísimos de consuelo y haciéndome recomendaciones para su familia, por si afortunadamente mi vida y la del sér que llevaba en mis entrañas se salvaban!

Para seguir luchando heróicamente con sus enemigos, tuvimos que separarnos; yo tuve intención de decirle que no gastase las cápsulas en vano y que si le quedaban dos, tuviese valor de quitarme la vida, antes de que abusasen de mí sus asesinos y que terminase de una vez con su preciosa existencia; pero no tuve valor, le ví tan valiente que no quise acobardarlo y más aún, cuando le oí decir:

— Yo moriré; pero moriré matando!

¡Pobre mártir! murió indefenso por turba de cobardes asesinos!

Después no sé lo que pasó, porque me desmayé.

Los indígenas me quitaron las prendas, el dinero y los zapatos, me amarraron á un palo, me pusieron la cabeza colgando, me ataron los pies y las manos, me abofetearon y me hirieron con los *bolos,* el cuello, la espalda y la cintura.

Me llevaron como un fardo y por más que suplicaba que me sujetasen la cabeza, ellos me respondían amenazándome: *¡Calla castila, que corta aquel cabeza tuyo!*

Creyéndome cadáver bajo la influencia del último desmayo, abrieron un hoyo para enterrarme y me tiraron atada al palo que me servía de camilla sobre otros cadáveres.

Al golpe que recibí, recobré el conocimiento y cuál sería mi sorpresa al ver entre ellos á mi Alfonso querido con un tajo en la nuca, en forma de un labio abierto; sólo algunas gotas de sangre manchaban su cuello amoratado, sin duda por la congestión cerebral, al recibir tan tremendo *bolazo!*

¡Qué agonía más terrible debió sufrir! al pensar que me dejaba sola entre aquella horda de asesinos, y al recordar que tantas veces, durante aquel infausto día, le había prevenido el peligro, con mis presagios y mi fantástico sueño!!

En mi presencia lo despojaron de cuanto encima tenía: dinero, prendas, entre ellas un magnífico reloj de oro, recuerdo de su padre, mis cartas, que llevaba en el bolsillo como una reliquia, y varios documentos.

Supliqué que me dejasen acercar á él para darle mi último beso.

Me respondieron que no, y levantaron los *bolos* para quitarme la vida.

— Si me van á matar, dejarme un solo momento para despedirme de él — supliqué, anegada en llanto y sin poder apenas articular las palabrs por los sollozos.

El corazón se me partía en pedazos, la sangre se me agolpaba á la garganta y me ahogaba, y el cráneo parecía que me lo rompían á martillazos por las sienes.

¡Creo que cuando en aquellos terribles y angustiosos momentos, no perdí la razón, no la perderé nunca!

Entonces un *cuadrillero* (guardia municipal) más compasivo que los otros, ordenó:

— Ala, ála, Castila.

Me desataron del palo y me acerqué á mi marido.

Aún en aquellos momentos estaba guapísimo, tenía entreabierta la boca y lucía aquel nido de perlas que tenía por dentadura. ¡Pobrecito!

Le registré cuidadosamente su cuerpo por ver si tenía más heridas, ¡era una sola la que me arrebataba su preciosa existencia!

No me atrevía á besarle, por temor de que me quitasen más pronto de su lado y lo llamaba con los calificativos más tiernos, como si con ellos pudiera volverlo á la vida hasta que aquellos infames ya cansados de esperar, pretendieron á fuerza de golpes separarme de él. Lo besé casi escapada; su piel estaba aún caliente, quise protestar temiendo que estuviese vivo, sin recordar en aquellos terribles momentos, que si estaba caliente su cadáver, fué porque la muerte fué producida por la conmoción cerebral, y no se había desangrado; pero ¡ay! me separaron de su lado sin darme tiempo siquiera de cerrarle los ojos, y lo enterraron en mi presencia, como si fuera un perro!

¡Jamás olvidaré á mi infortunado Alfonso, en tan críticos momentos! ¡Qué cuadro más desgarrador! ¡Sola otra vez en el mundo, llevando en mis entrañas el fruto de aquel casto y puro amor!

Ví enterrar á Enrique Lette, á su hijo Pepe, que tan valiente fué en defensa de su padre y dejé mache-

teada á los pies de Alfonso á la infeliz Julia cuyo afán por ver á su hijo le costó la vida.

Cuando me separaron del cadáver de Alfonso, pregunté si me iban á matar y me respondieron que sí. Entonces les supliqué que lo hicieran pronto.

— Tenemos antes que llevarla donde está el señor Presidente.

— No puedo andar sin zapatos y carezco de fuerzas para continuar el viaje.

En tan terribles momentos un *cuadrillero,* insultó mi desgracia diciéndome:

— Castila, ya tú no tienes marido, ¿si quieres ser mujer mía?

No contesté ante tanto cinismo y seguí el calvario de mi amargura.

Quisiera poder borrar de la imaginación esas tristes páginas del libro de mi vida, que evoco sin cesar, porque me parece estar siempre contemplando aquél cuadro vivo, de desolación y de horror.

Uno de los jefes, compadecido de mí, mandó á dos indios que me condujeran en brazos ante el Presidente y fuí con ellos un largo trecho sangrando mis heridas, sin contar con la que profundamente llevaba en el alma.

Después buscaron nuevos auxilios, me llevaron á caballo en *carabao,* á la grupa de ellos, cruzando ríos y caminos peligrosos. Me condujeron también en carretón y por último en hamaca hasta llegar á un cuartel donde había como dos mil indios, entre ellos el que había registrado los bolsillos de Alfonso.

Yo estaba resignada á mi última hora; nada me importaba la vida y rezaba por el alma de Alfonso y por la mía.

— Señora, me dijeron en castellano muy castizo, usted ha tenido la gran suerte de hallar gracia ante el señor Presidente, el cual me encarga diga á usted que la perdona la honra y la vida; aquí será respetada por orden suya y cuando esté restablecida recuperará la libertad.

¡Valor, porque es usted muy afortunada!

Escuché aquellas palabras con indiferencia, tanto había sufrido que no me causaron agradable impresión, pero agradecí al Presidente que me perdonara más la honra que la vida, por no inferirle una nueva ofensa al que ya no podía defenderme.

Allí me trataron relativamente bien; pusieron árnica y una untura especial en mis heridas, ayudándome á volver la cabeza de uno á otro lado, á levantarme cuando me cansaba de estar acostada en el duro suelo, y trataron de que tomase alimentos; á lo que, me negué pues sólo deseaba beber para refrescar la garganta porque la sangre que eché de la boca se me había coagulado.

Vicente Quesada, que capitaneaba aquella partida y denominaban el señor Presidente, compadecido de mi inmensa desgracia, dispuso que uno de ellos curase mis heridas y estuviese á mi disposición, ya que estaba imposibilitada, y antes de marcharse en persecución de la tropa española, dió órdenes severas para que respetasen mi honra y mi vida, siendo castigado con la última pena el que intentase desobedecerlo.

Allí me dijeron que Enrique Lette era un filipino

muy malo con sus paisanos; que debía muchas vidas, lo mismo que el padre Mariano, por lo cual se había sublevado contra ellos toda la provincia, decretando la muerte de ambos y jurando aprovechar la primera oportunidad para realizar sus deseos.

El nombramiento de comandante de voluntarios que dieron á Enrique Lette en Manila, fué la sentencia de su muerte, y la fatídica casualidad de conocerlo nosotros en Daupan y simpatizar mi marido con Lette, la causa de su muerte; pues creyéndolo complicado con él al defenderse con el revólver que le dió Lette, lo creyeron culpable y le atacaron.

— Siento, señora — me dijo Quesada — que hayamos atacado á un inocente, y sólo deseo que usted tenga resignación y que viva para el fruto de su cariño.

XIX

Convencida de que cuantos esfuerzos hiciese por salir de aquella abrumadora situación eran inútiles, cansada de sufrir tantos tormentos, rodeada de los asesinos de mi marido, que me contemplaban con ojos lujuriosos, y que sólo me respetaban por el mandato de Quesada, en mi desesperación me abandoné al azar deseando morir antes de que los salvajes pudieran satisfacer sus brutales apetitos.

Así pasé aquella noche siniestra, entregada á mi negro destino y pensando en Alfonso, que tan joven y tan bueno, había descendido á las lúgubres profundidades de la tierra; sin una caja para su cadáver, ni una señal para poder distinguir el triste sepulcro de

aquel mártir; víctima de la influencia fatal de Enrique Lette.

De cuando en cuando pedía agua para refrescar mi garganta, y bálsamo para mis heridas.

El vigilante que me puso Quesada á mis órdenes, se apresuraba á complacerme, y yo le llamaba bajo ese pretexto muchas veces, pero era para evitar que alguna de aquellas fieras se me acercara.

A la mañana siguiente me condujeron á un *camarín* (barracón) que estaba á media hora del campamento, y para subir á él había que atravesar montes peligrosos, uno me auxiliaba por delante y dos por detrás, pero eran aquellos montes tan pendientes, que cuando creía haber terminado tan difícil tarea, rodaba desde lo alto y tenía que comenzar á subir nuevamente.

Por fin llegué al *camarín,* allí estaba la viuda de Lette, su hija Antonia y sus dos criadas, se abrazaron á mi llorando las infelices y tuve que advertirles que estaba magullada y me hacían daño.

En dicho *camarín* había muchas mujeres y niños, de la familia de nuestros secuestradores.

En medio de mi desgracia fué un consuelo para mí hallarme en compañía de la viuda de Lette; esta me dijo que había dos partidas, una de Vicente Quesada, el que nos había salvado la vida, y otra de Sixto Emilio Zandueta que reclamaba nuestras cabezas.

Lo que hubo de verdad en esto no lo sé, pues algunos meses más tarde, hablando con los cabecillas, cuando quedamos prisioneros por segunda vez, en San Fernando de la Unión, Quesada me dijo que no le remordía la conciencia por la muerte de mi marido, por-

que su partida no lo había matado, y Zandueta me dijo lo mismo.

Lo cierto es que Alfonso pagó con su vida su temeridad, dejándome en cinta y conceptuándome con su irreparable pérdida, doblemente desgraciada, pues me arrebataron una felicidad tan cara, cuando apenas me daba cuenta de haberla realizado.

Oh inexorable ley del destino, como te complaces en atormentar á los mortales, cuando posas tus feroces garras sobre ellos!

¿Hasta dónde llegará la desgracia, en su vertiginosa carrera á cebarse en sus elegidos?

Fuerza para poder resistir las penalidades de la vida, por monstruosos que nos parezcan los sufrimientos humanos, los soportamos mucho más de lo que nos imaginamos, pues las facultades de nuestra naturaleza, se multiplican indefinidamente, sin que podamos descifrar el gran problema que encierran tan indescriptibles misterios.

Como Bernarda, la viuda de Lette hablaba el ilocano, por ser natural del país, entendía varios dialectos filipinos, y pudo apreciar mejor que yo, nuestra verdadera situación.

El teniente Costosa indignado por las muertes cometidas en la playa de Santo Tomás, mandó á la tropa española á incendiar el pueblo de Santo Tomás y los cabecillas insurrectos pensaban vengarse en nosotras, si no respetaban las vidas de sus mujeres.

Esperando que de un momento á otro nos sentenciaran á muerte, pasamos aquellas horas de agonía rezando por nuestras almas!

¡El tiempo transcurría lentamente y no se decidía nada!

Llamar en nuestro socorro hubiera sido en vano, quizás alcanzaríamos empeorar nuestra desgracia, y en tan horrendo suplicio, la calenturienta imaginación nos presentaba flotando ante nuestra vista las tenebrosas sombras de nuestros muertos queridos, clamando venganza al cielo, por semejante traición.

Después de una cruel incertidumbre, acordaron concedernos la libertad y que bajásemos á media noche aquellos peligrosos montes, para evitar ser sorprendidos por las tropas españolas.

Díjome Quesada que seríamos conducidas al pueblo de Santo Tomás por sus gentes, para entregarnos al teniente Costosa, con la condición de rectificar ante él que habían respetado nuestras honras y nuestras vidas; añadiendo que, aunque de distintas opiniones políticas, eran paisanos y amigos.

Así se lo prometí, y cumplí el ofrecimiento. A Zandueta le supliqué que me hiciese el favor de devolverme los documentos que acreditaban mi personalidad y otros papeles de mi exclusivo interés, que estaban en el baul-maleta que tenía las iniciales de mi difunto esposo.

Me respondió que era inútil mi petición y que me conformase con dar gracias á Dios por haber salvado mi honra y mi vida.

¡Tenía razón! y no insistí, por más que sólo pedía lo que á ellos no les hacía falta.

En el campamento oí celebrar varias veces el reloj de mi pobre Alfonso (recuerdo de su padre), y el solitario de brillante que heredoron *sus asesinos.*

Así que se marcharon Quesada y Zandueta, en persecución de sus enemigos, quedamos á merced *de sus gentes.*

Hablaban su dialecto y aunque yo no los entendía, por sus miradas y sus ademanes comprendí que se trataba de mí.

De pronto vi á la viuda de Lette, su hija y sus criadas, de rodillas ante aquellas fieras, llorando y suplicándoles en el mismo dialecto, delante de una imagen de la Virgen iluminada por una vela ¡triste sarcasmo! ¡Extraña religión!

Enterada después por Bernarda, supe el noble origen de sus fervientes súplicas.

Se trataba de asesinarme á las tres de la madrugada, por ser *Castila vaga* (española, nueva en el país), ellas les decían que era un doble crimen matar á una madre, que ningún daño les había hecho y que la Virgen los castigaría.

Los indios les respondieron que si ellas se oponían no respondían que fuesen *paisano y sangre suya,* y que á todas las matarían.

Sin embargo, tanto rogaron, que ablandaron aquellos duros corazones y no satisfacieron sus criminales deseos.

La viuda de Lette me salvó la vida, en cambio de la dicha que por la temeridad de nuestros maridos habíamos perdido.

A las dos de la madrugada bajamos los montes auxiliadas por nuestros secuestradores, y á pesar de mis escasas fuerzas, por la falta de alimentos, no porque éstos se escaseasen, pues en el *camarín* había de todo, sino por que el gran disgusto que experimenté

me impidió probar bocado, y sólo anhelaba beber porque tenía la boca ulcerada, consecuencia de la sangre coagulada en ella, producida por los golpes que recibí de los indígenas; pero no obstante, impulsada por los nervios, pude demostrar actividad y energía, yendo á pie delante de la viuda de Lette, atravesando ríos, sin auxilio de nadie, llegándome el agua hasta más arriba de la cintura, como si toda la vida hubiese estado acostumbrada á andar por el agua como los indígenas, y calzada con unos grandísimos zapatos de uno de ellos, que por compasión me dieron en el *camarín.*

Mi valentía y mi fuerza de voluntad nació del instintivo temor de que los indios abusaran de mi debilidad y después me despedazaran con los *bolos,* cosa que hubiesen hecho con gusto, sin que les remordiera la conciencia.

Por el camino encontré un indio que al verme con la cara blanca, levantó su resplandeciente *bolo* y dijo: — *¡Cortá aquel cabeza tuyo Castila!,* pero el *tao* que me conducía mostró la bandera blanca en señal de paz y me dejaron pasar sin llevar á efecto su terrible amenaza.

Uno de los *taos* que me acompañaba, quedó desconsolado por no haber podido redondearme la herida que me hicieron en el cuello, pues era de opinión, que estaría mucho mejor, separada de los hombros.

Pasamos por la playa de Santo Tomás, improvisado cementerio que guarda los restos del dulce compañero de mi vida, pero al llegar al pueblo de Santo Tomás, creímos asfixiarnos con las llamas, pues estaba incendiado por la tropa española.

Escuchamos angustiosos quejidos; gritos de terror, y vimos muebles y santos de madera, medio quemados por las calles, amontonados los unos encima de los otros, y preservándolos sus dueños de las inmensas llamas que de ambos lados de las calles salían de las casas, lamiendo el suelo y desvastando todo lo que á su alcance hallaba ese destructor elemento.

Tuvimos que atravesar un puente destruído, ayudados por los indios. Debajo cruzaba un río, y haciendo equilibrios sobre una de las carcomidas vigas que había quedado en su puesto, sin piso ni durmientes, y expuestas á cada instante á perder el equilibrio ó desvanecerse la vista, y caer al agua desde una altura de unos 25 metros, pero afortunadamente pasamos sin novedad, y nos salió al encuentro un destacamento de Cazadores, yendo á la cabeza de la fuerza el teniente Costosa.

Quisieron hacer fuego á los insurrectos filipinos, pero yo me opuse diciendo:

— ¡No se paga un beneficio con una traición; ellos nos devuelven la libertad, respetemos sus vidas; y dejemos la venganza á la justicia de Dios!

Amparadas por los Cazadores que nos parecieron ángeles de la tierra, llegamos á un convento y como si nuestras fuerzas se hibiesen agotado en aquellos momentos, no pudimos subir solas las escaleras. Sentada en una butaca me condujeron dos soldados, me dieron ropa seca, un par de calcetines y unos zapatos de fraile.

Me llevaron una taza de caldo y un par de huevos pasados por agua, pero mi estómago nada podía resistir y arrojaba todo lo que tomaba.

Mientras preparaban coches para que continuásemos nuestro viaje á San Fernando de la Unión, me acosté un rato en una cama del convento y Elena, una de las criadas de la viuda de Lette, que se ha quedado tonta, la pobrecilla, de resultas de la hecatombe que experimentamos, y de la cual formó parte activa, puso bálsamo en mis heridas, que aunque leves, me molestaban mucho, é impedía la del cuello que volviese la cabeza yo sola.

XX

Al siguiente día continuamos nuestro viaje á San Fernando de la Unión, la viuda de Lette, su hija Antonia, sus criadas y yo.

La tropa española nos escoltaba, pero jemás he experimentado tanto horror como entonces; cada vez que veía un grupo de indios en nuestro camino, temblaba de miedo, y me ponía sumamente nerviosa.

Llegamos por fin al pueblo y al entrar en la casa de la viuda de Lette, sus familiares y la gente del país que la esperaban, comenzaron á dar gritos salvajes de condolencia, y cuando llegó la Colonia española á darle el pésame, yo le supliqué que me sacara de allí y me llevaran donde hubiera caras europeas.

Enterados de mi reciente desgracia todos se interesaron por mí y procuraron consolarme en lo posible.

Las provisiones de boca se iban acabando, pues solo tomábamos un rancho de arroz, con muy poca carne y café claro.

Estábamos completamente sitiados en el Gobierno, pues al entrar los insurrectos en el pueblo, se parapetó el Capitán Ortega en dicho edificio con unos cien hombres, y el Capitán Herrera en el Convento, con menos fuerza aún.

En esta situación permanecimos unos cuatro meses, atacándonos todos los días, pero sin poder apoderarse de las dos fortalezas, hasta que por último nos declararon la guerra sin cuártel.

Los americanos se habían posesionado de Manila, después del "simulacro naval de Cavite", donde sucumbió impotente la escuadra española; los insurrectos tenían armas, municiones y víveres en gran abundancia, porque acababa de racionarlos la formidable escuadra americana, y hacían una guerra tenaz y desigual á aquel puñado de héroes que titánicamente se defendían tras las frágiles paredes de la Casa Gobierno.

Diariamente veíamos enterrar en el patio de la casa, quince ó veinte cadáveres, bajas que desde fuera nos hacían, y solo esperábamos que nos tocase nuestro turno, sin escuchar una protesta, pues las mujeres y los ancianos, en fin, todos, estaban dispuestos á morir, antes que capitular con el enemigo.

Los españoles se batían heróicamente, con un enemigo inmensamente mayor, y protegido por los americanos, tan protegido, que tenían cañones, dinamita y toda clase de armas de fuego.

FILIPINAS (ISLA DE LUZON)



Vista de Vigan

El Sr. Francisco Campos, se dirigió á casa de una mestiza española, que residía en San Fernando de la Unión, cuya señora era viuda de un Coronel, y le manifestó mi pretensión; á lo cual accedió y me ofreció su casa incondicionalmente.

Me despedí de la familia de Lette y me marché con mi generosa protectora; la que como he dicho, era mestiza española, de regular edad, de buena estatura y sumamente simpática; tenía tres hijos: un varón que era telegrafista en aquella localidad, y dos hembras una casada, que residía en España con su esposo y la más pequeña que vivía con ella en Filipinas.

Recibióme aquella familia con mucho cariño, cuando yo llegué herida y magullada, y Emilia, la hija de la viuda que en aquellos momentos me protegía me facilitó ropa suya, con muy buena voluntad.

Le referí á grandes rasgos lo que me había sucedido y tanto ella, como su mamá y su hermano, muy compadecidos de mi desgracia, me ofrecieron no abandonarme, y que harían por mí todo el bien posible.

Aquella noche se temía en el pueblo que entrasen en él los insurrectos, había un pánico atroz, y nos reconcentramos en la Casa de Gobierno, que era el mejor edificio de San Fernando de la Unión.

No ocurrió novedad, pero temiendo que llegasen de un momento á otro, todas las noches, íbamos á dormir al Gobierno.

Poco á poco fuí recuperando las fuerzas, pues

ni siquiera podía andar sola, y D. Francisco Campos, que estaba de Administrador allí, me decía:—No hay cuidado los insurrectos no entrarán en el pueblo, hasta que usted pueda correr.

Por las tardes, nos íbamos hasta la orilla de la playa, y al regresar, subía yo al tílburi del hijo del Médico de Nueva Ecija, que estaba en San Fernando.

Entre la Colonia española me hicieron una suscripción, y solo en el pueblo de San Fernando me recolectaron 351 pesos, de cuyo dinero, D....... B........, me dijo que le cambiase un billete de cincuenta pesos; le dí el cambio, pero ella no me entregó el billete, y el resto del dinero, quedó en poder de Campos, hasta la víspera de mi partida de San Fernando.

D....... B....... no quería cobrarme nada por la manutención y los cuidados, decía que lo hacía por caridad, y que estaba dispuesta á no abandonarme.—"Usted correrá la suerte de mis hijos, y no la dejaremos en su desgracia.

"Tengo un sobrino muy rico, procuraremos que él sea el padrino de la criatura que va usted á tener y como es casado y no tiene hijos, estoy segura que constituirá el porvenir de su ahijado.

Así las cosas, transcurrió el tiempo y cuando recuperé la salud y quise marcharme, me fué imposible, porque penetraron los insurrectos en el pueblo y lo incendieron.

Nos refugiamos en la Casa de Gobierno, y allí permanecimos sitiados por los filipinos, unos cuantos meses.

¡así pagaba los sacrificios de sus heróicos defensores!

¡Aquellas originales é inhumanitarias tumbas, no serán regadas por las lágrimas de una amantísima madre, ni visitadas por ningún sér querido, por ser ignoradas!

¡En cambio, las espumosas olas del gran oceano, cubrirán con su flujo y reflujo á aquellos abandonados cuerpos, y en noches tempestuosas, con sus chirridos bramidos, á la deslumbradora luz del rayo, arrastrarán los restos de seres queridos, para sepultarlos en el insondable fondo de sus aguas!

Dándonos la Naturaleza una prueba de ser más consecuente con sus hijos, que las naciones.

. . . .
. . . .
. . . .

El Administrador de Hacienda, Francisco Campos, me entregó el resto del dinero, bajo recibo, y recuperé los baules que dejamos en Dagupán.

Descansamos unos días, pero como Manuel Tiño quería continuar su campaña, tomando los pueblos que aún no tenían en su poder, determinó seguir la marcha, y D...... B........ en compañía de sus hijos y yo le seguimos, por salvar nuestras honras y nuestras vidas, pues aunque se decía que perdonaban vida y respetaban haciendas, en poder de los indígenas no había seguridad personal estando ausentes los jefes y teniendo ellos delirio por las blancas, pues hasta comen gatos blancos, creyendo que así sus hijos serán blancos.

XXI

La provincia de la Unión está situada al N. de Manila.

Sus límites son por el N. con la provincia de Ilocos Sur, por el E. las Comandancias de Lepanto y Banget, dependiente esta última de la Subdelegación de Hacienda de esta provincia; al S. la provincia de Pangasinan y al O. el mar de la China.

La cabecera es San Fernando de la Unión, teatro de nuestras desventuras, y hay que pasar por las provincias de Bulacán, Pampanga, Tarlac y Pangasinan.

Los temblores de tierra, "baguíos" (ciclones) y temporales, se dejan sentir muy poco, pues son escasas las oscilaciones barométricas. Sin embargo, no deja de producir molestias y horror.

En compañía del General en Jefe Manuel Tiño y sus gentes, nos pusimos en camino D...... B...... siempre cariñosa, con sus hijos y yo.

El viaje es molesto á pesar de hacerlo con comodidad, porque hay que atravesar muchos ríos, y estos se cruzan en balsas, que es una especie de estera tirada por hombres de color cobrizo, que van con el traje de la naturaleza, luciendo sus hercúleas formas y algunos suelen ponerse un lienzo á la cintura.

Son bastanae feos, pero nadan muy bien y guardan el equilibrio por el mar como si fueran por tierra.

También hay para cruzar los ríos "barotos", "barangay" y otras clases de barquichuelos, denominados con nombres del país.

Los ríos más principales son: el Majapón, el río grande de Cebugo; el de Lapo; el de Bantanay, el río Abra, procedente de la provincia del mismo nombre; pasa de aquella á esta por el sitio conocido por la Bocana, entre los montes llamados Gambang y Cusing; el río Casilagán; el de Santa María que es inmenso é imponenete, recuerdo que lo atravesamos en balsa, y á pesar de marchar serenos á la orilla, á mí me parecía que aquellos hombres iban á perder el equilibrio y nos íbamos á sumergir en el agua.

Después pasamos por los ríos conocidos por los nombres de Besang y Colrusing, el de Candon, que también es bastante grande y el gran río de Amburayán, que pasa del distrito de Lepanto, cuya provincia lo separa de la Unión.

En cada pueblo que pasábamos, nos dirigíamos á los Conventos, por ser los edificios mejor construídos; allí nos esperaban con la mesa puesta, nos obsequiaban, porque íbamos con Tiño, nos recibían con música y por las noches daban "bailujan" (bailes). Es decir, fiestas de confianza á las cuales me veía obligada por las circunstancias á asistir, después de la trágica muerte de mi marido esperando de un momento á otro dar á luz.

Nos detuvimos algunos días en Candón.

Allí estaba el Comandante Herrero, del ejército español, muy obsequiado, pues dicho pueblo le estaba agradecido por sus buenos servicios y le hicieron valiosos presentes.

Conocí á un indio que hablaba muy bien el castellano, llamado Leonardo Dario, era de los más ilustrados de Candón, por conducto suyo mandé á lavar un poco de ropa que me hacía gran falta para continuar siquiera limpia la expedición, y me hicieron una pequeña suscripción entre los naturales del país.

Leonardo Dario me ofreció la casa de su familia y como Manuel Tiño determinó continuar el viaje hacia Vigán, repentinamente, no quise dejar la ropa en Candón.

Recordé á D...... B.......... el billete de cincuenta pesos y me dijo que en Vigán me lo entregaría.

Quedeme, pues, en Candón, pero allí tuve la contrariedad de no entender el dialecto y pasé mil apuros para hacerme comprender.

Aquella gente sencilla y buena hacían cuantos esfuerzos podían por complacerme; todos los días procuraban para mí "sabá" y "cló" (plátanos y huevos) ; por las noches rezaban el rosario y al amanecer entonaban sus himnos de alabanza al Creador.

Sentía infinito no entender su dialecto y Leonardo me decía que á ellos les pasaba lo mismo y que deseaban que yo permaneciese con su familia hasta mi alumbramiento, para poder asistirme y facilitarme los cuidados necesarios.

Para los indios nuestras comidas son extraordinarias, pues están acostumbrados á la "morisqueta" ó "canen", que es arroz blanco sin manteca ni sal; pescan su provisión, que secan al sol, y aquel

pescado seco, sin jugo ni sabor, que llaman "tinapá", es su alimento preferido.

El café que se bebe en Filipinas es de muy buena calidad, allí se cosecha; el grano se tuesta en la misma casa; acabado de tostar se muele y se hace un café delicioso.

Anualmente se exportan enormes cantidades de café que producen las orillas de la gran laguna de Lanao. Los habitantes de dicha laguna son moros rebeldes que ningún trato sostienen con el Gobierno. El café que recolectan lo ceden á otros moros próximos á ellos, quienes á su vez lo van cambiando por telas y efectos á otros de su misma raza, hasta llegar á la bahía donde ya los chinos se apoderan de él, en cambio también de géneros, y cuidan de llevarlo á la cabecera para embarcarlo después con dirección á Manila.

No pude marcharme de Candón tan pronto como deseaba por las torrenciales lluvias; el río Santa, estaba crecido y no se podía pasar.

Mucho sintió aquella buena gente mi partida, pero anhelaba llegar á Vigán para recuperar los cincuenta pesos que tenía en su poder D.... B..... y aprovechando la oportunidad de ir á Vigán un sobrino de Tiño al frente de una columna me incorporé á ellos y en esa forma escoltada, salí de Candón.

No quiero describir detalladamente las contrariedades de la guerra, por no ser cansada; pero continuamos nuestra marcha, quedándonos á retaguardia cuando nos acercábamos á algún pueblo

que estaba en poder de las tropas españolas, y escuchando las detonaciones permenecíamos á distancia hasta que cesaban los tiros y se escuchaban los gritos de victoria.

Por fin, después de algunos malos ratos llegamos á Vigán, donde tuvimos la sorpresa de no entrar luchando, porque la Colonia Española al saber que se acercaban los insurrectos huyeron vergonzosamente.

Dicho comportamiento extrañó mucho á Tiño, que tomaba enérgicas precauciones, creyendo que tenía que habérselas con enemigo difícil de vencer.

Vigán es la cabecera de Ilocos Sur.

Esta bonita ciudad es un segundo Manila; tiene un gran taller de carrocería á una altura bastante considerable; invirtiendo por término medio, unos setenta y cinco operarios diariamente.

Dicho establecimiento construye carruajes de todas clases y precios, dando la expresada fabricación resultados satisfactorios.

Todos los pueblos de la provincia, tienen señalado un día de la semana para el mercado y en ellos la venta se reduce á legumbres, frutas del país, "camote" (moniato), cocos, azúcar, panochas, "palay" (arroz con la cáscara), tejidos de seda y de algodón, hechos en la provincia, objetos de cerámica, tejidos de China y diversas producciones agrícolas de la provincia.

Vigán produce para su consumo "bagén" (pescado seco), aceite y aguardiente de coco.

Las comunicaciones dejan bastante que desear, á pesar de ser las mejores del archipiélago en tiempo normal, pues en los cuatro siglos de dominación española, jamás el Gobierno se preocupó en construir carreteras, sino malos caminos vecinales, que costaban al Estado más que líneas férreas y que en el tiempo de las aguas se convertían en verdaderos pantanos, que únicamente en "carabao" se podían atravesar; y no hay que hablar en tiempo de guerra, pues ni la correspondencia se recibía y estábamos incomunicados con Manila. Sin ferrocarril para que nos condujera, ni barcos á nuestra disposición.

Los prisioneros de guerra no tenían derecho de salir de la provincia mientras durase aquella aflictiva situación.

XXII

Después que llegué á Vigán, procuré incorporarme á la familia que me protegió en San Fernando de la Unión, deseando recuperar los cincuenta pesos que tenía la señora en su poder para continuar mi viaje á Manila y una vez allí hacer gestiones para regresar á España.

Ella siguió como siempre, dándome plazos y más plazos, pero no me devolvió el dinero.

Tres veces pretendí escapar de Vigán, auxiliada por mi caritativa protectora, donde continuaba prisionera de los tagalos, pero con tan mala suerte, que

una vez se marchó el barco, donde pretendía escapar; otra me caí de un carretón y la tercera, me sorprendió un ciclón en el camino, y tuve que regresar á Vigán.

Como estaba próxima á dar á luz, y me parecía que iba á perder la vida, quise tomar mis precauciones, por si la criatura sobrevivía, y dirigiéndome á mi protectora la dije:

—De un momento á otro, espero la llegada al mundo del sér que llevo en las entrañas, y como he sufrido tanto durante mi prisión, mis fuerzas físicas y mi padecimientos morales pueden influir en mi pobre naturaleza y sucumbir, dejando de un todo huérfano al ángel que en tan triste circunstancias va á nacer.

No sé lo que ocurrirá; pero quiero prepararme, como creo que debe hacerlo el que teme que se acerca su última hora, en pleno conocimiento.

La mujer cuando se halla en este estado, tiene un pie en la sepultura y otro en la tierra, pues no se sabe cual será el resultado final.

En caso que yo muera y viva la criatura, ¿me dá Vd. su palabra de hacer mi postrera voluntad?

—No solo le doy mi palabra, sino que se lo juro, por mis hijos.

—Gracias, señora, creo en su juramento y en estos críticos momentos en que tan mal me siento, quiero abrirle mi corazón.

—Procure tranquilizarse y dígame lo que debo hacer.

—Pues bien: si ocurre un desenlace fatal y sobrevive el huérfano, se hará Vd. cargo de él, y cuando vaya á España, me hace el favor de entregárselo á la familia de mi difunto esposo, diciéndole: Estos son los restos de Alfonso y sus infortunados padres les envían este regalo, y les ruegan desde el otro mundo, que no lo abandonen jamás. Pero si Vd. vé que no reciben con cariño al niño, yo le ruego que no lo deje en Madrid, y que se haga cargo de él, pues para que tenga derecho á la criatura, será Vd. su madrina de bautizo, y esto le autorizará á velar siempre por el huérfano que viene al mundo.

—Avelina,—me respondió llorando—puede estar tranquila y confiar en mí; si la familia de su marido es indiferente á su inmensa desgracia, y hace caso omiso de las últimas palabras de Alfonso, que fueron recomendarles á ustedes, pocos momentos antes de morir, para que su familia velase por la viuda y por el huérfano, yo le repito: Aquí estamos nosotros, pues no tenemos tan malos sentimientos para abandonar al azar á una criatura desvalida, y si pan comen mis hijos, pan comerá el huerfanito, y todos le querremos como si fuera de nuestra familia.

Nos abrazamos y lloramos juntas.

Quedé tranquila en lo que cabe, pensando en que no sería tan negro el porvenir del inocente fruto de mi amor.

Auxiliada por ella, pretendí marchar á Manila; pero después del gasto hecho y de haber pasado las fatigas del mareo en un "barangay", especie de

bote pequeño, durante una noche, huyendo para no ser vistas y poder alcanzar el vapor que debía conducirnos á Manila, arrancó el barco antes de nuestra llegada y tuvimos que retroceder, pasando la noche en un bosque, temblando de miedo; nos refugiamos en un "vagay", (bohío) horrorizadas entre tantas caras extrañas, hasta que al siguiente día regresamos á Vigán.

En el trayecto de Pandán á Vigán, tuvimos que buscar un carretón para que nos condujeran, pues á pié era imposible ir, no solo por lo lejos, sino porque el camino era muy pedragoso é intransitable, á tal punto, que en uno de los baches me caí del carretón al suelo, sufriendo una porción de contusiones, que por fortuna fueron leves, llegando por fin á Vigán, sin que nadie notase nuestra ausencia.

XXIII

Algunos días después nos sorprendió un fuerte temporal; asustada pasé aquella memorable noche, en la que creí que el techo volaría y la casa se nos caía encima.

Es muy frecuente en aquel país en la "racha de los baguíos", como llaman allí á la temporada de los ciclones, acostarse en su "bajay" (casa), guarecido por el techo del mismo, y á media noche, presentarse un temporal de esos tan frecuentes y llevarse el tejado de la casa, que son de caña de bambú y de nipa, quedando sus moradores á la in-

temperie, ó arrancar en muchos casos el "bajay" de sus cimientos.

Estos acontecimientos influyeron en mi naturaleza y precipitaron mi alumbramiento.

Manifesté á mi compañera lo que me pasaba, y ella inmediatamente mandó á buscar al doctor Martin, que también estaba prisionero de los tagalos, y me asistió voluntariamente en tan críticos momentos, sin separarse de mi lado desde las siete de la mañana, hasta después de las nueve de la noche; pues fué un parto bastante laborioso y estuve á las puertas de la muerte.

A las nueve de là noche, dí á luz una niña, cosa que me parecía imposible después de tantos sufrimientos.

Apenas bañaron á la criatura, D...... B....... la acercó á mi lecho y me dijo:

—¡Es una niña; ahóguela Vd!

Esto lo decía, porque yo prefería un varón, y como he sido tan desgraciada, un día hablando con referencia á la mujer, exclamé:

—Si llego á tener una hija, la ahogo al nacer.

La llevaron á la sala para que todos la vieran, y la chiquilla con los ojos muy abiertos se fijaba en la luz sin extrañar el nuevo mundo que se abría para ella.

¡Qué tristeza besar por vez primera un hijo que no ha podido conocer á su padre!

Cuánto lloré; el doctor Martin procuraba consolarme, y recuerdo me animaba contando con la

buena acogida, que después de mi desgracia, tendría con la familia de Alfonso:

—La trágica muerte de su esposo es de las que jamás se olvidan, me decía, y las postreras recomendaciones de un ser querido, son sagradas. Si es cierto que amaban á su Alfonso, como á un hijo, ¿qué no harán venerando su memoria, por su viuda y este angelito huérfano de padre al nacer?

Eso será motivo de simpatía para ellos y se necesitaría tener un corazón de roca, para abandonarla en tan tristes circunstancias.

—¡Ay, doctor! He sufrido tantas decepciones de familia, que no me forjo ilusiones, y si se portan bien con nosotras, semejante generosidad me sorprenderá; Alfonso, participaba de las ideas de usted, y precisamente la vísepra de nuestra boda, hablamos de eso; pero yo desconfío y siento que llegue ese momento de prueba.

Todo entusiasmo es pasajero, verán en nosotras una carga y no querrán aceptarla por lo mismo que no tienen obligación, sino un deber moral que se estrellará ante la conveniencia material.

—No sea tan pesimista, lleva un ángel y ese ángel le abrirá las puertas de la tranquilidad que tanto necesita.

—Este recuerdo de mi querido Alfonso, me servirá de consuelo, y por él me sacrificaré siempre que sea necesario.

No son huérfanos los hijos que tienen madre, y si mi destino fatal continúa como hasta aquí, doctor, y la Providencia, como usted dice, me ayuda á

salir victoriosa de esta difícil situación y vuelvo á España si no encuentro la benévola acogida en la familia de Alfonso, que Vd. me pronostica y que será lo más probable, haré gestiones por regresar á Cuba, mi país natal, y allí haciendo caso omiso de los lazos de la sangre, porque sé por triste experiencia que estos aflojan en los más críticos momentos, cuando precisamente debieran de ser más fuertes; buscaré trabajo en el periodismo y tengo la evidencia, la convicción moral, que lo encontraré allí, y podré vivir de mi trabajo intelectual y sostener á mi inocente hija.

—De nada de eso tendrá usted necesidad, pobre mujer, porque las últimas palabras de un sér que ya no existe, son respetadas y sagradas; ¿sabe la familia de Alfonso lo ocurrido?

—Sí, doctor; todo se lo he escrito oportunamente, y le recomendé también el sér que venía al mundo, por temor de morir en los críticos instantes del alumbramiento.

—Muy bien hecho; pero no se atormente más con esas ideas; la desgracia crea simpatías, tendrán compasión de usted y no la abandonarán jamás, pues se necesitaría tener un corazón de fiera para exponer á ese angelito á las visicitudes de un porvenir incierto.

—No me forjo ilusiones, querido doctor.

—¡Bah! Es usted pesimista, pero como más de lo que usted ha sufrido, no puede sufrir, ya verá como no carecerá de hogar y del cariño de la familia, porque un ángel siempre se recibe con júbilo, y

más aún, un ángel tan interesante como el que usted llevará en brazos, esa monísima huerfanita que no conoció á su padre.

.. ..

.. ..

Animada por la esperanza y consolada con las benévolas frases del doctor Martín, á los diez días próximamente de haber dado á luz, hice mi tercera tentativa de marcharme á Vigán, protegida y acompañada de D...... B......... y de sus hijos; pero antes de ayudarme á escapar la "caritativa protectora", tuvo á bien recoger trescientos setenta pesos, que yo tenía en el fondo del baul, producto de la suscripción que me hicieron en San Fernando de la Unión, y la botonadura de oro y brillantes, que en el mismo baul conservaba, recuerdo del doctor Calderón, tío de Alfonso, el cual como ya he dicho, asistió á nuestra boda y le hizo ese regalo á mi difunto esposo en tan memorable día.

Al saber que D........ B......... tenía en su poder las prendas y el dinero, me hizo poca gracia, por lo mismo que no me había devuelto los cincuenta pesos que le dí en San Fernando, pero no creí que se quedaría con todo, sabiendo que me lo habían dado por caridad y habiéndose ella mostrado tan generosa y desinteresada, pues nada quiso cobrar á la Colonia Española que me protegió en San Fernando, y se hacía la ofendida cuando le hablaban de eso.

—Yo hago el bien, por el placer que al hacerlo me proporciona mi conciencia;—me decía.—Llegó

usted magullada y herida á mi casa; la asistí como una madre; mi hija le dió su ropa, y le lavó la suya teñida de sangre, sin interés de ningún género, por que es usted desgraciada, y nuestra acción generosa y hospitalaria no tendría mérito si lucráramos con usted.

Jamás espero la compensación cuando hago un bien; ya es usted de nuestra familia, y yo voy á hacer que regrese á España con un porvenir.

Tengo un sobrino que es muy querido en Macabeles, allí corre mucha plata, yo le hablaré, y en tomando él la iniciativa por indicación mía, ya verá usted, hija mía, como cambia su suerte.

Mi sobrino es rico, no tiene hijos, es bueno y generoso; lo podemos hacer padrino de la niña, y él asegurará el porvenir de su ahijada.

—Es usted mi Providencia, en todo y por todo, —dije bendiciendo á mi protectora.

....

....

Auxiliada por D......... B.......... y sus hijos, subí á un "quiles" (coche), con mi hija en brazos y en compañía de ellos, me dirigí á Pandán.

En un carretón detrás iba nuestro equipaje.

En Pandán nos refugiamos en casa de un indio pescador llamado Momoy, y allí permanecimos varios días, comiendo pescada fresco, camarones y lo que podía pescar en aquella playa.

Tomábamos vino de "nipa", que es un producto del país, pero malísimo; yo temía tomar agua encima de aquellas frugales comidas.

Allí nos sorprendió otro "baguío".

Dormíamos á estilo del país en "petate'" (una estera de palma), que es lo que constituye la cama de los indígenas, colocados sobre el suelo, y veíamos toda clase de insectos, paseándose tranquilamente de un lado á otro del "bajay", como Pedro por su casa.

Me pasaba toda la noche rezando, para que ningún bicho de aquellos picara á mi hijita.

Allí la pobrecita, envuelta en trapos, sobre mi regazo, descansaba y mamaba, pues tuve la suerte de poderla criar año y medio.

¡Por fin pasó un barco salvador! El vapor "Saturno"; D.......... B......... sacó pasaje de tercera para todos, pero al enterarse el Capitan de á bordo, D. José Bueno, de cuanto yo había pasado, y los pocos días que hacía de haber dado á luz, me cedió un camarote de primera, me pasó al departamento de preferencia, puso un camarero á mi disposición, me colmó de finas atenciones sin cobrarme nada extraordinario, y cuando salí del barco, á los tres días de navegación, me entregó cincuenta pesos y una docena de botellas de vino de Jerez.

De los conventos de Manila me mandaron canastilla para mi hija, y tanto recolecté, que llegué á reunir setenta camisitas para bebé.

El Casino Español de Manila me hizo una suscripción que llegó á la cantidad de doscientos cincuenta pesos, y todo fué á parar á D...... B...... hasta los últimos cincuenta pesos, pues en mi vida he visto explotar la desgracia más cínicamente, cu-

briéndose el rostro con el antifáz de la caridad, y si no hubiese sido por Tirso Camacho, un hombre de corazón que la Providencia puso en mi camino, habría regresado sin un céntimo á España.

Tirso Camacho, un abogado prestigioso que conocí en Manila, y que tenía antecedentes de D....... B......... fué el que en unión de Martínez Freyre, gestionó en Manila mis pagas de toca y se guardó aquel poco dinero, en obsequio mío, acción que agradeceré eternamente, pues á no ser por él, hubiese tenido que pedir una limosna al llegar á España.

—Avelina,—me dijo Camacho—á mí no me gusta guardar dinero ajeno, pero sé lo que á usted le pasa con D........ B......... y deseo salvar del alcance de su mano lo poco que le queda y que tanta falta le hará al llegar á Barcelona.

—Gracias, Camacho; se lo agradezco á usted con toda mi alma.

—Como nos embarcamos en el mismo vapor, y hacemos juntos la travesía, no le daré el dinero hasta rendir el viaje,

—Dios le pague Camacho, su noble comportamiento para conmigo.

—No hago más que cumplir con un deber, defendiendo á un sér indefenso como usted y tan vilmente explotado.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

XXIV

Llegamos á Manila después de haber estado cerca de un año prisionera, y fuimos á parar á la Ermita, en casa de la familia de Valmore.

La Ermita es el barrio más próximo á Manila por el Sur, pues lo separa solamente la muralla y el campo de la Sabana, donde la tropa hacía el ejercicio y que está contiguo al paseo de la Luneta.

Es uno de los barrios más poblados por su situación topográfica, pues se extiende á lo largo de la playa, y á su continuación se encuentra Malate, otro barrio muy habitado.

Sus casas son "bajays" de caña de bambú y "nipa", á excepción de algunas de tabla, y en ellas viven muchos europeos.

Desde allí, comuniqué á Pedro Martínez Freyre mi llegada, y el nacimiento de mi hija.

Fué á visitarme con su hijo Ramón, interesándose por mí en el Casino Español, y me dieron ciento cincuenta pesos; cobré por su conducto las dos pagas de toca que me correspondían por la muerte de Alfonso, y comencé á gestionar mi pasaje para España.

Mi cuñado Francisco Caos y Rebolledo, es marino y oficial de la trasatlántica, y llegó á Filipinas en aquellos días, con el vapor "León XIII", precisamente el barco en que yo hice mi viaje de Cuba á España.

Paco Caos pretendió llevarse los restos de su hermano á la Península, pero los únicos restos de Alfonso, éramos nosotras, pues lo enterraron de mala manera, y la tropa española prendió fuego á San-

to Tomás, despistando en absoluto el lugar donde estaba enterrado su cadáver.

Cuando mi cuñado fué á visitarme, le pregunté si quería ser el padrino de la hija de su hermano Alfonso, y me contestó que sí,pero que tenía que ser pronto, porque su barco salía á los pocos días.

Entonces le hablamos al Padre Fernando, de la Orden de Recoletos, el cual se prestó á bautizar la niña, y le pusimos los nombres de Alfonsa Milagros de la Providencia. La ceremonia se celebró en la Catedral de Manila, el dos de Enero de 1899, y fué su padrino su tío Paco y la mestiza española que explotó mi desgracia.

Pretendí marcharme en el "León XIII", acompañada de mi cuñado, pero me fué imposible, porque no me concedieron pasaje.

En la Ermita permanecimos hasta que amenazaron á la familia de Valmore con quemarles la casa, pues no había seguridad personal, por las venganzas de los americanos por un lado, y por otro, los antiguos rencores de los tagalos.

Los incendios en los arrabales de Manila son muy frecuentes y originales; los malvados, los seres de institutos perversos é incendiarios, como todo criminal, son cobardes, y careciendo del suficiente valor para arrostrar personalmente el peligro á que se expone un incendiario al ser descubierto, se valen de un "chongo" (mono), amarran á este doméstico animal, que allí abunda muchísimo, una mecha encendida al rabo y lo sueltan.

El mono por instinto, al estar en libertad, trepa á los lugares más altos que encuentra, y en los poblados se encaraman en los caballetes de los tejados de las casas, saltando de unos á otros.

Como la "nipa" que cubre los tejados, además de ser tan combustible como el guano, está muy reseca por el sol abrasador de aquel país, prende fuego al más ligero contacto de la mecha "incendiaria" de esos inofensivos mamíferos, que en muchas ocasiones mueren acribillados á balazos por la fuerza pública al ser descubiertos.

Con este original sistema de incendiar las casas, lo combustible que es el material que las componen, la escasez de agua y el no haber bomberos bien organizados, pues prestan ese servicio los Regimientos de Infantería, se quemaban frecuentemente barrios enteros, ofreciendo fantásticos panoramas esas conflagaciones de noche, pues á gran distancia se veían prolongadas hileras de candente fuego, dejando sin hogar y solo con lo puesto, á centenares de familias, pues allí es imposible localizar los fuegos.

Nos trasladamos á Manila, y ya en el interior de las murallas estábamos más seguras; Tirso Camacho interesado por mi desgracia, fué mi salvador, pues no solo hizo vivas gestiones en obsequio mío, sino que defendió el poco dinero que me quedaba.

XXV

¡Qué diferencia más notable entre mi viaje de Barcelona á Filipinas, con mi esposo, y mi viaje de regreso, viuda y con una niña que amamantaba!

Parecíame imposible volver á verme en alta mar, en camino de España, pues creía que en Filipinas perdería la existencia lo mismo que mi infortunado Alfonso.

¡Qué tristeza! Después de haber partido en plena luna de miel, feliz y enamorada, tornar sin el objeto amado, sin fortuna ni hogar!

¿Qué sería de nosotras? Estas ideas me preocupaban más de lo que yo hubiese querido, y así como á la ida me fijaba en todo y me parecía el viaje encantador, al regresar prefería la soledad del camarote, concentrarme en mí misma y estrechar en mis brazos el inocente fruto de mi amor.

Afortunadamente Tirso Camacho tornaba á España en el mismo vapor que yo, en el "Reina María Cristina", que es uno de los mejores de la trasatlántica, y durante la travesía me atendió mucho, pues á pesar de mis frecuentes viajes, siempre que estoy embarcada, voy bajo la influencia del mareo.

Traíamos un pasaje muy escogido y bondadoso; el Comandante Cabañas que viajaba con su esposa y su hijo, me facilitó á bordo un soldado llamado Vicente, para que durante el trayecto se hiciese cargo de mi pequeña, y gracias á él, tuve ese descanso en las terribles horas del mareo.

Vicente cuidaba mucho á mi nenita; le lavaba los pañales, se los mudaba con tierna solicitud, y la manejaba con tanta habilidad, como si fuese una mujer.

No quería admitirme ningún regalito, pero al llegar á Barcelona, le dí una buena propina.

Contrastes del soldado español, conforme al frente del enemigo, se bate horas y más horas sin tomar alimento, sin descanso y muchas veces casi desnudo, con enemigo formidable, asalta trincheras ó entra á la bayoneta sin que nada le arredre y con el furor de una fiera.

Así mismo, es amante y cariñoso con los hijos de sus Jefes y Oficiales, ó comparte su frugal y escasa ración con los pobres que pululan por las inmediaciones de los cuarteles ó campamentos, ó con perros que cuidan con la misma solicitud que si fueran seres humanos; el soldado ha de tener alguien en quien depositar su cariño, ya sea niño, mendigo ó perro, y que le distraiga de la ruda y despótica vida del cuartel.

Muchachos jóvenes, casi niños, los arrancan del cariñoso regazo de sus madres, donde están rodeados de solícitas atenciones y relativas comodidades, para someterlos de la noche á la mañana á la ruda é intransigente ordenanza, y á la absolutista subordinación, y esos corazones nobles y sanos, depositan sus afecciones en lo primero que hallan á su paso.

Cuestión de raza, nobleza de sangre.

Como mi ánimo no estaba para fijarme en ningún detalle interesante, brevemente terminaré la narración de mi regreso á España.

Llevamos un viaje tranquilo, todos los combarcanos compadecían mi desgracia y me distinguían.

Cuando pasamos por el canal de Suez, me hicieron una suscripción voluntariamente, y no tuvimos novedad á bordo, hasta que no llegamos al golfo de

León, que nos recibió como un verdadero León, pues por poco naufragamos.

Nos sorprendió un ciclón en alta mar; un fuerte balance me tiró de un banco con mi hija en brazos, y á no ser por unos marineros que estaban cerca de nosotras, hubiese sido nuestra tumba el mar.

Nos recojieron y encerraron en el camarote; hubo algunos heridos y contusos, pero ninguno muerto.

En mi camarote iba una joven recién casada, y en mis angustias le suplicaba de que en caso de que yo pereciese y se salvase mi hija, al llegar á España, me hiciese el favor de entregar á mi angelito á la familia del doctor Calderón.

Inés, que así se llamaba la joven, en aquellos críticos momentos me lo prometió solemnemente, y yo más tranquila, procuré resignarme con mi suerte.

Qué desconsolador es estar á merced de las olas y sin más amparo que la Providencia; sólo el que haya pasado por tan duro trance, puede comprenderlo.

Sentíanse ayes de dolor, ruidos que nos hacían estremecer, y tanto por los ventanillos como por debajo, entraba el agua, creyendo sumergirnos. Por fin cesó la tormenta, y aunque con algún retraso entramos en Barcelona.

La Cruz Roja prestó sus auxilios á los heridos, contusos y á los desgraciados, entre ellos yo, que con mi huerfanita, sin familia ni hogar no sabía qué determinar.

Me llevaron con ellos y comenzaron á procurarme hospedaje, pero yo recordé á la familia de don

Francisco Antrás que habitaba en la Ronda de San Pedro, y donde estuve de visita con Alfonso; les mandé á decir que regresaba de Filipinas, viuda y con una hija.

Inmediatamente me dijeron que en su casa me esperaban, y me dirigí con Alfonsita en brazos, en busca del calor de la amistad y los consuelos de la caridad.

La familia de Antrás es un matrimonio que á pesar de haberse casado un mártes, según los supersticiosos, día de mal agüero, continúan siendo muy felices.

Tienen varios hijos, todos muy bien educados y de muy buenos sentimientos.

Se disfruta en aquel dulce hogar, una tranquilidad envidiable.

Por las noches, todos reunidos al rededor de la mesa de comer, el anfitrión lee los periódicos, sus hijos estudian; sus niñas bordan y su esposa preside llena de satisfacción.

Enterados los deudos de mi Alfonso, por la familia de Antrás, de mi llegada á Barcelona, telegrafiaron diciendo que me esperaban en Madrid.

Leyome Frasquita, la hija mayor de Antrás, una carta, en la que la tía de Alfonso, le decía que deseaba mi regreso, compadecía mis sufrimientos y que Dios le daría fuerza para acabar de criar á la hija que le llevaba.

Aquellas frases consoladoras, fortalecieron mi espíritu abatido, mi futuro bienestar se lo debería

á la familia de Alfonso, que no solo habían sido unos padres para él y su hermano, sino que iban á ser para la viuda y la huérfana de su sobrino, una segunda Providencia.

Tendríamos hogar, calor de afecto y mi hija no sería huérfana, en la verdadera extensión de la palabra, porque como hija de Alfonso, de aquel mártir que tan desastrosamente murió en Filipinas, atenderían su postrera recomendación y no nos abandonarían jamás; pudiendo, pues, vivir con relativa tranquilidad, en medio de nuestra desgracia, y consagrar toda mi vida al cuidado de mi hija y á venerar el recuerdo de su padre.

La Cruz Roja me pagó el tren de Barcelona á Madrid, y siento infinito no haberme dejado guiar por esa humanitaria asociación, pues no hubiese molestado á la familia de Antrás; al llegar á Madrid debí haberme instalado en mi antigua domicilio de la calle de Fuencarral, al lado de Sofía Rodríguez, de quien tan buenos recuerdos conservo, y no hubiese recibido decepciones de la familia de mi difunto esposo, y tal vez, autorizada por mi ruidosa desgracia, hubiese obtenido otra audiencia de la Reina y de la Infanta Isabel, que tan bondadosas fueron conmigo á mi llegada de Cuba, siendo yo soltera, y al volver de Filipinas, viuda de un fiel servidor y con una hija, tengo la plena seguridad que hubiesen aliviado mi situación y asegurado el porvenir de mi hija Alfonso Milagros de la Providencia.

XXVI

Otra vez en Madrid, hallándome triste, evocando mil recuerdos, recorría con el pensamiento la historia de mi vida, y veía rasgada para siempre la página más bella de mi corazón, por la implacable dureza de mi fatal destino.

Con menos derecho que yo, otros hallan la felicidad en la tierra, y disfrutan de ella año tras año, pero ¡ ay !, siendo mi vida un puro sacrificio, habiendo sufrido mucho desde la infancia, sólo un paréntesis color de rosa hubo para mí y se obscureció para no despejarse jamás!

En la estación me esperaban el tío político de mi difunto esposo y mi cuñado Ramón; díjome el primero que su esposa no había ido con él, por no afectarse demasiado, pues había sentido mucho la pérdida de Alfonso, al cual quería como un hijo.

Llegamos á la casa; allí nos recibieron entre lágrimas de dolor y frases de satisfacción, por nuestra presencia en Madrid, al cual regresé el 19 de Marzo, día de San José.

Tenían á mi disposición una habitación pequeña, recién estucada y con luz eléctrica; en ella estaban los muebles de soltero del padre de mi hija, y sólo sentí que no me cediesen la habitación que él ocupó, por ser en la que yo había entrado á despojarme del traje nupcial el día de nuestras bodas.

Sorprendiéronme con una cunita dorada y negra, para mi hijita, adornada de blanco y azul.

Grandes esfuerzos tuve que hacer para contener mis lágrimas; ellas estaban próximas á nublar mi vista, con sólo volver á Madrid.

La apacible calma que se respiraba en aquel hogar, hallábase en armonía con el melancólico estado de mi espíritu.

Los objetos queridos que habían pertenecido á mi Alfonso, hubiese deseado conservarlos como una preciosa reliquia; todo me parecía sagrado y no me hubiese deshecho por mi gusto de algo que hubiese sido suyo, aunque fuese de poquísimo valor.

Contemplando su retrato me pasaba horas enteras, como si pudiese dar vida á la cartulina, y comunicarle mis impresiones.

Pasábame los días por los rincones, por no ver á nadie, y empleaba mi tiempo en llorar y rezar, pues hasta la hija de mi alma, con su majadería infantil, lejos de distraerme, me entristecía.

Por lo demás, estaba relativamente tranquila, la familia me distinguía y colmaba de finas atenciones; no tenía gastos, muy buena mesa, ropa limpia, y una criadita que cuando salía, llevaba mi hijita en brazos.

Como yo estaba criando, la tía de Alfonso todas las noches tenía la atención de poner á la cabecera de mi cama un vaso de leche, para que lo tomase á media noche, y durante el día, no descuidaba mis alimentos.

Por las tardes y algunas mañanas, me hacía salir á paseo con la niña y la criada, y á veces, nos remontábamos hasta la Moncloa, que es un paraje delicioso, á una legua de Madrid.

La Moncloa fué un lugar de recreo del Real patrimonio, parecido á la "Casa de Campo" y al "Pardo"; tiene magníficos jardines, tupidos y espesos bosques, lagunas, cascadas y parterres, y hoy pertenece al Municipio, pues en 1868 cuando el destronamiento de Isabel II, el 29 de Septiembre, se apoderó el pueblo de Madrid, de este inmenso parque, y de la parte reservada, que la familia Real tenía en el Retiro; á la restauración de la monarquía, Alfonso XII, cedió esos bienes de la Casa Real, al Ayuntamiento de Madrid, y por consiguiente á su pueblo.

La impresión de tristeza que experimenté, tanto en la Moncloa como en los demás paseos solitarios que frecuenté después de regresar á Madrid, sólo puede apreciarla el que se haya visto en un caso análogo.

El espectáculo de la naturaleza me causaba una sensación melancólica; involuntariamente recordaba mi pasado feliz, y se llenaban de lágrimas mis ojos.

¡Qué encantador hubiese sido para mí, todo aquello, al no regresar viuda!

Recordaba cuando estuve enferma, que por prescripción facultativa iba á tomar el sol y gracias á los cuidados de mi pobre Alfonso, poco á poco fuí restableciéndome, hasta recuperar la salud.

¡Qué diferencia! El estado de decaimiento moral me hacía vivir muriendo y obedeciendo como un autómata, el mecanismo de la vida.

Los tíos de mi difunto esposo, llevaban doce ó catorce años de casados, y para ellos no ha tenido menguantes la luna de su amor; pues á juzgar por lo que ví, en el corto tiempo que permanecí en aquel hogar feliz, allí imperaba la dicha conyugal.

No habían tenido hijos, pero como se amaban entrañablemente, no los echaban de menos, y estaban más expeditos para gozar de todos los placeres.

Pura, tiene un carácter violento, pero es muy hermosa, y su esposo por no darle un disgusto era capaz, hasta de cometer una injusticia.

La reina del hogar hacía y deshacía, él todo lo aprobaba en su ciega adoración, y permanecía neutral, hasta en los asuntos más trascendentales.

. . . .
. . . .

A los pocos días de haber regresado á Madrid, me dijo Pura: — Avelina, acabo de traer á mi mamá de Pinto; vaya á recibirla, déle un abrazo, y si le dice alguna cosa desagradable, sopórtela con paciencia, porque es abuela de Alfonso y la pobre anciana cree que usted ha tenido la culpa de la muerte de su nieto.

Ante tan tremenda injusticia ni siquiera protesté; el verdadero dolor es mudo y profundo como el mar, y aún me quedaba apurar el cáliz de la amargura.

Cuando nos dirigimos á comer, no me habló en la mesa y aquella noche al retirarme á mi habitación, lloré mucho; no pude dormir, y permanecí pensando en que mis sufrimientos no habían terminado.

En los días siguientes, se acrecentaron mis torturas, porque la abuela continuaba rechazando á mi hija, y no me dirigía la palabra.

Aquella situación en el estado de mi ánimo, era insostenible, pero la Providencia hizo que cambiara temporalmente, pues el día de su santo, le regalé un San José de cristal, y desde entonces fué más ama-

ble conmigo; pero mi situación en aquella casa era por demás violenta, y presentí que la tranquilidad mía estaba amenazada, presentimiento que se confirmó desgraciadamente.

XXVII

Como acontece siempre que regresamos de un largo viaje, y más aún, cuando éste lo hemos realizado después de una desgracia que por su intensidad ha llegado á ser del dominio público, tan pronto llegué á Madrid y se enteraron de mi residencia, las personas de mi amistad se apresuraron á visitarme para darme el pésame, cumpliendo como es natural, con ese deber de cortesía.

Estas visitas no fueron del agrado de la familia de mi difunto esposo, á quienes no les gustaron estos cumplidos que tanto se agradecen en su oportunidad, cuando estamos bajo la influencia de un gran dolor, y en esa difícil situación de ánimo me hallaba ¡triste de mí!, rodeada de personas extrañas que herían despiadadamente mi amor propio, y aumentando mis sufrimientos.

Si fuera á describir con todos sus detalles las escenas vulgares de carácter íntimo que se desarrollaron en casa de mis protectores, necesitaría llenar muchas cuartillas para narrar sencillamente los hechos todos, como pasaron en aquella época memorable, en que estaba sumida en la mayor aflicción, por la pérdida del sér querido, á quien debo la poca felicidad que experimenté en aquella tierra; pero no quiero

cansar al lector, tratando de asuntos que no tienen interés para él, y por lo tanto á grandes rasgos terminaré mi narración.

Hacía cerca de un mes que vivía con la familia de mi difunto esposo, cuando una tarde, sentí un fuerte dolor en el pecho, que me impedía respirar.

El matrimonio había salido de paseo como de costumbre, y yo muy asustada me dirigí á la cocina con mi hijita en brazos y le pregunté á la cocinera si ella sabía algún remedio que me quitase aquel dolor, y me respondió:

— Eso debe de ser un enfriamiento; póngase una bayeta caliente y verá como se alivia enseguida.

Así lo hice; fuí por la bayeta, la calenté y me la coloqué en el pecho; dí las gracias á Vicenta y le manifesté mi agradecimiento.

— Es necesario — me dijo Vicenta — que ponga usted de su parte y procure distraerse, pues nada va á remediar con entregarse á la tristeza y su vida le hace falta á esa huerfanita que tiene en los brazos.

Ya el señorito Alfonso no existe, y hay que resignarse en todo y por todo con la voluntad de Dios.

— Es verdad; — le respondí, — pero desde que me falta Alfonso, me parece que me falta todo, y nada me satisface.

Pura y Calderón lo querían como á un hijo, lo han sentido mucho; pero se consuelan naturalmente, con el verdadero cariño que experimentan el uno por el otro, pero yo, carezco de afecciones, y este angelito es tan pequeñita, que no puede prestarme los consuelos que necesito.



Avelina Correa y su hijita en Madrid, después de su prisión

¡Ay Vicenta, si viera usted cuánto sufro al presenciar la ventura ajena, cuando pienso en que perdí para siempre la felicidad!

Cada vez que veo un matrimonio, al parecer feliz, pienso en Alfonso, y se acentúa más mi desgracia y mí desesperación, al recordar el desastroso fin de mi marido, á los dos meses de casada, y me parece que me vuelvo loca.

En Madrid me hallo libre de mi cautiverio, pienso constantemente en él, y hago comparaciones del pasado y del presente, con las cuales me atormento á todas horas, y por eso le repito, que nada me satisface.

. . . .

. . . .

No hablamos más, salí de la cocina; dí de mamar á mi hijita y me quedé, como siempre triste, meditando.

Aquella noche cené mejor que otras veces, pues recuerdo que hizo Vicenta un pescado riquísimo en salsa verde, y aún no había terminado de comer, cuando me llamó Pura.

Corrí presurosa, creyendo que sería para hacerme algún obsequio, pues siempre me daba una copita de vino dulce, ó cualquiera otra cosa extraordinaria; y cual no sería mi sorpresa, cuando la tía de Alfonso me dijo:

—Avelina, no estoy conforme con su comportamiento; se pasa Vd. el día sin hablar con nadie, y cuando le parece, se vá á cuchichear á la cocina, á desacreditarnos con los criados.

—¡Señora!—le interrumpí.

—Lo sé todo; Vd. le ha dicho á Vicenta, que ni Calderón ni yo, le satisfacemos, por lo tanto busque Vd. una casa más alegre que la satisfaga.

Anonadada quedé al escuchar tan inmerecidas frases, y por más que protesté, y hasta juré por la sagrada memoria de Alfonso, no me creyeron.

—Será una mala interpretación de la criada;—me atreví á decir.

Entonces Pura llamó á Vicenta, interrogándole en mi presencia, y escuché lo que no esperaba, pues aquella malvada mujer exclamó:

—Señorita, si Vd. es mal agradecida y no sabe apreciar los favores que le han hecho en esta casa; yo no tengo la culpa.

Aquí siguió una escena violenta, que no merece la pena referir, me insultó la bella esposa del doctor Calderón, y aunque intervino la abuela de mi difunto esposo, y aquella noche no me marché de la casa, se me hizo la vida allí imposible.

Mamá Dolores, como le decía Alfonso, me defendió de los cargos que me hacían, y la pobre anciana me dijo quien era el verdadero culpable, me aconsejó la prudencia, que ella lo arreglaría todo, que me tranquilizara, que procurase dormir y que me pusiera un poco de aceite en el pecho, por si la niña quería mamar, que no le hiciera daño.

Cuando la abuela se marchó, lloré amargamente, pues me parecía que la Providencia me negaba sus favores y que para mí no había justicia ni en el cielo, ni en la tierra.

¡Qué iba á ser de mí! ¿A dónde iría con aquella criaturita de tres meses, que no conoció á su padre y á quien apenas podía valerle su pobre madre, pues ésta tenía que luchar sola en el mundo, sin recursos, sin parientes y sin amigos.

Verdad es que siempre he sido valiente para luchar en la adversidad, pero en aquella ocasión, me sentía cobarde, al verme con una hija tan pequeñita.

No quiero continuar contando vulgaridades, y es suficiente la suposición del lector que tenga corazón, para hacerse cargo de mi violenta y difícil situación.

Todo lo que yo hacía, lo criticaban, y la esposa de Calderón, me echaba en cara á cada momento el favor de haberme llevado á su casa, sólo por ser la viuda de Alfonso.

Vicenta, que fué la que contribuyó á tan violento desenlace, era una mujer de poca instrucción y corta inteligencia.

El pueblo bajo de Madrid, es uno de los más atrasados de España; constantemente vemos en las obras teatrales á esos originales tipos del pueblo de Madrid, que á veces ni hablar saben, y creemos que el autor se ha extralimitado en su crítica y ridiculiza sin piedad á esas pobres gentes; pero no es así, todos los que conocemos de cerca á ese pueblo y hemos estudiado sus costumbres y su modo de vivir, estamos plenamente convencidos de que los escritores del inagotable repertorio del teatro por horas, no exageran al representar en escena á esos pro-

totipos tan originales, que desgraciadamente abundan en Madrid, para baldón de su patria.

Madrid se divide en tres clases: la alta sociedad, en la que se encuentra la aristocracia, la banca, la política, las artes y las letras; la burocracia y el pueblo bajo; ese pueblo sin instrucción ni principios, ese pueblo tan original, pues un setenta por ciento, no sabe leer ni escribir, y como todo pueblo atrasado, es adulador y servil.

Vicenta estaba muy agradecida de las atenciones y favores, que la familia de Calderón dispensaban, tanto á ella como á su marido; yo era una intrusa en aquella casa; su escasa inteligencia le hizo interpretar completamente á la inversa la conversación que con ella tuve aquella tarde, y con esa transgiversión, halló una ocasión propicia para demostrar á sus amos, su zalamera fidelidad, dando esto origen á la violenta escena, que no quiero calificar.

. . . .

. . . .

Así cumplió la familia de Alfonso la postrera voluntad de aquel sobrino que tanto habían querido, abandonando en pleno Madrid á la viuda y á la huérfana del mártir, que sus últimas palabras y su postrer pensamiento, fueron para asegurar nuestro porvenir, al lado de los suyos.

XXVIII

Después de aquella decepción tan terrible que experimenté en Madrid, determiné regresar á Cuba,

pero antes quise arreglar ciertos asuntos y procurar los medios para mi viaje.

Necesitaba un poco de tiempo para comenzar mis gestiones y trasladé mi domicilio á casa de la familia de Almanza, que vivían en aquella época en la calle del Espíritu Santo.

Hay que hacerse cargo de lo que sufrí en Filipinas y en Madrid, para comprender el estado de mi alma, triturada por mis desgracias y por las injusticias de la familia de mi difunto esposo.

Necesitaba alguna compensación por lo mucho que había sufrido, y ésa me la deparó la Providencia, en las de Almanza, pues al poco tiempo de vivir con ellas, llegaron á tomarle tanto cariño á mi hijita, que cada vez que entrábamos ó salíamos de aquella casa era una verdadera ovación, la que le hacían, tanto la madre, como sus hijos, ya asomándose al balcón para verla marchar, ya esperando en la escalera su llegada.

Para una madre no existe nada más halagador, que el afecto sincero que demuestran por sus hijos y para una pobre viuda sin familia ni fortuna, aquello érame tan grato, que me inspiraba la más sincera gratitud.

Así las cosas, un día recibí una carta de la señora de Antrás, á la cual ya conocéis porque fué quien galantemente me hospedó en su casa, en Barcelona, cuando regresé de Filipinas.

Esta señora, era íntima amiga de la tía de Alfonso, y en la carta me aconsejaba que entregase mi hija á Pura, pues como ella con Calderón no ha-

bía tenido hijos, se volvería loca con tener como suya, á la huérfana de su sobrino; y que si yo la autorizaba, ella influiría para que recogiesen á la niña, y así quedar yo más libre para buscarme la vida, sin preocuparme por el angelito, ni exponerla á los riesgos del viaje.

Me indigné ante semejante proposición, y contesté á la señora de Antrás, que jamás me separaría de mi hija, que lejos de estorbarme, era mi único consuelo, y que con ella correría mi buena ó mala suerte; pareciéndome absurdo que una mujer que era madre, me hiciera semejante proposición sabiendo que no tenía en el mundo más que aquel recuerdo de mi inolvidable Alfonso; mi compañerita de amarguras y mi único consuelo en la tierra.

Que comprendía las ventajas de una posición desahogada y la estrechez que de momento le aguardaba á mi lado, pero que no estaba dispuesta á realizar tan tremendo sacrificio, que confiaba en la Providencia Divina, y quizás su padre desde ese mundo invisible, desde ese más allá, velaría por su hijita, y le facilitaría los medios para educarla y tenerla lo mismo que si hubiese estado á su lado.

. . . .

. . . .

. . . .

Algunos días después, ví por casualidad en la calle á Pedro Martínez Freyre y me acompañó hasta mi casa.

Díjome que él también venía para Cuba, y que yo debía dejarle mi hija á Calderón y á Pura.

Me indigné nuevamente, y dije á Pedro, que en la Inclusa había muchos angelitos huérfanos de padre y madre, á los cuales tan caritativos señores, harían un gran favor; pero no á mi hija, porque no son huérfanos los hijos que tienen madre.

—Por otra parte, el indigno comportamiento de Pura, hace que no vaya la hija, donde no cabe la madre, y en el caso de que yo muera, la Providencia Divina, no abandona á sus criaturas.

—En el mundo hay muchas sorpresas, y solo Dios sabe cual será el porvenir de esta niña cuyo nombre es sugestivo, como inspirado por el Sér Supremo: Alfonsa Milagros de la Providencia se llama, y confío en que su padre desde el cielo, y esa milagrosa Providencia que evoco, haga por ella, y en lo futuro sea tan feliz como su pobre madre ha sido desgraciada.

—Es verdad,—me respondió—los decretos Divinos son impenetrables.

Seguimos conversando de cosas indiferentes y nos despedimos para Cuba.

XXIX

Vivir siempre sufriendo, sin experimentar un momento de placer en el alma, que destila amargura sin cesar, no es vivir, es vegetar en la indiferencia más absoluta.

Como estaba agobiada por mis penas, tenía que hacer un esfuerzo sobre mí misma, en obsequio de mi hijita y tratar de distraerme.

Para ese efecto, todas las tardes iba con mi hija y una niñera, á la plaza de Oriente, que es en la que se levanta magestuoso el alcázar de los Reyes, edificio considerado como una de las primeras maravillas del mundo.

¡Cuántas riquezas encierran aquellas paredes! sólo me concretaré á decir que tiene aquel inmenso edificio siete mil habitaciones, en los dos pisos subterráneos y los que se elevan sobre el nivel del terreno, contándose desde el salón del Trono, que es maravilloso, el de Sabatini, el de los Espejos y otros muchos, hasta el último cuarto de servicio.

La guardia interior de Palacio la monta una sección del Real Cuerpo de Alabarderos, que son hombres escogidos por su físico é historial militar, entre los sargentos del ejército, que en Alabarderos son soldados; el comandante de este batallón ha de ser teniente general, y á ese tenor los demás jefes y oficiales, y guardan las puertas y escaleras de las habitaciones de la Real familia.

La parte exterior es custodiada por un batallón de Infantería con bandera y música, una sección de Caballería y dos baterías de Artillería rodada de la guarnición de Madrid.

Palacio está rodeado de grandes garitas de piedra de sillería para cobijar á los centinelas, *en los casos de crecida lluvia ó nieve, ó que el rigor del calor persuada al gobernador ó comandante á permitirlo en las horas que señalare, debiendo tener siempre abiertas las ventanas de las garitas.*

Dos de éstas son muy temidas por la guarnición de Madrid; la garita del *Diablo*, y la *Punta de Dia-*

mante, que están en los dos ángulos de la parte Norte de Palacio.

Durante la crudeza del invierno se tienen que relevar sus centinelas cada diez minutos, en vez de las dos horas que marca la Ordenanza, porque no hay ser humano que resista un cuarto de hora sin morir helado. Algunos han muerto en esas garitas, por descuido ó negligencia de los cabos de guardia.

. . . .

. . . .

. . . .

Procuré ver á la Reina y á la Infanta Isabel, pero no tuve esa suerte, á pesar del esfuerzo que por conseguirlo hice esta vez.

Tres instancias le dirigí á S. M. la Reina; todo fué en vano, como si una mano oculta se empeñase que no lograse mi objeto.

La última instancia pretendí entregársela personalmente, y para ese efecto me dirigí un sábado á la iglesia del Buen Suceso, donde acostumbran á ir ese día de la semana, según antigua tradición, á rezar una salve, la familia Real.

Cuando el coche regio se aproximó, procuré abrirme paso entre la multitud, y con mi hijita en brazos me adelanté para poner en manos de S. M. la instancia, exponiéndome á ser arrollada por los caballos, y dos guardias de Orden Público me sujetaron é impidieron que entregase el pliego de papel que enrollado llevaba en la mano, creyendo sin duda que iba á atentar contra la vida de S. M. la Reina.

Aquellos dos energúmenos me arrebataron la instancia, me atropellaron y salí de allí llorando.

Permanecí en Madrid nueve meses más, despues de haberme separado de la familia de Calderón, y como mi permanencia allí no tenía objeto, arreglé mi modesta viudedad, que me fué concedida por R. O., y por conducto de la viuda de Larduy, hablé al señor Arazzó y al señor Bahamonde, director, entonces, de Clases Pasivas, y compadecidos de mi desgracia, me adelantaron las pagas atrasadas para que yo pudiese embarcarme para Cuba y aprovechar el medio pasaje gratis, que me había concedido el marqués de Comillas y que sólo podía servirme hasta el mes de Diciembre de aquel año.

Recibí una letra de doscientos pesos, saldo de una deuda que con mi primer esposo había contraído Salvador de Casaus y Leceta, coronel de Infantería de Marina, tío político de Alfonso, por la compra de la parte que le correspondía en la casa que poseían en San Fernando, los hermanos Alfonso y Paco Caos.

En dicha casa había vivido mi irreprochable Alfonso, y con objeto de conocerla y de forjarme una idea del lugar donde nació, quise regresar por Cádiz para de allí ir á San Fernando y realizar mis deseos.

Mucho más fácil y menos costoso hubiese sido hacer el viaje por Coruña ó Santander, pero no quise desistir de mi firme propósito, y conocer la hermosa Andalucía, que es la tierra del arte.

A pesar de los tristes recuerdos que llevaba de Madrid, abandoné la villa y corte con pena; pues me parecía que dejaba algo allí; ¡pobre de mí! era sólo el recuerdo de los días felices que con mi Alfonso pasé, cuando sólo soñaba en ser su esposa y consagrarle mi existencia.

Hice pues, mi viaje desde Madrid á Cádiz, con mi pequeñita, que apenas tenía un año; al aproximarme á Cádiz, inconsciente, me fijaba en las bellezas del paisaje.

Altos minaretes, góticas torres, alicatados frisos, cúpulas muzárabes, columnas artísticas y tantas bellezas arquitectónicas, imposibles de describir.

A grandes rasgos me he propuesto hacer este ligero bosquejo histórico, y no quiero ser difusa, ni causar la atención de mis amables lectores.

XXX

Cádiz es una ciudad muy encantadora, á pesar de ser sus largas calles muy estrechas; es conocida por la *Tacita de plata.*

Desde la bahía, que es grandísima, se ven sus casas blancas como el alabastro, con sus miradores de cristal transparente, sus balcones con tiestos de flores, dando á la tierra de ''María Santísima'' cierto aire de festividad y alegría.

Tal parece que se eleva en medio de las aguas aquella *tacita de plata,* para ofrecer hospitalario albergue á los navegantes, que rendidos de fatigas y privaciones llegan á sus pintorescas playas.

Está rodeada por una histórica muralla construída por los árabes, y muy bien conservada, y se comunica por una lengua de tierra con La Línea, que es la divisoria de España y Gibraltar.

Su comercio es rico por el gran tráfico de su puerto, y el contrabando que pasa por La Línea, á

pesar de la gran vigilancia de los Carabineros; pero son tan sagaces sus habitantes y la falta de campos de labranza y medios de ganarse el sustento, les han aguzado de tal manera el entendimiento, para dedicarse al *matute,* ó contrabando, que hasta poseen perros contrabandistas.

Yo creo que es la ciudad que tiene más perros, pues en cada casa hay siete ú ocho.

Estos inteligentes y nobles animales están perfectamente amaestrados; salen por la mañana de Cádiz, unos con sus dueños y otros solos; cruzan La Línea y penetran en la plaza de Gibraltar.

Allí les colocan en el lomo un aparato perfectamente adherido á su cuerpo, y en cuyo interior va encerrado el género del contrabando, ya sea tabaco, que es lo más general, ó relojes, ó tejidos de seda ó cualquier otra mercancía, y una vez cargado este fiel animal, sale huyendo como alma que lleva el diablo, en dirección á la casa de su amo.

Al llegar á La Línea, que es una verdadera trocha, y de noche está perfectamente iluminada, se acuestan á distancia competente, para orientarse y esquivar la presencia de los Carabineros.

Cuando están seguros que sus encarnizados enemigos no los ven, emprenden otra vez su veloz carrera hasta llegar á su casa, donde las mujeres se encargan de descargarlos de su lucrativa carga, (pues hay perro que lleva hasta un quintal), y darles de comer.

Pero al fin son animales, y muchas veces su perspicacia sale fallida, y al verlos algún carabinero, se lían á tiro limpio con ellos; al oir el primer disparo se acuestan y van arrastrándose entre las yerbas y

maleza del campo, con gran precaución, para despistar á sus perseguidores.

Cádiz, como todo país sin agricultura, es pobre, y se vive muy barato; tiene muchas costumbres cubanas; hay establecimientos que sólo se dedican á vender pescado frito con aceite, y por un medio, dan una gran cantidad de este artículo.

A estas clases de establecimientos van todas las clases sociales, á comer la famosa *pescadilla,* y tomar la exquisita manzanilla de Sanlúcar.

Es célebre también, por sus famosas Cortes de 1815, las primeras que se constituyeron en España.

El carácter de las andaluzas es sencillo y franco como el nuestro; son por regla general muy hermosas, conservan el tipo de la mujer árabe, pues es donde más tiempo dominaron los moros; tienen ojos grandes, negros y expresivos, esbeltos y flexibles talles, pies diminutos y una gracia especial al caminar.

Cádiz ha dado á su patria grandes hombres, entre ellos el inmortal Emilio Castelar.

. . . .
. . . .
. . . .

Permanecí allí unos días esperando la salida del vapor "Ciudad de Cádiz" que había de conducirme á mi país.

Me hospedé en casa de una familia muy amable, y nada me costó el pupilaje, porque Salvador de Casaus y Leceta, no consintió que abonase los gastos originados por nosotras, en recuerdo de su sobrino Alfonso, cuya temprana muerte, le ocasionó verdadero sentimiento.

Fuí á San Fernando por conocer la casa donde había nacido Alfonso.

Había en dicha morada un gran establecimiento de calzado, pero fué tan amable la dueña de la casa, que dejó satisfacer mi deseo.

Algunas lágrimas derramé en San Fernando, y la familia también, recordando á un hijo joven y guapo como Alfonso, que perdieron en un naufragio.

Salvador de Casaus fué mi cicerone en San Fernando y Cádiz, me acompañó á hacer algunas compras, no consintiendo que yo las abonase.

Me acompañó hasta á bordo y me recomendó eficazmente.

El vapor "Ciudad de Cádiz" es uno de los barcos más bailarines de la Compañía Trasatlántica.

La cabeza más firme se marea con su constante movimiento, y unido á esto, tuvimos un poco de mal tiempo al atravesar las Islas Azores, donde fuimos acometidos por fuertes lluvias y un viento tempestuoso.

La mayoría de los días los pasé en el camarote, donde gracias á los cuidados de mis compañeras de camarote, que me hacían tomar algún alimento, y me cuidaban la niña, mientras yo estaba bajo la influencia del mareo, no lo pasé peor.

¡Qué lucha tan desigual es la del hombre, con los elementos! ¡Cómo se manifiesta nuestra pequeñez, ante tanta grandeza!

Al viajar nos exponemos á todos los peligros, y la vida á bordo llega á ser cansada y fastidiosa, aunque viajemos con los objetos de nuestro cariño.

¡Qué diferencia más notable entre el viaje á Filipinas con mi esposo, en los primeros días de mi matrimonio, y el que hacía de regreso á Cuba, viuda y con una hija pequeñita!

Cuántas tristes reflexiones á solas concebía, y qué amargura más indescriptible se apoderaba de mi alma, á pesar de que tenía unos combarcanos muy amables, y de quienes fuí objeto de las más delicadas atenciones.

En el "Ciudad de Cádiz" venían para Cuba Justiniano García Delgado y su bella esposa Lolita Bravo, celebrada pianista cubana.

Pasamos la Noche Buena á bordo y nos obsequiaron con una cena extraordinaria. Supe que hubo baile en el salón, y que éste duró hasta muy tarde, pero yo no estaba para fiestas; me acosté temprano con mi hijita, y reflexionando sobre los trágicos acontecimientos de mi vida, me quedé profundamente dormida.

. . . .

El día 31 de Diciembre de 1899, llegamos á la Habana por la noche.

¡Qué alegría experimenté, cuando divisé la farola del Morro, después de algunos años de estar ausente de mi país!

Para comprender este sentimiento de amor patrio, basta con estar ausente varios años del hogar donde nacimos.

Parecióme que mi tierra me acariciaba, y que ayudada por mis parientes y compatriotas, iba á encontrar en mi Cuba, la tranquilidad que me faltaba; ¡terribles sarcasmos del destino, porque ¡ay! nuevos

desengaños me aguardaban, y de carácter íntimo, que son los que más daño nos hacen!

El corazón humano es un órgano tan sumamente delicado, que presiente muchas veces sus desgracias, pero siempre sorprenden su exquisita sensibilidad, las noticias desagradables que recibe.

En las amargas realidades de la vida, nos convencemos del egoismo personal; por el cual se pisotean, hasta los más puros sentimientos.

A los pocos días de llegar á la Habana, me encontré sin los pocos recursos que traje de España, y con el corazón triturado por las nuevas decepciones que había recibido.

Sorprendida mi buena fe, teniendo que contar con lo eventual para poder vivir y en plena desilusión, teniendo por compañero el dolor de las heridas recientes, originado por mi inexperiencia en todo y para todo.

Tenía que dominar mis sentimientos, y continuar bajo la influencia de las circunstancias; sin afectos y sin dinero, porque desde el 11 de Mayo del 98, parece que estaba decretado que había de perder todos los recursos que vinieran á mis manos, y toda esperanza de felicidad en la tierra.

Me encontré como extranjera en mi propio país, teniendo que buscar trabajo para poder vivir, y siendo inútiles mis esfuerzos, pues tal parecía que el cielo y la tierra se conjuraban contra mí, y que sólo la indiferencia de los míos y las inconsecuencias de los extraños, era el premio de mis martirios.

XXXI

¡Qué transformación hallé en mi país!

Nuestras mujeres gozando de omnímoda libertad, paseando en bicicletas por las calles de la Habana.

Los americanos interviniendo en todo; los cubanos luchando aún por la independencia tan anhelada, y otros cobijados con la bandera de los Estados Unidos, viviendo bajo la sombre de la intervención.

Que desencanto sufrimos los cubanos que veníamos á bordo, al divisar desde alta mar, en el Morro, la sustitución de una bandera extranjera, por otra bandera también "extranjera".

Nosotros no estábamos en pormenores y veníamos ilusionados creyendo ver nuestro vistoso emblema flotando sobre las fortalezas regadas con tanta sangre cubana; pero desgraciadamente no fué así; ¡ah! y decepción mayor recibimos al estar en tierra y enterarnos que los treinta años de encarnizada lucha, habían sido estériles, pues nada habíamos ganado con el cambio.

Céspedes, Agramonte, Martí, Maceo y tantos otros mártires de la libertad y la independencia cubana, que han empapado con su preciosa sangre nuestros campos para conseguir el ideal de este pueblo noble y generoso, sólo habían dejado á su desventurada patria, después de tantos sacrificios, una situación anómala y peligrosa!

A los dos años y medio de intervención y sin haber cumplido nuestros protectores, el sagrado com-

promiso contraído en París, surge la "Enmienda", la cual es rechazada con entereza y civismo por los verdaderos patriotas de la Convención Constituyente; pero los clamores en defensa de la mutilada patria, no encuentran eco, entre sus compañeros y son vencidos en minoría, y la "Enmienda" fué ley.

Entonces todos creímos que hubieran surgido mil enmiendas y mil leyes, y que el protocolo del tratado de París sería roído por el "comején yanke" en el Capitolio, y Cuba, nuestra querida Cuba permanecería sin reconstrucción y sin vida propia, y humeante en sus campos las cenizas del devastador incendio; hasta que las víctimas de nuestras dos gloriosas guerras, demandasen justicia al Todo Poderoso y la intervención "Divina" sustituyese á la intervención humana.

Nuestro viejo caudillo, aquel venerable anciano á quien tanto debemos los cubanos, el victorioso General Máximo Gómez, dijo en aquellos días de incertidumbre, al delegado filipino que nos visitó, de paso para los Estados Unidos, que "creía que la " venturosa independencia arribaría antes á las " playas del archipiélago filipino, que á las playas " de Cuba."

Y no era porque los hijos de la Oceanía sean más inteligentes é instruídos que los de Cuba, no por Dios; ahí está la imparcial historia, aún hoy después de haberse separado Cuba de España, existen infinidad de cubanos de esclarecido talento, que figuran en la política, en la literatura, en las cien-

cias, en las artes y en el ejército de España, y en cambio, filipinos ninguno.

Filipinas fué vendida por veinte millones de pesos á los Estados Unidos; Cuba fué abandonada para que nuestros protectores le organizaran un gobierno propio, y para sellar ese contrato ó pacto, se labró el tratado de París.

Todos hemos desconfiado desde el principio, de la eficacia de ese tratado, hasta que llegó el 20 de Mayo de 1902, y nos convencimos una vez más de la nobleza del pueblo americano, al cumplir su formal promesa.

. . . .

. . . .

. . . .

El 20 de Mayo de 1902 será fecha memorable, que jamás se borrará del corazón de los cubanos, porque después de treinta años de pertinaz y desigual lucha, han visto por fin realizado el ideal de dos generaciones.

La razón y la justicia habían triunfado, la estrella solitaria de nuestra bandera, la hemos visto brillar en el histórico Morro, como símbolo de dominio absoluto, y fué proclamada la independencia de Cuba en el mes de Mayo, lo mismo que en la América del Sur; en la Argentina, Uruguay, Paraguay y Chile, que también se proclamaron independientes en Mayo.

En Madrid se celebra mucho el 2 de Mayo, por la derrota del gran Napoleón en 1808, y noventa y cuatro años después vemos por fin nosotros coro-

nados de éxito los martirios de nuestros gloriosos libertadores.

Y ya que de libertadores hablo, no quiero pasar por alto un glorioso nombre de las libertades de América, el del General San Martin.

San Martin! ¡invicto General Argentino! cuyo nombre veneran los americanos del Sur, el cual con su reconocido valor y heroismo, derrotó al ejército español, que en honrosa retirada se batió desde las llanuras de la hoy República del Uruguay, hasta la encrespada cordillera de los Andes, en Chile, donde en Santiago y en Valparaíso se embarcó para España, cuando los Vi-Reyes de aquellas colonias españolas esperaban los refuerzos que el Rey de las Españas les anunció llevaba el General Riego.

Pero éste, antes de ser infiel á sus ideas liberales, bajo un pretexto fútil, regresó á Cádiz, dando tiempo á que se proclamasen independientes aquellos extensos territorios.

Cronistas militares de gran reputación, consideran más estratégico el paso de los Andes por el General San Martin con el ejército libertador argentino, que el paso de Napoleón en los Alpes. San Martin citó fechas fijas y fueron exactas sus citas, y Napoleón no fijó tiempo.

. . . .
. . . .
. . . .

La prueba de que la libertad es el ideal del sér humano, la tenemos en que desde la infancia queremos ser libres, no depender de nuestros padres y

maestros; en nuestra juventud es un continuo afán, y éste no se desvanece en nuestras almas, hasta que el corazón gastado por la influencia de los años y de los desengños se acobarda.

Cuán dulce es no depender de nadie, y deber nuestro bienestar á nuestros propios esfuerzos, y cuán triste es la imposición social, que destruye nuestras aspiraciones y nuestras aptitudes.

La tiranía y la opresión, es el retroceso de las naciones civilizadas; la filosofía y la libertad, es la vida de los pueblos y la salvación del espíritu humano, que razona y busca el modo de no destruir la emancipación intelectual, que es el origen de las revoluciones.

Nosotros también podemos felicitarnos, porque el 20 de Mayo, día de fiesta nacional, hemos visto engalanadas todas las calles y todos los hogares, sin distinción de raza, ni nacionalidad, y el pueblo de la Habana ha dado evidentes pruebas de su cultura, no desluciendo dichas fiestas con protestas inconvenientes, pues hasta los intransigentes han celebrado con arcos, iluminaciones y banderas tricolor, la fiesta que en honor de la República se hacía.

Para que prevalezcan esos fraternales lazos de unión y concordia, es necesario que se impongan los fueros de la sana razón en pos de un fin común, y que todos sin distinción de sexo ni edad, defendamos esa bandera, que por defenderla, murieron nuestros mártires de la revolución, empero si no realizaron el triunfo personal, nos legaron sus ideas, y todos iban de acuerdo con esa teoría, semilla fecun-

da que tan propagada ha sido en nuestra tierra de bendición.

Para mantener la entrañable unión, para que nuestra bandera no descienda jamás de los mastiles de nuestras fortalezas, para implantarnos otra, símbolo del dominio extranjero, es necesario que se pospongan las ambiciones personales, ante la conservación de la patria, puesta en peligro en Agosto de 1906, y que milagrosamente la hemos salvado con una segunda intervención, pero que no sucederá así, si por culpa de nuestros odios, de nuestros rencores, y sobre todo, por nuestras ambiciones personales, tienen que volver nuestros protectores á intervenir en nuestro régimen interior.

Teníamos libertad y patria propia y no la supimos conservar; tengamos, pues, ahora cordura suficiente para no preparar nuevas guerras y sembrar el odio y el rencor en nuestro pueblo; unamos nuestros esfuerzos, que nuestra misión sea de paz, para que veamos á nuestra patria feliz y floreciente, como la vimos en el primer año de la implantación de la República.

No juguemos con el fuego, que el fuego acaba por abrasar, al que con él juega.

EPILOGO

Aquellos que han tenido la paciencia de leer mis impresiones íntimas, desde que salí de Cuba, mi tierra natal, hasta que regresé á ella, después de algunos años de ausencia; en los cuales estuve en España y Filipinas, dirán si he sido imparcial, pues he relatado los hechos sencillamente, dejando los comentarios para el inteligente y discreto lector.

Al hablar de España, Cuba y Filipinas, mi espíritu justiciero no se ha detenido á juzgar, sino á narrar sencillamente los hechos, y á emitir mis ideas según mi criterio.

Para no ser difusa en una obrita que no es de general interés, he procurado ser breve en mi relato, y me he extendido en descripciones de los países que he recorrido, diciendo el concepto que de ellos he formado; pues ningún estudio da más provechosas enseñanzas que el que hacemos por necesidad, en las titánicas luchas por la existencia.

Como escribo para mi hija, antes de finalizar estas páginas, voy á hacerle algunas observaciones, pues aunque es muy pequeñita, ya crecerá, y en la edad de la razón, desearía que se identificara con mi modo de sentir y de pensar.

Fíjate, Alfonsa mía, en los sinceros consejos de tu pobre madre.

Sé humilde como fué Jesucristo con sus tiranos opresores; que Dios te ayudará. Si encuentras en tu

camino, en ese montón anónimo que forma la colectividad universal, de esos seres vanidosos que se creen que valen mucho, y sólo les gusta figurar, usurpando los puestos ajenos, valiéndose de la preponderancia de su desahogada posición, déjalos pasar y no te preocupes por ello.

Los espíritus ensoberbecidos, llevan sobre sus ojos, la venda del orgullo, pero no pueden adquirir gran elevación, porque son falsos los honores que se les tributa, y los ídolos de barro, se caen por su propio peso.

Como el porvenir es inesperado y está sujeto á los incesantes cambios de la existencia, si te ves algún día halagada por la prosperidad, no por eso desprecies á los deheredados de la fortuna; al contrario, dale la mano al caído, para que no descienda al abismo de la perdición; si por el contrario, te reserva el destino una suerte adversa como la mía, confórmate con ella, y cuando no puedas tomar una determinación y poner coto á los abusos, que por tu modesta posición quieran cometer contigo, acepta esas pequeñeces humanas con resignación cristiana, pues detrás de las injusticias de los hombres, está la Providencia velando por sus criaturas.

Procura imitar el ejemplo de tu pobre madre, que tan combatida ha sido, en su trágica vida; y aunque pases inadvertida por el mundo, procura llevar un traje de percal, ganado con tu honroso trabajo, antes que vestir de seda y usar ricas joyas, de un modo indigno adquirido.

Deseo que seas grande por tus méritos morales, y valiente, en la práctica de las virtudes.

Haz caso omiso de la adulación y de los elogios exagerados, y sólo aspires á la satisfacción de tu conciencia, si has cumplido tus deberes en la tierra.

En el mundo todo se pasa, y nos acontece como cuando nos hallamos á bordo de un barco, donde van reunidos muchos viajeros y al llegar á puerto, cada cual se marcha por su lado.

A unos les aguarda la gloria, después de una peligrosa excursión, y á otros la miseria ó la muerte.

En uno ú otro caso, como no se puede evitar lo inevitable, hay que tener filosofía para aceptar las cosas como vengan, no envaneciéndose por los triunfos, ni desesperarse por la derrota.

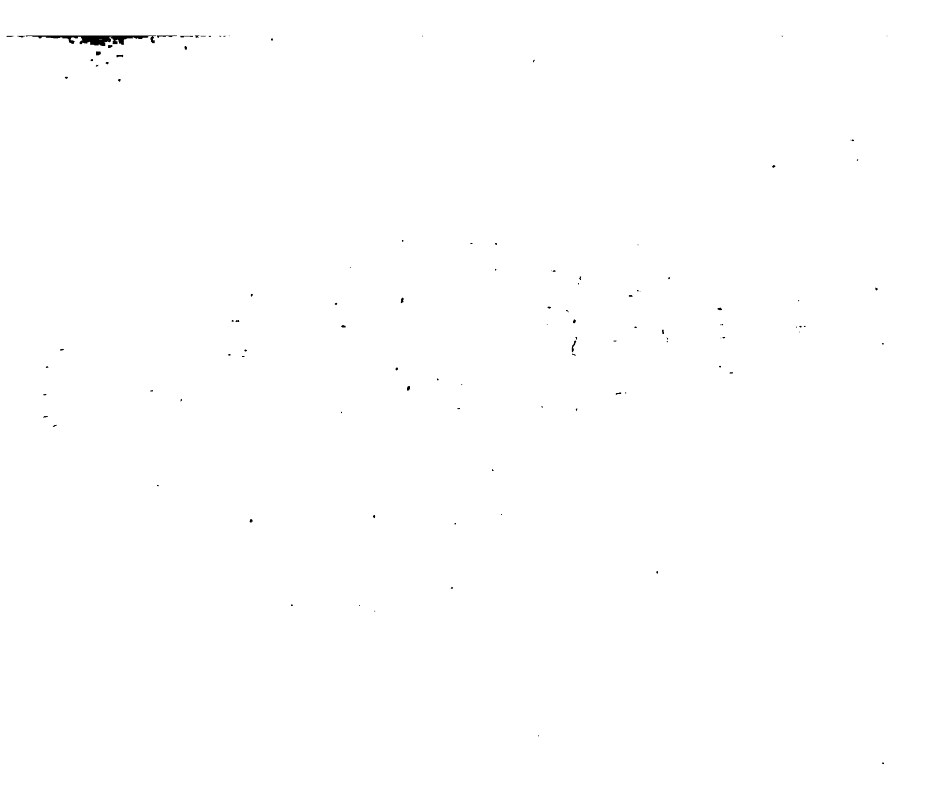
¡Cuán hermosa es la fé y cuán grande es la misericordia de Dios!

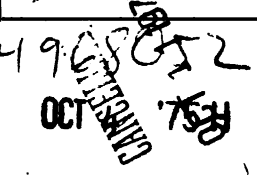
En las luchas titánicas de mi vida, jamás me han faltado el valor y la energía; por eso miro con tanta indiferencia todo lo que se relaciona con las penalidades de la existencia terrenal.

Nunca me ha faltado la resignación necesaria para soportar los más duros golpes del destino.

Las pruebas por qué he tenido que pasar, han sido muy grandes, hija mía, sin embargo, aún confío y espero; porque la esperanza nos halaga y nos acompaña desde que nacemos hasta que morimos.

FIN




OCT '75

